

# Historia del sí de un obispo

José Gea  
Escolano



# HISTORIA DEL SÍ DE UN OBISPO

JOSÉ GEA ESCOLANO

**Editorial Letras Digitales**  
**Colección Cruz Verde**

# Historia del sí de un obispo

© José Gea Escolano, 2015

Primera edición: diciembre de 2015

Coordinación editorial: Rafael Manuel Barbudo González

Editorial Letras Digitales

Colección Cruz Verde

Volumen 8

C/Zigia, 12-3ªA. 28027 Madrid

manuel@letrasdigitales.es

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
PARTE PRIMERA: MI HISTORIA VOCACIONAL.....	14
1) ME ELIGIÓ.....	14
2) ME AMBIENTÓ.....	18
3) ME LLAMÓ.....	22
4) LE ESCUCHÉ.....	25
5) LE RESPONDÍ.....	27
6) ME PROBÓ.....	37
7) ME PREPARÓ.....	43
8) ME COMPROMETÍ.....	48
8.1- SACERDOCIO DE JESÚS.....	53
8.2- EXIGENCIAS DEL SACERDOCIO.....	59
8.3- TOTALMENTE LIBRES PARA EL MINISTERIO....	63
8.4- SENTIDO DEL CELIBATO.....	65
9) ME CONSAGRÓ.....	71
10) ME ENVIÓ.....	76

10.1- COMO SACERDOTE.....	77
10.2- COMO OBISPO.....	85
A) LA IGLESIA CON QUE ME ENCONTRÉ.....	90
1) LA IGLESIA DEL POSTONCILIO.....	94
2) LA JERARQUÍA ESPAÑOLA.....	104
3) ASAMBLEA CONJUNTA.....	106
4) APOSTOLADO SEGLAR.....	108
10.3- MI EXPERIENCIA EN TRES DIÓCESIS.....	119
A) EN VALENCIA, RESPECTO Y CERCANÍA.....	110
B) EN IBIZA, LA SOLEDAD DEL ENVIADO.....	114
C) EN MONDOÑEDO-FERROL, DISTINTA CULTURA.....	117
1) IMPORTANCIA DE LA CULTURA Y DE LA LENGUA.....	119
2) NOMBRAMIENTO DE OBISPOS.....	124
3) ¿OBISPOS DE LA REGIÓN?.....	125
4) ¿ELEGIRLO DE LA MISMA DIÓCESIS?.....	128
5) ¿ELEGIRLO LA PROPIA DIÓCESIS?.....	129

PARTE SEGUNDA: EN EL CUMPLIMIENTO DE MI MISIÓN.....	134
1) EL TRIPLE MINISTERIO.....	134
1.1- EL MINISTERIO DE LA SANTIFICACIÓN.....	136
1.2- EL MINISTERIO DEL SERVICIO DE LA COMUNIÓN.....	139
1.3- EL MINISTERIO DE LA PALABRA.....	141
A) SENCILLEZ.....	145
B) NO DAR NADA POR SUPUESTO.....	148
C) INSISTENCIA EN LO FUNDAMENTAL.....	149
D) LIBERTAD EN LA PREDICACIÓN.....	151
2) ALGUNA EXCURSIÓN POR LA MORAL POLÍTICA.....	152
1.1- IMPORTANCIA DE LAS ELECCIONES.....	154
1.2- DEBER DE DEFENDER LOS VALORES EN JUEGO.....	155
1.3- ILUMINACIÓN EN LA VIDA POLÍTICA.....	156
1.4- INCONGRUENCIAS DE LOS CATÓLICOS A LA HORA DE VOTAR.....	158
1.5- MIS INTERVENCIONES EN ESTE CAMPO.....	160
1.6- ALUDIENDO A PARTIDOS CONCRETOS.....	164

3) MI ESTILO PASTORAL.....	174
3.1- RELACIÓN CON LOS SACERDOTES.....	175
3.2- RELACIÓN CON LOS FIELES.....	182
A) CONSAGRADOS.....	182
B) SEGLARES ADULTOS.....	184
C) JÓVENES.....	186
D) NIÑOS.....	188

## PARTE TERCERA: COMO HERMANO EN MEDIO DE HERMANOS.....

191

1) MIS PRIORIDADES.....	191
1.1- SEMINARIO.....	192
1.2- PROMOCIÓN VOCACIONAL.....	193
1.3- SACERDOTES JUBILADOS.....	198
1.4- VISITA PASTORAL.....	201
1.5- CATEQUESIS.....	204
2) DE CARA AL FUTURO.....	208
2.1- TOMARLE EL PULSO A LA REALIDAD.....	209
A) MOTIVOS DE PREOCUPACIÓN.....	209
B) MOTIVOS DE ESPERANZA.....	213
C) VALORES QUE IMPULSA EL ESPÍRITU.....	214

2.2- TERTIO MILLENNIO.....	218
2.3- A LA ESCUCHA.....	219
A) COMUNIDADES ESTRUCTURADAS.....	220
B) MOVIMIENTOS APOSTÓLICOS.....	222
C) SER SIGNO DE CARIDAD.....	225

CONCLUSIÓN.....	227
-----------------	-----



# INTRODUCCIÓN

No hace mucho, con motivo de celebrar las bodas de plata de mi consagración episcopal, escribí una carta pastoral recordando las gracias con que el Señor se volcó sobre mí. En ella invitaba a mis diocesanos y amigos a unirse a mi acción de gracias al Señor.

Al hacer a los lectores partícipes de algunos hechos de mi vida, lo hice, no por la importancia que pudieran tener, que es bien poca, sino porque mi vida es también vida de la Iglesia, por lo que no es indiferente para los cristianos, como tampoco la de éstos es indiferente para un obispo.

Con ello, quise presentar un testimonio de vida, pero poniendo a Dios como protagonista, no poniéndome yo. Soy muy poquita cosa para que alguien pierda el tiempo viendo cómo he sido; sencillamente, uno más.

El primero en recibir frutos de gracia fui yo mismo. Cada día percibía con más claridad que Dios

iba escribiendo un capítulo en la Historia de Salvación a través de mi vida, de mi proceso de fe y de mi historia vocacional. Y es que, mientras estamos metidos en nuestras tareas y ocupaciones, quizá no somos tan conscientes de la obra de Dios en nosotros; por eso nos va muy bien pararnos a pensar en lo que Dios ha ido haciendo en nosotros desde nuestra infancia, fijándonos más en lo que el Señor ha hecho en nosotros, que en lo que nosotros hayamos podido hacer por el Señor,

Lo cierto es que, a medida que iba escribiendo la carta pastoral, percibía con mayor claridad los gestos de misericordia del Señor sobre mí, de manera especial, al meditar y reflexionar sobre la vocación que he recibido.

En vista de que la pastoral fue bien acogida y, a pesar de que se dice que nunca segundas partes fueron buenas, pensé ampliarla en este librito sin el estilo propio de las pastorales. Nadie va a encontrarse en él con un personaje extraordinario. Sencillamente con un obispo normal y corriente que no ha destacado en nada y que lo único que ha pretendido en su vida ha sido servir al Señor allí donde el Señor lo ha puesto.

No sé, querido lector, si tendrás algo de tiempo disponible para entrar un poco en mi vida; un poquito de curiosidad sí es posible que tengas, porque no todos los días te encuentras con un obispo dispuesto a contarte su vida.

No esperes que te la cuente como penitente que se va a confesar. Y no es que los obispos no nos confesemos; más o menos, tenemos los fallos que puede tener cualquiera. Con lo que vas a encontrarte en este libro es con la historia de fe de un hermano a quien el Señor llamó al Episcopado, y a quien fue conduciendo por los caminos de la vida para que fuese presencia de Jesús pastor, en medio del mundo.

Soy consciente de que la obra de Dios en mí está en función de la vocación a que me ha llamado, que es servir en nombre de Jesús: éste es el sentido de mi vida. Soy consciente, al mismo tiempo, de mis deficiencias al servir; también lo soy de que el Señor se ha servido de mí para algunas cosas buenas que ha hecho en la Iglesia. No es necesario decir que todo lo bueno que hay en mí y que he hecho, hay que atribuirlo al Señor y que todo lo defectuoso es cosecha propia.

Al hilo de estas reflexiones, iré exponiendo algo de mi historia personal dentro de la Historia de la Iglesia en la que hemos vivido y estamos viviendo en nuestra sociedad. Lógicamente haré algunas referencias al Concilio, pero no como haciendo historia del mismo, sino en referencia a mi vida y actitudes; con ello, y aprovechando la ocasión, iré proponiendo mi visión, compartida o no por el lector, sobre algunas cuestiones referentes al sacerdocio, celibato, función del obispo, desarrollo de la misma, desafíos del futuro, comunión..., alguna anécdota de personas conocidas; anécdotas simpáticas y pedagógicas que amenicen y enriquezcan este librito.

Al compartir con los lectores las gracias que Dios me ha dado, os animo a que veáis cómo también el Señor ha escrito en vuestra vida páginas bellísimas de amor. En esa historia de amor de Dios con vosotros, iréis descubriendo el proyecto de Dios sobre cada uno, proyecto de amor, como el mío y como el de todos sus hijos.

En el horizonte de toda historia humana con tinte religioso está la aceptación o el rechazo de la voluntad de Dios. En otras palabras, el hombre se juega

su futuro cuando pronuncia un sí decidido al descubrir lo que Dios quiere de él, o cuando no se atreve a pronunciarlo por las consecuencias que de ello se derivan.

El Hijo de Dios al entrar en el mundo, pronunció un sí decidido al Padre, aceptando la misión que le había confiado de salvar a todos los hombres: “*Entonces dije: «¡He aquí que vengo —pues de mí está escrito en el rollo del libro— a hacer, oh Dios, tu voluntad!»*” (Hbr. 10, 7). Es también la actitud de la Virgen al conocer su vocación: “*Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»*” (Lc. 1, 38).

Mondoñedo, 8 de Diciembre de 1996.

## PARTE PRIMERA

# MI HISTORIA VOCACIONAL

Al iniciar mi reflexión, recuerdo las palabras de San Pablo a los Tesalonicenses: *“Rogamos en todo tiempo por vosotros: que nuestro Dios os haga dignos de la vocación y lleve a término con su poder todo vuestro deseo de hacer el bien y la actividad de la fe, para que así el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en Él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”*. (2Tes. 1, 11-12).

### 1) ME ELIGIÓ

En la vida de cada hombre y de cada mujer hay un proyecto de Dios, que descubrimos desde el momento en qu Dios, de una u otra manera, nos manifiesta su designio sobre nosotros y nos invita a realizarlo. Por eso se nos pueden aplicar a todos las palabras del profeta Jeremías : *“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te*

*tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí”* (Jer. 1, 5).

Mis padres esperaban un hijo; no me conocían, no sabían si quien iba a nacer sería hijo o hija. Dios me conoció, me amó y me eligió personalmente —a mí— desde el principio. Sabía quién era y qué quería que fuese. Dios había pensado en mí desde toda la eternidad para que fuese sacerdote. Personalmente, desde pequeño fui consciente de haber sido elegido por Dios para serlo.

Fue esta elección de Dios lo que ha dado sentido a mi persona. No decidió crearme para ver después qué hacía conmigo; algo así como los padres que deciden tener un hijo y después se plantean qué va a ser de él. Dios no actúa así. No me he visto nunca como un ser informe creado al azar, y que se va abriendo paso en la vida, sino que me he visto siempre como un proyecto de Dios del que el mismo Dios estaba enamorado de manera especial; diría que, incluso, me he visto siempre mimado por mi Dios y Señor. Con el tiempo fui descubriendo que me había elegido para que, a través de mí, se continuase, nada menos, que la misma misión que el Padre le encomendó a Jesús.

Éste es el proyecto de Dios sobre mí. Éste es el sentido de mi vida.

## MI VIDA EN FUNCIÓN DEL PROYECTO DE DIOS

Todos los pasos que Dios da, están en función de su proyecto de recapitular todas las cosas en Cristo en quien converge la creación entera: *“Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la Plenitud”* (Col. 1, 15-19).

He sido creado por Dios y para Dios. Siempre me he visto así. Él quiso que yo, aquí y ahora, fuese presencia de su Hijo Jesús como salvador de los hombres. Pensó en mí para eso, y me creó para el cumplimiento de esa misión: *“Por cuanto nos ha elegido en*



*Él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado” (Ef. 1, 4-6). Ésa es la única razón de mi existencia.*

A partir de la presencia de Jesús en el mundo como centro de toda la creación, cualquier vocación tiene en Él su sentido y significación; no hay vocación al margen de Jesús y de su obra. Por eso toda historia vocacional lleva consigo un encuentro personal con Jesús.

Soy consciente también de estar en función del proyecto del Padre sobre Jesús. En Jesús nos encontramos todos formando cuerpo con Él, ensamblados unos con otros y todos con Jesús. Algo así como están ensambladas y relacionadas las distintas fichas en el tablero de ajedrez: todas, en función del Rey. En el gran tablero del mundo, somos como fichas ocupando cada uno nuestro puesto, siempre interrelacionados tanto con los demás como con Jesús, Rey y Señor de la Historia. También como en el ajedrez,

no importa el valor que cada uno tenga en sí mismo, sino el lugar que ocupa y la función que desempeña. ¿Qué importa que yo sea un pequeño peón que, incluso, desaparezca pronto, si con ello contribuyo a la victoria? Nos ponemos confiadamente en manos de Dios y sabemos que nos va moviendo según conviene para su gloria.

## 2) ME AMBIENTÓ

Indudablemente Dios te prepara para que, cuando escuches su llamada, puedas responderle positivamente. Siempre respetará tu libertad, pero te va situando en la vida y te va preparando para que cuando percibas su llamada, puedas responderle positivamente, jugándote por Él todo tu futuro.

Para que yo fuese consciente de su proyecto sobre mí, me lo había de manifestar, y yo le debería responder. Lógicamente hay en el hombre una cierta inclinación hacia lo que Dios desea de él. Su designio sobre ti lo percibirás con mayor o menor claridad y fuerza, pero, normalmente, hay una cierta inclinación ya desde pequeño. Siempre hay excepciones, aunque yo no creo haber sido una excepción.

Aparte de esa inclinación, suele haber un ambiente en nuestro entorno, creado normalmente por nuestra familia o por personas con las que nos relacionamos de pequeños y que incide muy fuertemente en la configuración de la propia vida. Son ejemplos, insinuaciones, conversaciones, reflexiones... Podemos decir que el clima creado a nuestro alrededor suele ser determinante a la hora de descubrir y de aceptar la propia vocación. Dios ha puesto a nuestro lado hombres y mujeres que nos han ayudado a seguirla.

Recuerdo como en un sueño imborrable mi vida de niño en mi querido pueblo, Real de Gandía: pueblo de labradores; chiquillos jugueteando por las calles; hombres trabajando en el campo; mujeres en las faenas de la casa. Recuerdo mi casa, sencilla, sin lujos, con mucho calor de amor...

¡Con qué cariño me depositó Dios en mi hogar! Y fui descubriendo el inmenso cariño que me tenían mis padres. Recuerdo cómo se respiraba en mi familia un clima de cariño que hacía superar cualquier dificultad. Además de mis padres, puso junto a mí, personas queridas; recuerdo a mi familia, y a mis amigos de infancia; y a mis compañeros monaguillos; y a mi cura,

el rector Vellet (el cura ancianito, como le llamábamos todos); y a mi maestro; y a mis catequistas...

¿Travesuras? También: en todas partes. Para nosotros todo era un juego. Cuando uno ve que los niños no pueden estarse quietos a pesar de insistirles constantemente en que lo estén, piensa en aquellos tiempos lejanos en que la vida también era un juego para él. Siempre pendiente del juego, uno se iba abriendo a la relación de familiares y amigos y vivía con la alegría propia de la infancia, sin importarle mucho las cosas que después quizá le llevarían de cabeza.

¡Qué bonita fue mi vida de niño! Y no fueron años fáciles los de mi niñez. Muy grabadas quedaron en mí imágenes duras de escasez y de pobreza, de violencia y de dureza cuando a mis siete años estalló la guerra entre hermanos<sup>1</sup>. ¡Qué terrible fue aquello! Iba abriéndome a la vida en medio de un clima de guerra, aunque en mi pueblo hubo mucha sensatez por parte de unos y de otros, con fallos menores, también de unos y de otros, fallos lógicos dentro de la tensión con que se vivía. Lo cierto es que, ya de pequeño, a mis siete

---

1 Guerra Civil Española (1936-1939).

años, iba compaginando la dureza de la vida con las diversiones con los amigos. Hambre y juegos; lágrimas y risas; oración y travesuras; estudio y pandilla; todo encajaba en una vida de niño abierta al futuro sin acabar de saber por dónde te iba conduciendo el Señor.

Dentro del ambiente cristiano en que me educaron mis padres, quiero resaltar la influencia que sobre mí ejerció mi abuela materna. Era una mística: a veces la veía llorando contemplando un grabado del viacrucis de su devocionario. Me llamaba y, con lágrimas en los ojos, me decía: “Mira, Pepito, cuánto sufrió por nosotros Jesús”. Naturalmente aquello me hacía pensar y meditar.

También recuerdo que, cuando entraba en casa corriendo para tomar alguna cosa y seguir con mis amigos en el juego, si estaban rezando el rosario, mi abuela me invitaba a sentarme para rezarlo con ellos, le decía que ya lo había rezado en la iglesia por la mañana (era monaguillo y el rosario se rezaba durante la misa), pero ella insistía: “si rezas otro, no te hará daño”. Y yo que, a pesar de ser un poco travieso, era buen chiquito, pensaba que tenía razón mi abuela, y me quedaba a rezar el segundo rosario del día. Aunque después, an-

tes de entrar en casa, procuraba cerciorarme de que no estaban rezando el rosario porque, aunque mi abuela tuviese razón para el segundo rosario, mis amigos me estaban esperando para el juego.

Lo cierto es que, entre todos, me fueron enseñando a pronunciar de corazón la palabra “creo”. La misma palabra que repetiría tantas veces en mi vida, y que enseñaría a pronunciar a tantos hombres a través del ejercicio de mi ministerio.

### 3) ME LLAMÓ

Una vez situados en el gran tablero del mundo, Dios nos invita a movernos dentro de él en función de su proyecto de salir victorioso en la gran partida del amor. La vocación viene a ser como la invitación a ocupar nuestro puesto y a movernos dentro del tablero guiados siempre por Él. A veces quizá no acabamos de entender por qué nos invita a un movimiento de pieza que no entendemos, sobre todo si lleva consigo el hecho de desaparecer, de sacrificarse. Si somos peón nos gustaría coronarnos como reina y dar el jaque mate. Pero sabemos que es Dios quien dirige el juego y que su llamada compromete toda nuestra vida y todo nuestro futuro.

Es crucial el momento en que percibimos la llamada vocacional. En nuestra respuesta nos jugamos todo nuestro futuro. A veces no quisiéramos oírla, o no nos atrevemos a tomárnosla en serio. Pero lo cierto es que el proyecto de Dios sobre nosotros, que lo tiene desde toda la eternidad, se nos descubre en un determinado momento de nuestra vida, y sus concreciones se van perfilando a través de los años.

Desde la distancia del tiempo, veo que Dios se cuidó de que su proyecto sobre mí se fuese realizando. Empezó a llevarlo a cabo cuando, dos días después de haber nacido, recibí el bautismo que me hizo, de verdad, hijo suyo. En el Bautismo está el germen de cualquier vocación posterior. Todo en mi vida ha estado en función de esta realidad de ser hijo querido y amado de nuestro Padre Dios. Y empezó a moverme dentro del tablero del mundo con jugadas imprevisibles.

Dios cuenta siempre con nuestra libertad para movernos. Si en un momento no le hemos respondido y no nos hemos dejado mover, ha tenido que cambiar de táctica y nos ha ido indicando otros movimientos. Por eso es posible que alguien tenga distintas llamadas, o que el Señor llame a otro para sustituirnos. Lo

cierto es que el triunfo final del amor ha de llegar, tanto si nos movemos a instancias del Señor como si no. Lo que sería una pena es que fuésemos un estorbo y no una ayuda, para llegar con Cristo a la victoria del amor sobre el mal que hay en el mundo, esclavo del pecado.

A medida que me iba abriendo a la vida, aunque de niño no sabía de teologías, sí me sentía querido por Dios, y muy querido. Fui descubriendo los primeros capítulos de la historia del amor de Dios conmigo y, dentro de esta historia, fui siendo consciente de que me llamaba a desarrollar mi vida bautismal por el camino del sacerdocio. Dentro del ambiente en que me educó, fue apareciendo en mí el deseo de ser sacerdote. De niño no sabía decirlo como lo estoy diciendo ahora, pero percibía que Jesús me invitaba a seguirle en el sacerdocio.

Desde dentro de mí y en clima de amor, percibí, sin la exterioridad con que los apóstoles la percibieron, pero con la misma exigencia de amor, la llamada de Jesús: “*Sígueme*”. Palabra como mágica que nunca pronunció en plural. Es una invitación muy personal. A la vuelta de los años, voy descubriendo que Dios iba tomando la iniciativa sobre mi vida desde mi más tierna edad.



## 4) LE ESCUCHÉ

### CIERTA RESISTENCIA AL ENVÍO

Claro que Dios llama, y llama con voz potente en el interior de nuestra conciencia. ¿En qué momento escuché con el corazón abierto la llamada de Jesús? No lo sé. Supongo que lo mismo cabría decir de los llamados al matrimonio.

No sabría ahora recordar los detalles de mi llamada. Mis ojos estaban abiertos a cuanto sucedía a mi alrededor. Veía que uno se marchaba para el seminario, que otro quería ser jesuíta, veía a mi cura...

Era como estar envuelto en un clima de amistad con Jesús, y no sabes cómo, pero ves que te sientes llamado a seguirle para ayudarle en la salvación de los hombres. ¿Sueños de niño? Indudablemente, como todo lo de niños, pero sueño de amor grande. Si no sueñas cuando niño, ¿cuándo vas a soñar?

De niño no ve uno las cosas como las ve de mayor. Las ve con la espontaneidad y con la naturalidad de la amistad de niño, con ilusión. El niño responde sin pensárselo dos veces. Quizá de mayores debiéramos recordar nuestros sueños de niños y no cerrarnos en nuestra visión de estar siempre sopesando ventajas e

inconvenientes, derechos y deberes a la hora de nuestras decisiones.

Por eso, no es infrecuente que, a medida que uno va creciendo, vaya haciendo oídos sordos a la llamada al sacerdocio y se vuelva atrás. Va madurando la respuesta ilusionada que dio de niño y se la va replanteando al ver las dificultades que de niño no previó.

De mayor va siendo uno consciente de que con frecuencia no es agradable actuar en nombre del Señor, sobre todo, cuando hay que afrontar situaciones difíciles y hay que hacer oír la Palabra de Dios en ambientes en que no se acepta. Vas como previendo las consecuencias de tus decisiones, sopesas más los pros y los contras de la respuesta; por eso, a veces no te decides a escuchar en serio. La escucha es comprometida porque tienes a Dios ante ti esperando una respuesta generosa. A veces, no quisieras oír la llamada porque sabes que te va a costar ser generoso en la respuesta.

Y viene todo ese juego de dudas, y de hacerse el distraído, y de no querer escuchar, y de no querer complicarse la vida, y de tratar de justificarse con aquello de que para santificarse no es preciso ser sacerdote ni consagrarse al Señor... Y falta la decisión del sí com-

prometido y decidido, y falta la decidida generosidad con el Señor...

Aunque también es cierto que la llamada de Dios va siendo más insistente para que uno siga con la fidelidad del niño, escuchando y aceptando ser enviado en actitud de total confianza en Él.

De todos modos es indudable que la actitud de escucha sería mucho más abierta y confiada de cara a una respuesta rápida y decidida, si se saborease lo que es el sentirse querido de manera especial por el Señor como lo fueron los apóstoles y quienes, a través de la Historia, optaron por asumir con seriedad la llamada de Jesús. Pero este placer está reservado sólo a quienes le han respondido con decisión y generosidad.

## 5) LE RESPONDÍ

En la vocación no estamos en el campo de las opciones sino en el de las respuestas. Toda iniciativa parte de Dios.

Llega un momento en que nos manifiesta su proyecto sobre nosotros, bien de una manera imprevista, bien como respuesta a la pregunta que le hacemos de qué es lo que quiere de nosotros. De una manera o

de otra, su llamada se hace patente. La percibimos: a veces respondemos positivamente y a veces miramos hacia otro lado, algo parecido a cuando percibimos su invitación a superarnos en el amor y no acabamos de decidimos a adentrarnos por el camino nuevo que se nos abre. Para no meternos por el camino que sabemos cuesta recorrer, va bien hacerse el distraído o ir aplazando la respuesta.

Es también el caso del profeta Jeremías: *“Yo dije: «¡Ah, Señor Yahveh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho.» Y me dijo Yahveh: No digas: «Soy un muchacho», pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte —oráculo de Yahveh—”* (Jer. 1, 6-8).

En la medida en que uno percibe que la llamada es fruto del amor, en su respuesta de amor ha de haber generosidad. No hay respuesta a la llamada vocacional sin decisión y sin generosidad. Siempre me impresionó la respuesta positiva y rápida de los apóstoles y, a contraluz, la falta de decisión del joven rico que no se atrevió a seguir a Jesús cuando le invitó a hacerlo.

## EL GRAN SÍ DE MI VIDA

¿En qué momento me decidí a decirle que sí al Señor?

Hasta no hace mucho, cuando empecé a escribir la carta pastoral con motivo de mis bodas de plata episcopales, creía que mi gran sí se lo di cuando recibí la ordenación sacerdotal; algo parecido al sí que se dan los esposos al casarse; pero he descubierto que mi “GRAN SÍ” se lo dí de pequeño, al entrar en el seminario, aunque se convirtió en un sí definitivo en mi ordenación.

No sabría decir cómo se fraguó mi “sí” de niño. Es algo que vas intuyendo, que vas decidiendo, que quizá te estás moviendo con ciertas dudas que después se cambian en claridad... hasta que, sintiéndote llamado, te decides a comunicárselo a tus padres cuando ya previamente lo habías decidido en diálogo con el Señor.

En mi ordenación quemé las naves, pero ya hacía muchos años que había salido de mi tierra y de mi parentela, como Abraham, nuestro padre en la fe.

Mi “sí” de niño fue la raíz de otros síes dados a través de toda mi vida. Me jugué todo mi futuro a mis doce años. Ya quisiera yo que mis otros síes hubiesen tenido la misma entereza y decisión que ese primer sí.

Mi respuesta a la llamada fue el primer paso importante que di en mi vida, y lo di con decisión y con lágrimas. En mi corazón de niño estaba actuando Dios, y yo le respondía con la lógica de la fe. Todavía me pregunto ¿cómo fue posible que, a mis doce años, saliese de mi casa llorando y viendo llorar a los míos por la separación? ¿Cómo es posible que me lanzase a un futuro incierto siguiendo a Jesús y dispuesto a ayudarlo en la salvación de los hombres? ¿Cómo es posible que otros muchísimos niños como yo, diesen el mismo paso? En el atardecer de mi vida quedo asombrado del paso de gigante que dí en mi niñez. Con la particularidad de que este paso lo dimos ciento veinte niños que ingresamos juntos en el seminario allá por los años cuarenta y uno. Es el mismo paso que dieron tantos sacerdotes que ingresaron también de pequeños, el mismo que dieron tantos niños y niñas que decidieron dedicarse al Señor en la vida consagrada. Todos tenemos la misma experiencia.

Comentando esto en mi pueblo junto con dos paisanos religiosos, también ellos aportaron la misma experiencia. Uno dijo que ingresó a los once años. Tuvo sus dificultades al principio, y es que, debido al

cambio del régimen de comidas, empezó a vomitar todo lo que tomaba. En pocos días perdió varios kilos. Fueron sus padres a visitarlo y le propusieron volver a casa para restablecerse, lo pensó rápidamente y la respuesta fue: “no; me quedo”. Fue también su gran sí que, como raíz de otros síes futuros, le llevaría a ser religioso escolapio.

Lo mismo el otro religioso que, a los diez años, casi sin saber por qué (su abuela tuvo en esto mucho que ver), se vio metido en el seminario religioso franciscano, consciente él y sus padres de que si no le gustaba, se volvería a casa y en paz. Y siguió con su respuesta positiva al Señor. Ambos son hoy religiosos ejemplares.

## **EL SÍ DE LOS PADRES: DEBER Y GOZO**

Comentando con un grupo de catequistas esto que voy diciendo, me dijo una madre: Es cierto que su sí de pequeño fue muy grande, pero ¿ha pensado Vd. en el sí de su madre separándose de su hijo pequeño? Realmente es verdad, y pienso en el sí de mis padres y en los síes de tantas personas que han ido contribuyendo a fraguar mi vida de cara al sacerdocio. Y es que la his-

toria positiva de cada uno está entretejida con los síes de unos y de otros.

Los padres viven muy de cerca y asumen como suyo el sí de sus hijos que, de alguna manera, es también su sí. Normalmente en los casos de consagración, pronuncian el sí de su consentimiento con el dolor de la separación. Van viviendo con el hijo los síes que éste le va dando al Señor y los van uniendo a los del hijo, hasta que llega el momento de recoger el premio de tantos síes pronunciados durante varios años, ¿cuál? El gozo de ver que su hijo es ordenado sacerdote, momento cumbre para el hijo y para los padres.

Hay padres que se oponen a que sus hijos sigan la llamada del Señor. Es una pena que esto suceda, y que muchas veces la oposición de los padres tenga que ser la primera dificultad que tengan de superar los hijos cuando perciben la llamada amorosa del Señor, invitándoles a seguirle.

Al hilo de esta experiencia, permitidme una reflexión sobre la importancia de cuidar la vocación de los niños desde pequeños, ayudándoles a dar el paso decisivo, sobre todo, de cara a su ingreso en los seminarios menores.



No es que haya que promover el ingreso en el seminario de una manera indiscriminada. Pero los niños que manifiestan cierto deseo de ser sacerdotes, deben ser invitados a ingresar en el seminario. Siempre es preferible que ingrese alguno que después vea que no es ése su camino y salga, a que se pierda alguna vocación por no haberla atendido y cuidado desde la infancia.

### **¿MADUREZ EN LOS NIÑOS?**

En cuanto a la madurez de la fe de los niños, y puesto que algunos dicen que mientras uno es niño no sabe lo que quiere y que, por tanto, no tienen razón de ser los seminarios menores, convendría recordar que está próxima la beatificación de una niña de nueve años. Ante este hecho y ante la finura de la correspondencia de los niños al amor de Jesús ¿quién es capaz de afirmar que no se puede madurar en la santidad y en la vocación más que a partir de cierta edad? ¿Quién se siente con autoridad suficiente para señalar cuál debería ser esa edad? En el amor a Jesús de los niños no hay interferencias como suele haberlas de mayores. Al final uno no sabe si, a medida que pasan los años, va

madurando en la fe, o si va perdiendo la inocencia y la transparencia en el amor que tenía de pequeño.

En los niños está muy viva la amistad con Jesús si se les ha inculcado; no tienen los condicionamientos que tenemos los mayores para volcarse en su amistad cuando se sienten llamados por Él. Los niños van mucho más allá de lo que pensamos en sus respuestas de amor a Jesús. Para seguir dando respuestas positivas a la vocación está mejor preparado el niño que ha sido educado en un ambiente favorable para ello.

Y es que la niñez es la etapa de la vida en que con más transparencia se relaciona uno con Jesús. Desde el principio Dios se complace en el niño a quien mira con simpatía especial. Es de los niños de quienes recibe los gestos de amor más inocentes y diáfanos; no hay sombras que enturbien el sí de los niños. Por ello es lógico pensar que si alguien ha sido elegido por el Señor para la vida sacerdotal o consagrada, sea mirado por Jesús con especial simpatía desde pequeño.

Todos sabemos de confianzas y de fidelidades de los niños con el Señor; los mayores hemos de saber captar la obra de la gracia de Dios en el corazón de un

niño, porque es Dios y no nosotros, quien los va conduciendo y guiando de cara a seguir su llamada.

Y si nos tomamos en serio que el Espíritu actúa en el alma del niño con una libertad de movimientos que no tiene en los mayores debido a la historia deficiente de amor que los mayores tenemos, es lógico que Dios cuide, ya desde niños, a quienes ha elegido para ser sacerdotes suyos. Es lógico que empiece a actuar con fuerza sobre sus almas para que sean sus mejores amigos. Es lógico que los quiera inocentes y limpios. Es lógico que los cuide con su gracia de manera especial.

La sintonía que hay entre Jesús y los niños la vemos cuando a un niño pequeño le hablamos de la presencia de Jesús en el Sagrario y le ayudamos a decirle unas palabras de cariño a Jesús. Vemos que vibra ante la amistad con Jesús. Y es que Dios está pero que muy pendiente de los niños porque está muy pendiente del hombre y de su respuesta al amor.

Desde este mi primer gran “sí”, me sentí muy cerca del Señor. Intuía su presencia, lo veía, lo sentía cerca, me sentía querido, con la confianza del Señor puesta en mí y con la mía puesta en Él. Y empecé a

gozar preparándome para el sacerdocio. Y no me asustaban las pruebas ni las renunciaciones. Estaba, como los apóstoles, siempre cerca de Jesús. Con Él junto a mí, tenía serenidad, gozo, paz, mucha paz y mucha alegría.

## **LOS SÍES DEL CAMINO**

A través de los años hemos de seguir diciéndole al Señor que sí aunque, a veces, nuestros síes no tienen ni la transparencia ni la decisión del sí que pronunciamos de pequeños al salir de nuestra casa. Y es que los síes posteriores cuestan también de dar, pero es necesario seguir dándolos para que se mantenga vivo el primer sí. Sin estos otros síes, la llamita de la vocación que Dios enciende en el alma de los niños, se apagaría a las primeras de cambio ante el soplo de cualquier viento; sólo una providencia especial de Dios permite que se mantenga viva.

Al responderle al Señor con el sí de mi infancia, salí de mi tierra y me puse en camino, como Abraham. Y empecé la andadura de mi vocación. Desde el momento en que te decides a seguir la llamada, sabes que empieza algo nuevo, no conoces todos los detalles del camino ni los conocerás nunca, pero sabes que em-

piezas a caminar hacia una meta bien definida: el sacerdocio. Para alcanzarla, hay que dejar muchas cosas atrás. ¿Muchas? No: más bien, todas. Dios te manda sacrificar lo más querido, lo mismo que hizo con Abraham; sobre todo, quiere ver tu disposición; quiere que confíes plenamente en Él y únicamente en Él; quiere que te desprendas de todo, a fin de ser en exclusiva para Él. Sin embargo, a pesar de tu buena voluntad, también los dioses de otros pueblos se te pegan. Con frecuencia cae uno en la tentación de querer compaginar el culto a Dios con el culto a los ídolos, como le sucedía al pueblo de Israel mientras caminaba por el desierto. Y ésta es la prueba que hay que superar durante toda la vida.

## 6) ME PROBÓ

Los cristianos nos diferenciamos de quienes no lo son, no por el número de pruebas por las que pasamos, sino por la manera de afrontarlas. Las pruebas las tenemos todos. Son como el entrenamiento para el combate de la vida en que recibimos golpes desde todos lados. Unos reaccionamos de una manera y otros, de otra. Nadie está debidamente preparado de

cara al futuro si no es probado sobre el yunque de la vida, pero sólo aquellos que están caldeados por el amor son capaces de forjarse como hombres nuevos. Si no hay amor, los golpes que recibimos son como los golpes que se dan sobre un hierro frío: no lo fraguan, lo rompen. Por eso hay muchas vidas rotas por los golpes de las pruebas.

Para las misiones importantes Dios prepara con pruebas importantes. A Abraham lo preparó con la gran prueba de mandarle sacrificar al hijo y, con el hijo, a su descendencia, objeto de la promesa. Previamente le había hecho salir de su tierra y de su parentela y caminar hacia una tierra nueva, desconocida. Había empezado la aventura de la fe bajo la llamada de Dios.

También a los sacerdotes, llamados como Abraham a la aventura de la fe y a continuar la obra de Cristo, nos hace pasar por la prueba de dejar nuestra casa y nuestra parentela, y de hacer de nuestra vida un sacrificio, una ofrenda al Señor. Como Abraham, hemos de estar dispuestos a salir de nuestra tierra para colaborar con Jesús en la creación de la nueva tierra y de los nuevos cielos. Y eso supone soltar amarras y estar plenamente disponibles para la misión.

El amor se manifiesta en la fidelidad, y la fidelidad es la respuesta a la llamada de Cristo a seguirle. Si el fuego del amor nos ha puesto incandescentes como el fuego al hierro, los golpes nos van modelando y fraguando hasta configurarnos a imagen de Jesús. Cuanto más acrisolados, más parecidos al Señor. No hay punto final en la prueba porque siempre podemos llegar a conseguir un mayor parecido con el Señor.

Y esto es válido para cualquier estado de vida.

Hay que hacer notar sin embargo, que las pruebas, las grandes pruebas tienen lugar en el interior de la persona, no aparecen al exterior. Hay situaciones que son vistas por la gente como grandes pruebas y uno las supera casi sin darse cuenta de que lo son; al contrario, las que pasan desapercibidas para el gran público, son las que de verdad te forjan como sacerdote y como discípulo de Jesús.

El Señor nos va curtiendo en la fe. A unos, de una manera, a otros, de otra. La prueba es consecuencia del diálogo que surge entre Dios y cada uno. Dios te prueba en el amor y en la fidelidad. A mí no me probó en la fe: le doy gracias por no haber tenido nunca problemas ni crisis de fe. Debe ser terrible. Me im-

presionó la descripción que hace Santa Teresita de su crisis de fe.

No sé qué dirán los místicos, pero me parece que la prueba de fe supone ofrecerle a Dios lo más querido. Uno lo ha ido dejando todo hasta quedarse sólo con el Señor; ha ido superando las cruces de la vida sintiéndose siempre acompañado por el Señor y con la satisfacción de saber que le estaba agradando en todo lo que hacía; con ello ha ido superando las cruces de la vida. Al superarlas, como se sabía cerca del Señor, tenía paz, serenidad, incluso alegría.

Aquella persona para quien lo más querido es el Señor, pasa por la gran prueba que consiste en ofrecerle el mismo hecho de creer en Él. Es el despojo pleno y total, el despojo de la cruz. Como el despojo de Jesús.

Dios pide a quien prueba que le sacrifique el mismo amor que le tiene: se quiere amar y no se siente el amor; se tiene fe pero no ve nada, ni percibe el sentido de su vida. Lo ha dejado todo por Dios y se encuentra en una soledad que ve como absurda. Está metido de lleno en la misma cruz de Jesús y puede pronunciar sus mismas palabras: “*¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?*” (Mt. 27, 46). Con la particula-



ridad de que a la persona que pronuncia estas palabras se sentía poco antes vivamente unida a Él, y se le podía aplicar lo que el Evangelio dice de Jesús: *“En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito»”* (Lc. 10, 21).

Pienso que esa prueba la reserva el Señor para los predilectos: le han sido muy fieles, le quieren con locura, y el Señor desea llevarlos hasta las más elevadas cumbres del amor. Cuando uno no ha sido muy fino en la fidelidad, como es mi caso, no está preparado para esta prueba. No creo que pudiese aguantar, a no ser que el Señor se volcase sobre mí con tal fuerza de amor, que barriese todas mis reticencias. Casi me asusta el pensarlo, aunque también es cierto que el Señor es el gran amor de mi vida.

Si bien Dios no me probó con la prueba de la fe, sí he pasado, como todos, por las grandes o pequeñas pruebas a través de todos los años de seminario en las que se iba acrisolando el sí que le di al Señor en mi niñez. Son las pruebas normales por las que solemos

pasar todos los llamados. Te sientes atraído, como todos los jóvenes, a la vida matrimonial, y has de superar la prueba de la renuncia al matrimonio para asumir, como propia, la misma misión de Jesús. Te cuesta, casi te gustaría no ser llamado para verte libre, pero quieres serle fiel y no renuncias a seguirle.

Junto a esta prueba, otras; quizá no tan importantes para un joven, pero que van forjando tu personalidad cristiana: no te gustaba exponerte a ser criticado cuando podías vivir tranquilo en tu casa y en tu familia, ni te atraía un futuro sin brillante salida económica; tampoco veías ante ti una vida fácil y cómoda... Más tarde te irá enseñando la vida que no hay seguimiento serio de Cristo, sin cruz; y esto, en cualquier estado de vida. Pero en plena juventud, cuando estás abierto hacia el futuro, más soñando que razonando, cuesta aceptar la llamada.

La clave para superar las pruebas es el amor traducido en fidelidad y en generosidad. Para seguir con generosidad en la línea del amor, se requiere una buena preparación.

## 7) ME PREPARÓ

La llamada del Señor está en función del envío que quiere hacer de los elegidos. Mientras llega el momento del envío, los llamados deben estar muy cerca del Señor para sentirse amados y aprender a amar, como los Apóstoles antes de ser enviados: *“Subió al monte y llamó a los que Él quiso; y vinieron donde Él. Instituyó Doce, para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar”*. (Mc. 3, 13-14). Llamada, estancia con Jesús y envío, son las tres etapas de la vida del llamado.

Uno no puede estar solo a la hora de construir su personalidad. Necesita de la ayuda de alguien que le oriente, que le acompañe con su experiencia, con su consejo, y que le anime a seguir adelante por el camino siempre difícil del Evangelio.

La vocación hay que cuidarla ya desde niños cuando aparece. Está en el fondo de la conciencia y el niño tiene una especial necesidad de ayuda, de ahí la importancia, en primer lugar, de la familia, junto con la familia hay que destacar la importancia crucial del seminario. Familia y seminario fueron dos puntos clave en mi preparación.

En cuanto a mis padres, los veía contentos de que su hijo quisiera ser sacerdote. Me animaban pero no me empujaban hacia el sacerdocio, recuerdo que me decían con frecuencia: *“para no ser un buen sacerdote, déjalo, estudia otra cosa”*. Siempre les agradecí ese profundo respeto que tuvieron con mi libertad.

Si a la llamada del Señor hemos de responder desde la libertad, hay que educar la libertad basándola en valores cristianos para que pueda darse una respuesta generosa al amor. En esta línea educativa, el seminario menor es una verdadera escuela de formación de futuros sacerdotes. De hecho, lo fue para mí.

Con respecto a los años pasados en el seminario menor, he de decir que fueron de lo mejor de mi vida, a pesar de los tiempos difíciles y de carestía de la postguerra. Fueron para mí una gracia de Dios. El clima que se respira en el seminario te ayuda a formarte en los grandes valores cristianos. Se va uno acostumbrando a la disciplina, a la vida comunitaria; está en un ambiente de compañerismo con amigos buenos. Recibe por medio de pláticas, retiros, ejercicios espirituales... toda esa base de formación que no es fácil recibir fuera del seminario, a veces por falta

de ambiente en la parroquia o en la escuela, a veces por el nivel religioso de la propia familia o del grupo de amigos con quienes pasas muchas horas.

El hecho de que a veces en los seminarios menores haya habido lagunas en la formación, no quita que el seminario menor sea de un valor inestimable en el plan de formación sacerdotal.

Allí empezamos a conocernos los condiscípulos que, año tras año, iríamos forjando nuestra personalidad cristiana; el paso del tiempo no ha borrado nuestra amistad sincera; sigue hasta el día de hoy, siempre con el frescor de los primeros años. Cuando nos reunimos en la actualidad, nunca podemos dejar de hablar de nuestros tiempos infantiles y de las travesuras (que no eran pocas) con las que rompíamos la rutina diaria.

También desde la distancia del tiempo, veo el enorme esfuerzo que les suponía a los superiores, Operarios Diocesanos, el estar pendientes de nosotros durante las veinticuatro horas del día. De pequeños no nos dábamos cuenta, pero ahí estaban, día y noche, año tras año, dedicados en exclusiva a nosotros.

Con la misma gratitud recuerdo los años de formación tanto en el Seminario Mayor como en el Co-

legio de la Presentación y Santo Tomás de Villanueva, uno de los dos colegios mayores que hay en Valencia además del seminario, y que tanto bien han hecho a la diócesis. El P. Sauras fue, quizá, quien más me ayudó a tener una buena estructura teológica.

También Salamanca contribuyó positivamente a formar mi alma sacerdotal. Durante los dos años que estuve allí, estudié mucho, intentando adquirir lo que el P. Cuervo llamaba el “*habitus theologicus*”, hábito que él tenía muy bien asumido, como otros tienen el hábito matemático o musical.

En particular, doy gracias a Dios por el clima de formación que teníamos en Valencia, tanto en el seminario como en los otros dos colegios mayores, el del Patriarca y el de Santo Tomás. La preparación que se nos daba en los tres centros nos conectaba con la cultura moderna, sobre todo, con ambientes universitarios.

Lo mismo se nos insistía en la necesidad de una honda espiritualidad, que se nos animaba a contactar con la cultura nueva que iba apareciendo. Es cierto que en algunos casos alguien reducía la cultura moderna a leer novelas. Pero lo cierto es que nuestros formadores nos ayudaron a conectar con la nueva cultura: el nivel

de formación que se daba en Valencia contribuyó a que se aceptase con naturalidad el Concilio y los cambios que ha habido después. Aparte de que en el Colegio, con un número reducido de colegiales, vivíamos en un clima de familia que no es fácil encontrar en grupos más numerosos.

Dentro de esta línea, merece destacarse que había sacerdotes y seminaristas de Valencia estudiando en las más célebres universidades de Europa. Por ello, la diócesis cuenta en la actualidad con más de cien sacerdotes entre doctores o licenciados en Teología; cuatro licenciados y tres doctores en Sagrada Escritura; siete en Historia de la Iglesia; unos veinte entre licenciados y doctores en Derecho Canónico; varios en Catequética; en Filología y en otras especialidades civiles. Cuando el clero de una diócesis tiene un nivel de formación como el de Valencia, es lógico que se asuman con naturalidad los valores de una nueva cultura y que no haya crisis tan agudas como en otras diócesis en que, por unas u otras razones, llegaron a cerrarse los seminarios. En algunos seminarios se rezaba, pocos años antes, por el seminario de Valencia por considerarlo muy desviado.

Se cuidó también la dimensión espiritual. Todos somos conscientes de que la fidelidad a Cristo y la actitud de generosidad de cara a Él han de ser puntos básicos a tener en cuenta en la formación. Hay en el camino muchas dificultades que superar y muchos puntos oscuros que clarificar. Por eso, la necesidad que todos tenemos de alguien experimentado que ayude a tomar decisiones y a seguir la propia vocación. También esta dimensión espiritual estaba muy en primer plano en mis tiempos de formación. Sin ella, todo lo demás hubiera sido vano.

De todos modos, no todo era un camino de rosas. Hubo deserciones, fallos, deficiencias... pero los criterios y actitudes en orden a la formación de la personalidad cristiana y sacerdotal estaban muy bien definidos.

## 8) ME COMPROMETÍ

A través de todo este proceso de preparación, va uno adentrándose por los caminos del compromiso definitivo vocacional, se inicia con ello la gran aventura del amor libremente entregado a Jesús para la continuidad de su sacerdocio en el mundo. Es lógico que uno pon-



dere lo que va a jugarse, aunque en el fondo se sienta movido a aceptar con decisión lo que Dios le pide. A la hora de la reflexión uno ve que el estilo de vida que debe llevar, está en función de la misión que se le encomienda. Una misión nueva supone un estilo de vida nuevo. Es lo que también le sucedió a Abraham quien aceptó su misión a pesar de no conocer los detalles ni sus concreciones.

Los detalles los irás conociendo poco a poco, a medida que vayas respondiendo al Señor con toda una serie de “síes” que le vas dando día a día. Si a mis doce años salí de mi casa ante la llamada del Señor, mi actitud de salida la hube de ir continuando durante mi adolescencia y mi juventud, y la debo seguir manteniendo mientras viva, pues el sacerdote no puede quedarse nunca sentado a la vera del camino de la vida, debe estar siempre en la misma actitud de salida o, como decimos, de peregrino, como conductor de la Iglesia, siempre peregrina. Cuesta dar el primer sí y cuesta también dar los otros “síes”.

En cuanto a estos “síes” que debía ir dándole al Señor durante mi juventud mientras me preparaba para el sacerdocio, reconozco que no me resultó fácil.

Fue una etapa de sueños e ilusiones ante cantidad de caminos que uno ve abiertos ante sí. Adentrarte por el camino que Dios te indica y seguir caminando por él mientras ves que otros caminan por caminos que a ti te atraen, no es fácil, sobre todo, cuando todavía no has saboreado lo apasionante que resulta caminar junto a Jesús participando de su sacerdocio.

Dentro de este clima, recuerdo que cuando, enfermo a mis 18 años, el médico dijo a mis padres que tendría que dejar los estudios por razones de salud, en el fondo me alegraba, porque ello me daba a entender que el Señor no me llamaba por el camino del sacerdocio. Yo lo que no quería era defraudar al Señor, pero tampoco me atraía meterme por un camino que veía difícil. Si Jesús me llamaba, ¿cómo iba a decirle que no? Me preocupaba mi fidelidad. ¿Cómo iba a marcharme de su lado si veía que contaba conmigo para ayudarlo en su obra de salvación? No podía decirle que no, ni que buscara a otros; no podía mirar hacia otro lado, por muy duro que me pareciese el camino que Él me ofrecía.

Por una parte, nunca he renunciado a seguirle, nunca me hubiese atrevido a decirle que no, aunque

muchas veces le he dicho, y le sigo diciendo, que sí y que no a medias; pero decirle que no de una manera clara y rotunda, nunca. Por otra, las palabras del médico ante mi tuberculosis me hacían ver que no era el sacerdocio mi vocación. Me iba viendo libre del compromiso de seguirle y lo iba a conseguir sin necesidad de decirle que no.

Pero heme aquí que, al ir evolucionando muy favorablemente mi enfermedad, el médico cambió de opinión y me aconsejó matricularme aunque no ingresase al principio de curso, y así lo hice, aunque pasé todo el curso y el primer trimestre del siguiente fuera del seminario, en mi casa.

Lo cierto es que aunque estuve todo un curso fuera del seminario, me aprobaron sin estudiar, sin haber asistido a clase y sin examinarme. ¿Qué pasó? Pues que siguiendo el consejo del médico, me había matriculado. Ese año, con motivo de una fiesta especial de la Virgen de los Desamparados, se dispensaron los exámenes y se aprobó a todos los matriculados. Suerte que tiene uno. Yo, por si acaso, no hice más indagaciones y, al matricularme en el curso siguiente, nadie me dijo nada y yo tampoco dije. Y así, me incorporé

al seminario después de Navidad con mis condiscípulos de siempre. Hubiera sentido mucho separarme de ellos ya que habíamos trabado honda amistad desde la infancia, amistad que se fue intensificando con el paso de los años.

Fui viendo que el Señor saca adelante lo que se propone. Y seguí en mi línea de responder positivamente a su llamada para el sacerdocio.

Ahora veo que todo fue prueba y gracia de Dios. Como lo es también el hecho de que siga habiendo niños y jóvenes seminaristas, algunos, con cualidades extraordinarias y con muchas posibilidades de forjarse un brillante futuro en la vida, y ahí siguen fieles a la llamada del Señor, sabiendo que su vida será de sencillez y de servicio y, en ocasiones, de incomprensión. A pesar de ello, tampoco son capaces de decirle a Jesús que no.

## **MADURANDO EN EL COMPROMISO SACERDOTAL**

¿Me permitís detenerme un poco en algunas consideraciones sobre lo que es la gran pasión de mi vida, el sacerdocio? Lo voy a hacer, especialmente para revi-

vir con mis hermanos sacerdotes el gozo inmenso de haber sido elegido por el Señor para compartir, nada menos que la misma misión de Jesús.

Al plantearnos el sacerdocio, lo hemos de hacer desde dentro, no desde fuera ni, menos, desde una visión humana del mismo. Hemos de ir a la fuente, a la raíz. Nuestro sacerdocio únicamente lo podemos entender desde el sacerdocio de Cristo y con criterios evangélicos, no con criterios humanos y, menos con actitud de acomodación al estilo de vida de nuestra sociedad.

Otra cosa es la dificultad que suponga un planteamiento correcto pero, repito, hay que ver el sacerdocio en su fuente que es el mismo Jesús de quien el sacerdote es sacramento. Esta sacramentalidad es lo que da unidad a toda la vida del sacerdocio, como el sacerdocio es lo que dio unidad a toda la vida de Jesús.

## 8.1- SACERDOCIO DE JESÚS

Todo lo referente al sacerdocio parte del designio del Padre de salvarnos por medio de su Hijo. El profeta Isaías apunta a la disponibilidad del Hijo para ser enviado por el Padre: *“Y percibí la voz del Señor que*

decía: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra»? Dije: «Heme aquí: envíame»” (Is. 6, 8). Son las mismas palabras que la carta a los Hebreos pone en labios de Jesús: “*Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: «¡He aquí que vengo —pues de mí está escrito en el rollo del libro— a hacer, oh Dios, tu voluntad!»*” (Hbr. 10, 5-7).

De tal manera asume Jesús la voluntad del Padre, que la única razón de su vida en este mundo es ser sacerdote. No hay nada en su vida al margen del sacerdocio. Es esencialmente sacerdote. Lo es en exclusiva. El sacerdocio es lo que le identifica como Hijo de Dios hecho hombre. Jesús es el único caso cuya vida tiene como único sentido ser sacerdote, y serlo de manera diferente a como lo eran los sacerdotes de la Antigua Ley. No ejerce su sacerdocio con unos actos rituales al estilo de éstos, sino con la oblación de su propia vida por la salvación de todos, de una vez para siempre: acabará en la cruz.

Esta ofrenda es lo que le constituye sacerdote y víctima. Su muerte en la cruz es el final de una vida entregada en exclusiva a la salvación de todos los hombres. El sentido de su vida y, por tanto, de su sa-

cerdocio, se consuma en la cruz, en la que encuentran sentido y a la que están orientados todos los actos de su vida.

## **A) SU SACERDOCIO SE CONTINÚA EN LA IGLESIA**

Como su sacerdocio es único, lo sigue ejerciendo actualmente en su Iglesia, por eso estamos siendo salvados aquí y ahora. Junto con su sacerdocio, sigue viva y presente su victimación por todos, ya que sacerdocio y víctima no pueden darse el uno sin el otro.

Para seguir estando presente en el mundo en su misión sacerdotal, Jesús envía a los apóstoles como el Padre le envió a Él: el mismo designio del Padre, la misma disponibilidad y la misma oblación. Nada cambia en lo fundamental.

Su sacerdocio sigue vivo y actual a través de sus sacerdotes. En ellos y desde ellos sigue actuando Jesús su sacerdocio. No se trata de que los sacerdotes hagamos las mismas cosas que Jesús hizo; más bien se trata de que Él siga haciendo desde nosotros, lo mismo que hizo durante toda su vida; es Él mismo quien sigue actuando su único sacerdocio a través de nosotros.

## **B) SOPORTE DE CRISTO SACERDOTE**

Visto así el sacerdocio, se va descubriendo el sentido de la vida sacerdotal como soporte del sacerdocio de Cristo.

De ahí, la gran pregunta que encierra lo que podríamos llamar el sentido de la vida sacerdotal: si ha elegido a los sacerdotes para enviarlos por el mundo a fin de que fuesen presencia suya en todas partes, ¿no es lógico que el sacerdote le permita a Cristo actuar a través de su persona con el mismo aire y con el mismo estilo con que actuó durante toda su vida mortal? ¿Qué quiero decir con esto? Sencillamente, que el sacerdocio debe ser la única razón de la vida del sacerdote ya que fue la única razón de la vida de Jesús.

Valga la siguiente expresión: de la misma manera que el Hijo de Dios asumió una naturaleza humana para, a través de ella realizar su sacrificio redentor, asume también nuestras personas para, a través de nosotros, seguir realizando su acción redentora.

Las consecuencias que se derivan de esto, vienen a darnos los trazos de la auténtica espiritualidad sacerdotal.



### **C) PLANTEAMIENTO DESDE LA CRUZ**

Sólo un planteamiento del sacerdocio al estilo del de Jesús es capaz de suscitar entusiasmo y atractivo tanto para el sacerdote como para todo el pueblo cristiano y para aquellos que sienten la vocación a seguir la llamada de Jesús al sacerdocio. Nuestros planteamientos debemos hacerlos desde dentro mismo del sacerdocio, desde la gracia y el don, no desde la periferia, ni desde el cumplimiento de deberes y, menos desde mínimos. Si nos quedamos en un planteamiento alicorto en cuanto a aspiraciones e ilusiones, le quitamos al sacerdocio todo su encanto al no considerarlo como identificación con Jesús, salvador de todos los hombres.

Esto equivale a decir que los planteamientos hay que hacerlos desde la cruz. Si toda vida cristiana supone una unión a Cristo muerto y resucitado, de manera especial debe suponerlo el sacerdocio, por su especial vinculación a Cristo, Sacerdote y Víctima. Si la vida del cristiano debe participar de la muerte de Jesús, ¿cómo no va a participar de modo especial el sacerdote, vinculado a Jesús, sacerdote y víctima? Desde Cristo muerto y resucitado hemos de enfocar toda nuestra vida sacerdotal.

Y puesto que se trata de que somos portadores del único sacerdocio de Jesús, tampoco podemos olvidar que la identificación con Jesús como sacerdote, va unida a nuestra identificación con Él como víctima. Sacerdocio y ofrenda van siempre juntos. Lo que cuesta de asumir no es el hecho de ofrecer, sino de ofrecerse con Jesús, es decir, ser víctima ofrecida por todos, como lo fue Jesús. Es imposible entrar en la vivencia del sacerdocio sin entrar en profundidad en su misterio redentor que no tiene otro camino que la cruz. Jesús insistió constantemente en ello, no sólo de cara a sus apóstoles sino de cara a todos los cristianos.

Mientras no prescindamos de una concepción humana de derechos y deberes, y mientras no dejemos de poner nuestros derechos en primer lugar, no nos va a resultar fácil aceptar nuestro sacerdocio como cercanía a la cruz del Señor. En otras palabras, ante los muchos problemas y dificultades que constantemente se nos presentan, lo que debiéramos plantearnos es si hay que reaccionar en defensa de nuestros derechos o si somos capaces de asumir la Cruz. Ésta es la cuestión.

## 8.2- EXIGENCIAS DEL SACERDOCIO

Si nuestro sacerdocio es el mismo de Jesús, nuestro estilo de vida debe ser el mismo también. Por eso, la Iglesia sólo llama para el sacerdocio a quienes están dispuestos a hacer del sacerdocio la única razón de su vida.

Jesús quiere que sus amigos a quienes ha confiado su misma misión, estén donde Él. Y que actúen como Él. No es cuestión de que guste o de que cueste más o menos, es cuestión de decidirse a compartir la vida de Jesús en lo más grande de ella y con su mismo estilo porque se trata de la vivencia de su mismo sacerdocio. Por eso, nada de condiciones al envío que de nosotros hace el Señor; nada de ser sacerdotes durante unas horas o durante unos años; nada de jubilaciones en el ejercicio del sacerdocio. Y es que el sacerdocio no es una profesión, sino la razón de nuestra vida como lo fue de la vida de Jesús.

Es lógico que lo haga; si el sacerdocio de Jesús es su gran tesoro, su único tesoro, lo que da sentido a todo lo que hay en ella, debe conservarlo en toda su limpieza para que siga vivo con el mismo estilo con que lo vivió Jesús. El problema no es si cuesta más o menos, es cuestión de coherencia.

## HEME AQUÍ: ENVÍAME

Conscientes de haber sido elegidos para ser enviados como sacerdotes de Jesús, también hoy son de actualidad las palabras del profeta Isaías y las de la carta a los Hebreos: “*Y percibí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra?»* Dije: «Heme aquí: envíame»” (Is. 6, 8). Son las palabras que también pronunciamos los sacerdotes al descubrir nuestra vocación.

Al pronunciar las palabras “heme aquí: envíame”, manifestamos una disponibilidad incondicional a lo que Dios quiera de nosotros. Si Jesús nos envía como el Padre le envió, es lógico que le respondamos como Él le respondió al Padre. Ser enviado para la obra redentora es la única razón de su vida; debe, por tanto, ser también la única razón de la nuestra. Las acciones de Dios son definitivas y más cuando se trata de la acción clave en la redención como es el ejercicio del sacerdocio de Jesús. Nada debe haber en nuestra vida que no esté orientado al sacerdocio.

## **ME UNÍ EN EXCLUSIVA A JESÚS SACERDOTE**

Si el amor del sacerdote con respecto a la Iglesia ha de ser esponsal como el de Jesús, cualquiera que se relacione con él debe percibir en su amor, el amor de Jesús amando a la Iglesia y volcado totalmente sobre cualquiera que se acerque a él; lo mismo que sucedía con Jesús; el amor del sacerdote debe estar abierto a todos como el amor de Jesús; y eso sólo es posible en la medida en que la vida del sacerdote quede fusionada con la vida de Jesús a la manera como quedan fusionados el fuego y el hierro. Por tratarse del mismo amor de Jesús, el amor del sacerdote es la manifestación más extraordinaria del amor.

Por otra parte, el amor esponsal tiende a la identificación. Cristo me envió a mí como el Padre le envió a Él. Su proyecto es el mío, y en vez de encerrarme en mis conveniencias o en mis intereses o, incluso en mi pequeñez o debilidad, debo abrirme en plena confianza, a lo que el Padre quiere de mí, que es lo mismo que quiso de Jesús: dedicar mi vida, y en exclusiva, a la salvación de todos los hombres.

Por eso decimos que el sacerdocio no es una profesión sino una consagración —dedicación— a la

misma misión de Jesús. Y si la misión es la misma y, por ser consagración, es única y absorbente, mi ideal debe ser realizar mi misión al estilo de Jesús.

## **FIDELIDAD DE AMIGO HASTA EL FINAL**

En el caso de nuestro sacerdocio hay que partir de nuestra amistad con Jesús que nos lleva a una identificación con Él para que pueda actuar su sacerdocio a través de nosotros. Y cuando, contando con nuestra amistad, nos invita a seguirle para hacer lo mismo que ha hecho Él como única razón de su vida, sería innoble por nuestra parte ponerle condiciones.

La fidelidad fue siempre una exigencia y una cuestión capital para mí. Nunca pude apartar de mi mente el gesto de confianza de Cristo al encomendarme —precisamente a mí— la misma misión que el Padre le había encomendado a Él. Ello me estimulaba a ser digno de la confianza que había depositado en mí. Nunca he querido defraudarle, siempre he querido serle fiel, aunque no he acabado de serlo hasta las últimas consecuencias.

Esta fidelidad llegaba hasta el punto de entregarle mi vida para que hiciese de ella lo que quisiera;

se la entregaba en exclusiva como se la entregan los esposos entre sí. Es el paso que entonces dábamos en el subdiaconado y que ahora se da en el diaconado. Un paso que es de donación más que de renuncia. Se trata de optar por la universalidad del amor. Lógicamente, se renuncia a ser propiedad de otra persona como es el caso del matrimonio.

La sintonía con la misión de Jesús hace que sea lógico no sólo que se acepte el celibato, sino que se desee como paso previo al sacerdocio siempre que se vea en el sacerdocio la única razón de la propia vida. El problema está en que se considere o no, el sacerdocio bajo esta óptica.

### 8.3- TOTALMENTE LIBRES PARA EL MINISTERIO

A la hora de plantearnos el sacerdocio, vemos que hay grandes valores que nos atraen y tiran de nosotros, son valores nobles y dignos. Cuanto más importante sea el valor y más fuerte la tendencia a obtenerlo y vivirlo, más empeño debemos poner en renunciar a él si queremos que la misión tenga la transparencia debida. Aunque hay valores de todo tipo que atraen a los jóvenes, el gran valor que más suele atraerlos es el matrimonio.

¿Podría compaginarse con el sacerdocio? ¿Por qué esa separación entre sacerdocio y matrimonio?

Verás la lógica interna: el punto de referencia de un casado es su propia familia en función de la cual actúa, opta, elige una profesión, un trabajo, una residencia... Precisamente por la importancia de esa referencia a su propia familia, no es el estado de vida más propio del sacerdote si se quiere que el único punto de referencia del sacerdote sea, como el de Jesús, la salvación de todos los hombres.

Me planteaba el sacrificio que me suponía la aceptación del sacerdocio, y dentro de la fidelidad a Jesús aparecía la necesidad del sacrificio de la propia vida. Uno es capaz de sacrificarse hasta donde sea, en la medida en que encuentra sentido a lo que va a hacer.

Ciertamente veía que el sacerdocio en nuestra Iglesia occidental era el mismo que el de la oriental; pero el estilo, no. No me gustaba el sacrificio pero veía la coherencia, y si le decía que sí al Señor, se lo quería decir con todas las consecuencias. Veía que el sacerdote no puede ser uno más dentro de la Iglesia, porque su misión no es una más, sino LA MISMA de Jesús.



## 8.4- SENTIDO DEL CELIBATO

La cuestión del celibato hay que plantearla siempre desde la perspectiva del sacerdocio de Cristo. Si la planteamos independientemente del mismo, no se entiende. El problema es de coherencia, no de que cueste más o menos, ni de libertad para optar. Cualquier opción lleva consigo unas consecuencias que se aceptan cuando se opta. La libertad está en la raíz, es decir, en la opción. Una vez se ha hecho la opción, viene la lógica. Esto, tanto en el matrimonio como en el sacerdocio. Si al sacerdote le cuesta vivir el celibato, también les cuesta a los casados mantener la fidelidad matrimonial. Todo hay que verlo desde el amor a Jesús y desde la disponibilidad a vivir el misterio de la cruz del Señor.

No sólo el celibato tiene dificultad; también la tiene el matrimonio cristiano. Basta recordar el pasaje en que, al hablar de las exigencias del matrimonio, los discípulos le dicen a Jesús: “*«Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse»*. Pero Él les dijo: *«No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido»*” (Mt. 19, 10-11). Y a continuación les habla de quienes se hacen

eunucos por el Reino de los Cielos. La cruz está en la entraña misma de la fe en Jesús.

Lógicamente si falta el amor apasionado a Jesús y a los hombres, ni se comprende el celibato ni la vocación al sacerdocio. Tampoco es cuestión de que atraiga o no, ni de que nos guste o no: lo que atrae es el amor de Jesús. Después, la cruz, que nunca gusta pero que tampoco nos asusta. El problema es de coherencia con la misión de Jesús, que es salvar a todos los hombres, y salvarlos con el sacrificio de su propia vida.

En definitiva, veía que el paso dado al aceptar el celibato, consistía en decirle al Señor: toma posesión de mi vida, de toda ella, y haz de mí lo que quieras. Nada quiero que no seas tú. Actúa desde mí con las manos libres, es decir, con la misma libertad con que actuabas mientras viviste en Palestina. Si me das tu misma misión, estoy dispuesto a que la realices desde mí a tu aire, con tu estilo: como tú, quiero ser de todos y para todos. Y es que el sacerdocio no es cuestión de unas horas para realizar unas tareas; es una ilusión, es todo un proyecto de vida. La opción por el sacerdocio además y por encima del cumplimiento de unos deberes y unas normas, consiste en tener la osadía de afron-

tar el estilo de vida de Jesús porque Él te ha llamado a seguirle.

Por otro lado, ¿qué significa, como algunos dicen, tener vocación al sacerdocio y no al celibato? ¿A qué tipo de sacerdocio se tiene vocación? ¿Qué significa tener vocación al celibato? El celibato, más que objeto de vocación, está en función del mejor cumplimiento de una determinada vocación: en nuestro caso, es una condición para ejercer el sacerdocio en plenitud, al estilo de Cristo. Nuestra vocación no es a la renuncia, sino al amor pleno y abierto a todos los hombres. El celibato está en función de que el amor de Jesús presente en el sacerdote, pueda tener su máxima transparencia. Por eso hay que renunciar a todo lo que sea restricción del amor a un campo determinado, a fin de poderlo desarrollar en toda su amplitud al estilo de Jesús.

## **VIVENCIA DE LA GRACIA DEL SACERDOCIO**

Las gracias de Dios hemos de vivirlas con ilusión y con generosidad. Es la única manera de encontrarles sentido. Si vivimos así el sacerdocio, vemos que el celibato no es imposición ni peso. Es el gran gozo del

amor perfecto vivido al máximo. Y es desde esta situación desde donde percibimos que el Señor nos va dando ya el ciento por uno en esta vida.

El paso al frente dado en el subdiaconado supuso apartar todo aquello que pudiera suponer alguna dificultad para que Jesús actuase en mí a placer. Fue un sí sereno, adulto, cargado de compromisos de cara al futuro... Fue el momento en que quemé las naves; aunque insisto en recordarle al lector que el “sí” de mi infancia fue único. Al ingresar en el seminario, mi alma de niño se entregaba al Señor. Estoy viendo con ojos adultos lo que hizo el Señor en mí de pequeño; entonces lo veía con ojos y criterios de niño, pero de niño que se sentía amado por el Señor y que le amaba, quizá más que ahora.

La independencia del sacerdote para la vivencia y el ejercicio del sacerdocio no sólo se refiere a la libertad con respecto al matrimonio, sino a cualesquiera otros valores que, por muy dignos que sean, no le permiten ejercerlo como única razón de su vida. Esto, tanto a nivel personal como social.

El planteamiento del celibato a nivel personal es el mismo planteamiento que hay que hacer de la pobreza, de la obediencia, de la humildad, de la in-

molación de sí... todo en función del sacerdocio. Lo mismo cabe decir con respecto a cualesquiera valores sociales. Todos los valores palidecen ante la misión del sacerdote de salvar a todos los hombres.

Con la particularidad de que hay cosas que sólo las puede hacer el sacerdote porque sólo las puede hacer Cristo como sacerdote. Por eso no podemos meternos en cosas que no son las propias de Cristo como sacerdote. No hemos sido enviados a promocionar una cultura ni una lengua, ni una política. Hemos sido enviados, como Jesús, a salvar a todos los hombres.

## **DIFÍCIL, PERO POSIBLE**

En cuanto a dificultad, a nadie se le escapa que hacer de la propia vida una oblación, no entra en el terreno de lo fácil.

¿Quién ha dicho que nos hemos de conformar a la manera de pensar y de actuar de los hombres? ¿Por qué empeñarnos en estructurar la Iglesia desde presupuestos humanos, calculando las posibilidades humanas y no contando con las que son fruto de la gracia? ¿Se hubiese hecho algo de relieve en toda la historia de la Iglesia sin la acción de la gracia que va mucho más

allá de los cálculos humanos? ¿No nos fijamos demasiado en las obras de los hombres en vez de fijarnos en la obra del Espíritu?

Quizá uno de los grandes problemas de la Iglesia en la actualidad sea el hecho de estar perdiendo de vista la realidad de la acción del Espíritu en ella. La vemos demasiado como grupo que decide y actúa por sí mismo, en vez de verla como comunidad dirigida y conducida por el Espíritu. No olvidemos que su actitud, más que de iniciativas, es de obediencia al Espíritu.

Al no tener en cuenta que estamos en el orden de la gracia, olvidamos su fuerza y sus posibilidades; ello nos lleva a enfocar los problemas desde una óptica humana y a intentar soluciones contando sólo con nuestras fuerzas. Necesitamos recordar con frecuencia las palabras de Jesús cuando, mirando fijamente a los discípulos les dice: *“Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios”* (Mc. 10, 27). Por tanto, también para nosotros todo es posible.

## 9) ME CONSAGRÓ

El “sí” que de pequeño le di al Señor, se fue continuando a través de mis años jóvenes y se convirtió en otro de los grandes “sís”, el “sí” de mi consagración por el que acepté que el Señor tomara plena y definitiva posesión de mí, para ser portador del sacerdocio de Jesús.

### COMO SACERDOTE

Llegó el momento de la ordenación. Se cumplían mis sueños de niño y de joven. Tenía 24 años y empezaba a ser sacerdote, la misma misión de Jesús.

Cuando fui ordenado sacerdote me sentí “otro”. Pero de verdad. No me cabía en la cabeza que al pronunciar las palabras “*yo te absuelvo*”, los pecados quedasen perdonados, ni que al decir “*esto es mi cuerpo*”, el pan se convirtiese en el cuerpo de Cristo. Me encontraba más allá de mi humanidad. Me sentía transformado en Jesús. Aunque lo mío no ha sido nunca la mística, los primeros días de mi sacerdocio fueron días de profunda contemplación, me veía como en otro mundo.

Sucede en el sacerdocio lo mismo que en la amistad. No es cuestión de ideas más o menos claras.

Es algo que vas descubriendo día a día, algo que conoces, que intuyes, pero que sólo captas en profundidad a medida que lo vas viviendo.

## **ADENTRÁNDOME EN LA VIVENCIA DEL MIS- TERIO**

Poco a poco fui profundizando en el misterio del sacerdocio y de mi vida sacerdotal. Al principio estaban en primer plano las acciones sacramentales como perdonar los pecados, consagrar...

Mi visión del sacerdocio como potestad para realizar acciones sagradas, fue cambiando poco a poco, hasta llegar a una mayor profundización en el misterio del sacerdocio, de manera que las acciones sacerdotales fuesen más conscientemente vividas como acciones de Cristo, en vez de acciones mías hechas en su nombre. Fui descubriendo con mayor claridad que era Cristo quien actuaba cuando yo actuaba, que era Él quien predicaba cuando lo hacía yo, que era Él quien santificaba por medio de los sacramentos que yo administraba. Fui teniendo una mayor vivencia de que el sacerdote era Él en vez de yo, de que yo era el medio del que Él se valía para seguir realizando su obra de redención.



Cierto que ambos aspectos bien entendidos se complementan, pero lo importante para mí ha sido irme descubriendo como asumido por Cristo de manera semejante a como asumió su naturaleza humana para realizar la redención.

El misterio del sacerdocio se va desvelando en la medida en que vas asumiendo como propia la misma misión de Jesús. Su misión, que debe ser la mía, consiste en ofrecer a todos los hombres la salvación que Él nos mereció en la cruz. Éste es el servicio que Jesús ofrece a todos los hombres, y es el que yo debo ofrecer en su nombre o, mejor, el servicio que Él sigue ofreciendo a través de mí. A ello debo dedicarme como se dedicó Jesús, para que todos lleguen al conocimiento y al amor de Dios. He ahí el misterio del sacerdocio.

Por eso, el conocimiento de Cristo y la vivencia del sacerdocio, van siempre unidos. De ahí que mi asombro ante el sacerdocio recibido haya ido en aumento a medida que he ido penetrando en el conocimiento y en el amor de Cristo. Este conocimiento y amor se van concretando en el servicio a los hermanos, tratando de cumplir con el mandamiento del amor, es decir, sirviendo a los hombres al estilo de Jesús. El la-

vatorio de los pies entraña un mensaje especial: *“Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros”* (Jn. 13, 15). Y no podemos olvidar que su servicio llegó hasta el ofrecimiento de su vida en la cruz.

Cuando uno se mete de lleno dentro de este clima de amor y servicio, queda muy en segundo plano todo lo referente a los intereses personales del sacerdote, y todo lo que no sea estar al servicio incondicional de cualquiera. Todo esto hizo que me fuese exigiendo cada vez más.

Fui profundizando en el misterio del sacerdocio a medida que veía que Jesús es don para el Padre en función de la salvación de todos los hombres. Todo Jesús está en función de este proyecto. Y en función del mismo, la Virgen es la Esclava, la totalmente dada y entregada a Dios y a su obra, nada hay en la Virgen al margen de este proyecto. Lo mismo cabe decir de la Iglesia: es fundada por Jesús y conducida por el Espíritu para que el proyecto del Padre de salvar a todos los hombres sea una realidad. Y lo mismo cabe decir del sacerdote.

Jesús se constituye como sacerdote, al aceptar ser don para todos y serlo con toda perfección. En la

cruz se manifiesta la radicalidad del don que Cristo hizo de sí mismo y es donde más perfectamente se manifiesta su sacerdocio.

Una cosa es “estar en línea con el proyecto del Padre” de salvar a todos los hombres —cosa que es común a todos los cristianos—, y otra “estar en función de ese proyecto” de manera que no haya un proyecto parcial ordenado a éste, sino que el proyecto de la propia vida sea precisamente este mismo proyecto de Jesús.

Si se tiene el mismo proyecto, el estilo de vida debe ser el mismo: vaciarse plena y totalmente de todo otro proyecto que no sea el Señor y su obra. Es el despojo de la cruz, exigencia del sacerdocio. Lo cual no es cuestión de hacer unas obras determinadas, ni de unas renunciaciones más o menos duras y exigentes. Es el mismo ser el que está orientado hacia Cristo de tal manera, que su misma realidad existencial esté orientada a la realización del proyecto de Jesús.

Posteriormente, al ordenarme obispo, me sentí el mismo sacerdote de siempre con un campo de acción más amplio y con otras responsabilidades. Pero en lo fundamental, el mismo sacerdote de siempre. La

grandeza del sacerdocio va mucho más allá que cualquier cargo o destino que se pueda tener.

## 10) ME ENVIÓ

Envío e identidad sacerdotal van juntos o, mejor, son una misma cosa, ya que la razón de ser del sacerdote es ser enviado por Jesús para continuar su obra. Por eso, sentirse sacerdote es sentirse enviado.

El sentido de enviado, gracias a Dios lo he tenido muy claro desde el principio, nunca busqué ni rechacé ningún cargo. Nunca pedí nada ni pienso pedirlo mientras Dios me mantenga clara la cabeza. Y es que si en la entraña del sacerdocio está el hecho de ser enviado, me pregunto qué pintaría yo en un sitio que me hubiese buscado y que no fuese el que Dios había pensado para mí. ¿Qué sentido tendría mi sacerdocio? Por tanto, ¿qué sentido tendría mi vida?

Recuerdo a este propósito dos frases que nos repetía con frecuencia el director espiritual del seminario de Valencia: “*nada pedir, nada rehusar*”; “*a todo diré que sí*”. frases que comentábamos con cierto aire de broma los condiscípulos, pero que iban calando en nosotros porque las veíamos asumidas por él y por muchos sacerdotes.

¿Cómo ha discurrido mi vida de enviado? Aquí empieza otra historia. Hasta el día de la ordenación estás pendiente del momento crucial de recibir el sacramento, es el período de ilusión. Desde la ordenación entras de lleno en el campo de la realización de tu misión en medio del mundo.

¿Le interesa al lector saber cómo se ha ido desarrollando la historia de mi “SÍ” como enviado por el Señor? Siga leyendo, que, como he dicho, empieza otra historia llena de gozos, de dificultades, también de fidelidades y, como de costumbre, con esa falta de finura en la respuesta que Dios se merece y que nunca acabo de tener.

## 10.1- COMO SACERDOTE

### **COADJUTOR DE SAN JAIME DE MONCADA**

Después de dos años de estudio en Salamanca, mi primer destino fue Coadjutor de San Jaime de Moncada. Mucha ilusión puse en mi acción sacerdotal junto al párroco. Años más tarde, ambos seríamos nombrados el mismo día Obispos Auxiliares del Arzobispo de Valencia D. José M<sup>a</sup> García Lahiguera, hoy en proceso de beatificación.

Entré de lleno en la labor pastoral. Confesiones, clases, reuniones, visita a enfermos, catequesis, culto... llenaban por completo el día, con la particularidad de que el cura no paraba; siempre se le ocurría alguna actividad nueva y, claro, si a él le faltaba el tiempo, me la encomendaba a mí. Por ello, a veces, cuando lo veía de lejos, me iba por otro lado para no encontrarme con él, algo así como cuando de pequeño evitaba entrar en casa si estaban rezando el rosario porque, en cuanto me descuidase un poco y entrase, sabía que me tocaba otro.

Dentro de este clima de actividad, organizamos una campaña llamada Cruzada de la Bondad en la que partiendo de los niños, llegamos a los padres y a toda la parroquia. Fue una experiencia extraordinaria, nos volcamos en ella tanto el párroco como los dos coadyutores que éramos entonces. Duró cuarenta días con una actividad tal, que perdí ocho kilos durante la campaña (no me vendría mal otra ahora). Fue una de mis experiencias pastorales más gratificantes. Descubrí entonces las grandes posibilidades de una acción pastoral sobre las familias partiendo de los niños, ya que los padres son capaces de cualquier cosa cuando los hijos

insisten sobre ellos. El niño es el centro de la familia.

Poco después de finalizar la campaña fui destinado a una nueva parroquia.

## **PÁRROCO DE NTRA. SRA. DE FÁTIMA DE VALENCIA**

Se crearon por entonces muchas nuevas parroquias en las barriadas de Valencia. A los párrocos que nombraban les daban doscientas cincuenta mil pesetas, y que cada uno se las ventilase como pudiese. Para mí, natural de una parroquia de pueblo, y actuando durante cuatro años en una parroquia bien estructurada, era como un destierro ser enviado a una parroquia de nueva creación.

Recuerdo que, estando de coadjutor en Moncada, a veces le comentaba al párroco: lo que menos me gustaría es ser párroco de una parroquia de nueva creación. Di en el blanco: a una parroquia así fui destinado, la de Ntra. Sra. de Fátima.

Los ocho años que pasé en esta parroquia fueron para mí quizá los mejores años de mi vida sacerdotal; parroquia nada fácil, pero con una tarea apasionante. En una parroquia así, había que empezar de nuevo

en todo, desde encontrar un local para el culto hasta estructurar mínimamente la vida parroquial.

Fueron años de intenso trabajo pastoral. Estuve “realquilado” en una planta baja que les habían prestado a los Padres Pasionistas para que les sirviese de parroquia mientras construían la suya, también de nueva creación. Allí estuvimos actuando las dos parroquias durante unos años, y pudimos ser un modelo de relación entre el clero secular y regular.

Apenas nadie venía a misa, empecé a visitar a los feligreses casa por casa, ofreciéndome como cura nuevo. ¡Dios mío, cómo tardaba en pasar el tiempo desde que pulsaba el timbre hasta que te abrían la puerta! Tenía la misma impresión que cuando, a la hora de los exámenes, estaba esperando a la puerta del tribunal mientras se examinaba el anterior a mí en la lista. Lo cierto es que todos me recibieron bien. En algunos pisos no pasaba de la puerta, en otros me invitaban a pasar y a sentarme... Lo cierto es que se inició un contacto que, junto con otros tenidos con motivo de la recepción de los sacramentos, iban rompiendo el hielo y se fue creando un clima de comunidad que uno recuerda con mucho agrado después de tanto tiempo.



Las catequesis de los niños ocupaban un lugar privilegiado en mis tareas. Niños, los veías por todas partes; además, la mayoría tenían todo el día libre porque no había escuelas suficientes. Había que catequizarlos, ¿dónde? En las aceras del barrio, cerca de la planta baja donde funcionaban las dos parroquias. Con un grupo de jóvenes que me agencié tanto de allí como de otras parroquias, inicié la catequesis de los niños al estilo de las misiones en tierras lejanas. Sentados en corro en las aceras, empezaban a recibir la Buena Noticia. Lo cierto es que la recibían como todos los niños, con el alma abierta.

Todo lo que entonces empezaba a cuestionarse sobre la edad de primera comunión, sobre los cursillos prematrimoniales y sobre algunas otras cuestiones, me lo iba solucionando yo como Dios me daba a entender y como podía. ¿Con qué metodología? Con la que me dictaba lo que podríamos llamar el “olfato pastoral”.

En un ambiente como el mío, ¿cómo iba a administrar el sacramento de la comunión en edad temprana, a niños sin ambiente familiar cristiano la mayoría de ellos? Pues a retrasar la primera comunión, y a poner dos años de catecismo, y a convocar unas reu-

niones con los padres... cosas casi inauditas en aquellos tiempos. Lo mismo con respecto al sacramento del matrimonio.

Lógicamente sucedía como en todas partes: te venían diciendo que si en esta parroquia se exigen cosas que en las otras no; que si no tenían tiempo para asistir a los cursillos; que si los padres de los niños están muy ocupados con su trabajo... lo de siempre. Pero con paciencia y con disposición para dar la formación individualizada a quienes no podían acudir por razones de trabajo, se iban solucionando los problemas, hasta que se convencieron que no había manera de zafarse. Desde entonces no hubo tantas dificultades para asistir a las reuniones con todos, porque hay que reconocer que la formación individualizada era un tanto pesada.

A los pocos años, conseguí un solar. Recuerdo que me temblaba el pulso cuando firmé, por vez primera, una letra de cambio (¡Dios mío, las que firmaría después casi sin mirar la cantidad que firmaba!). Y allí empezamos las obras: iglesia; unos saloncitos para catequesis y reuniones; un garaje para recaudar fondos; una terraza para cine de verano; sobre el garaje, un instituto filial para 400 alumnos... ¿Cómo se subven-

cionó todo aquello? No lo sé. Una vez más se cumplía aquello de Don Bosco: “*Hay que hacer lo que se deba aunque se deba lo que se haga*”.

## **PÁRROCO DE SAN JAIME DE MONCADA**

Después de ocho años de estancia en esta parroquia, me destinaron otra vez a Moncada. Fue mi segunda etapa en esta ciudad; ahora, como párroco de San Jaime, donde antes había estado de coadjutor. La responsabilidad no era la misma.

El impulso que recibió la parroquia durante el tiempo que la rigió Don Jesús Pla, fue de lo más notable en la diócesis. Su gran obra fue el Patronato de Educación y Cultura con un complejo educacional fuera de serie. Seguí su línea educativa y cuando salí de Moncada al ser nombrado obispo, teníamos en el Patronato mil trescientos alumnos. Todo un pueblo.

Durante los cuatro años que estuve de párroco en Moncada, casi no tuve más que seguir asentando la obra realizada por Don Jesús, tanto en el Patronato como en la parroquia dotada de medios más que suficientes para las tareas pastorales y con mucha gente dispuesta a colaborar.

En resumen, me gustó más la vida de párroco que la de coadjutor, lo mismo que me gusta más la vida de obispo residencial que la de auxiliar. ¿Limitación, deficiencia, imperfección, reafirmación de la personalidad? No lo sé, pero me gusta más. ¡Qué le voy a hacer!

También es cierto que nunca se me ocurrió pedir un traslado. Lo que sí comentaba con el párroco y con los compañeros mientras era coadjutor, era que me gustaría más ser párroco. Pero de pedirlo, nada. Si no me hubiesen trasladado, seguiría de coadjutor en Moncada, mi primer destino, me gustase más o menos.

Por otra parte, me atrae más la vida de párroco que la de obispo. Hay que ver la cantidad de papeles y visitas y reuniones y asuntos de todo tipo que tenemos que solucionar los obispos, sin esa cercanía especial que tiene el párroco con sus feligreses, y viendo los problemas un poco de lejos... Les suelo comentar a los sacerdotes, sobre todo cuando hago la Visita Pastoral, que la vida parroquial tiene para mí un encanto especial. El contacto con el pueblo, con los niños en la catequesis o en las escuelas, con los enfermos, con los jóvenes, con grupos matrimoniales... sigo viendo que es lo mío. Pero, a pesar de ser lo mío...

## 10.2- COMO OBISPO

### **OBISPO AUXILIAR DE VALENCIA**

Un buen día, poco antes de cumplir mis 42 abriles, inesperadamente para mí, me nombran obispo auxiliar de Valencia junto con D. Jesús Pla con quien había estado de coadjutor en Moncada y a quien había sustituido en la parroquia. Y empieza mi segunda etapa de sacerdocio.

¿En qué cambió mi vida a partir de entonces? Podríamos decir que en la visión de mi responsabilidad dentro de la Iglesia; me veía abierto a su universalidad; hasta el momento, me sentía más bien responsable de mi parroquia, en cuya vida estaba metido de lleno.

### **MIS MAESTROS EN EL EPISCOPADO**

Durante los años que estuve en Valencia como Auxiliar, tuve junto a mí a dos muy queridos obispos que influyeron mucho en el rumbo que le fui dando a mi episcopado: el Arzobispo y el otro Auxiliar. Fueron mis maestros en el pastoreo. Los tres éramos distintos pero nos movía un mismo deseo de trabajar por la Iglesia y teníamos los mismos criterios.

Don José María tenía un corazón muy grande. Quería a la gente y le querían todos. No sabía enfrentarse con los problemas más que poniendo siempre una gran carga de amor. Todo el mundo ante él se sentía querido. Era ése, podríamos decir, su estilo de gobernar. Gobernaba queriendo a la gente. No sabía enfrentarse en momentos de tensión, se sentía indefenso, como un niño. Tenía corazón de niño. Sólo sabía querer, y mucho.

¿Unas anécdotas?

Un día, en un Consejo Presbiteral, se metieron a fondo con él sin muchas contemplaciones ni consideraciones. Cuando acabaron las peroratas, tomó la palabra y pidió perdón a todos porque no sabía hacer las cosas mejor, que no viesen en él mala voluntad, que los quería a todos con toda el alma, se emocionó hablando de cómo quería a sus sacerdotes, y todo el Consejo estalló en un aplauso impresionante.

Durante la Visita Pastoral estaba programada una visita a una fábrica, y los sacerdotes de la zona le aconsejaban que no fuese; los dos Auxiliares le aconsejamos que sí. Él nos hacía caso siempre, y fue. Al acabar de dirigirles la palabra, fue saludando uno a uno

a los trabajadores y, hombres curtidos como eran por el trabajo y por las luchas laborales, empezaron a abrazarle y a besarle, algunos con lágrimas en los ojos y todos emocionados ante ese hombre de Dios que era D. José María.

Una última anécdota sobre su sencillez espiritual: en ella se refleja el cariño inmenso que le tenía a la Virgen, al mismo tiempo que su alma de niño.

En sus homilías y en sus charlas siempre sacaba a la Virgen a colación. Siempre. Normalmente era al final de su discurso. Pero en ninguna intervención suya faltaba una alusión a la Virgen.

En una celebración actuamos con él sus dos obispos auxiliares. Al final de la misma, mientras nos quitábamos los ornamentos en la sacristía, le pregunté: “*Sr. Arzobispo, ¿está enfadado con la Virgen?*”. El me miró con cierta extrañeza sin adivinar el motivo de mi pregunta. Al decirle que se lo preguntaba porque no la había nombrado durante la homilía, tuvo un gesto muy expresivo de asombro, poniendo sus manos sobre la frente como quien cae en la cuenta de haber cometido un gran pecado de ingratitud.

Pero no sólo eso, sino que, al cabo de unos años,

ya en sus últimos días, cuando apenas podía expresarse y estaba en una silla de ruedas, fuimos a visitarlo Mons. Pla y yo, sus antiguos auxiliares. Bromeando con él y comentando cosas del pasado, Mons. Pla me dice: “¿Te acuerdas cuando le dijiste al Sr. Arzobispo si estaba enfadado con la Virgen?”. Inmediatamente, el mismo gesto que cuando sucedió; no se le había olvidado aquello. Se le notó en la cara que revivía la pena de no haber nombrado a la Virgen en una homilía.

Así como Don José María casi enfermaba cuando tenía delante problemas que afrontar, Don Jesús los afrontaba con toda naturalidad. Daba la impresión de que cuanto mayor era el miura, más a gusto lo toreaba. Quería a la gente mucho, pero no se le notaba tanto como a D. José María. Era un hombre transparente. Todo el mundo sabía qué pensaba y qué quería. Tenía fama de ser tozudo, yo se lo decía, pero él me respondía: “*tú eres más que yo, pero lo disimulas*”. No sé si tendría razón, porque algo tozudete sí dicen que soy.

Como resumen de nuestra distinta manera de ser, valen un par de anécdotas. Estando en Roma de *Visita ad Limina*, el cardenal que nos recibió antes de nuestra audiencia con el Papa, al poco rato de conver-



sar con nosotros, nos dijo que entre los tres formábamos un reino de justicia (y señaló a D. Jesús), de amor (y señaló a D. José M<sup>a</sup>) y de paz (y me señaló a mí). Quienes nos hayan conocido, verán que cuando a uno lo hacen cardenal no es por ser cortito. Creo que nos retrató perfectamente a los tres.

También cuentan una anécdota de la que yo no me acuerdo, pero, dada la memoria de ordenador que tiene quien la cuenta, y dada nuestra manera de ser, supongo que será verdad. En la misma *Visita ad Limina*, estando los tres en el Colegio Español, nos asomamos a un balcón y, ante el cielo estrellado de Roma, Don José María habló de la unidad de la Iglesia ponderando la misión del Santo Padre y dándole gracias a Dios por este regalo hecho a su Iglesia. Por allí abajo había una parejita muy encandilados en manifestarse su cariño de manera no muy presentable en público, y Don Jesús empezó a comentar cómo era una vergüenza que las autoridades consintiesen eso en plena calle y que Dios sabe cómo iba a acabar ese libertinaje que se estaba imponiendo. Y dicen que yo dije: “¿por qué no cerramos el balcón y nos vamos a dormir?”.

Junto a estos dos grandes obispos pasé mis primeros años de episcopado. Mucho me han enseñado y mucho me han ayudado en mis primeros pasos como obispo. Ambos con alma de niño y ambos con una gran rectitud y dedicación al servicio de la Iglesia.

## A- LA IGLESIA CON QUE ME ENCONTRÉ

Al ser nombrado obispo, percibí de manera más amplia mi tarea pastoral en su triple vertiente de la predicación, de la santificación y del gobierno de la Iglesia. Pero el mundo en que me encontraba no era el mismo que el de unos años antes.

El inicio de mi tarea episcopal coincidió con la realidad de un mundo que empezaba a dejar de ser cristiano: en mis tiempos de parroquia, sobre todo al principio, todavía me encontraba con un mundo de tradiciones cristianas, y para ese mundo habíamos sido educados en el seminario, aunque los formadores ya iban previendo el futuro.

Seguían las costumbres y tradiciones cristianas, pero perdiendo el nervio de la espiritualidad que nos identifica como cristianos, ya que los hombres iban dejando de serlo. Muchos dejaron de frecuentar la Iglesia

y empezó aquello de tener a gala manifestarse como creyentes no practicantes, o como agnósticos... y se iba desterrando de la vida pública a Dios, y la religión se relegaba al ámbito de lo privado...

Éramos algo así como el comerciante del pequeño pueblo que vendía en su tienda todo lo que necesitaban los vecinos que acudían a ella a comprar. El pueblo se transformó en una ciudad y aparecieron más tiendas e, incluso, supermercados. El pequeño comerciante no puede seguir anclado en su tienda esperando a que vengan los que venían antes. Ni puede pasarse la vida lamentándose de cómo están los tiempos. Ha de cambiar su estilo de vender. En vez de esperar, ha de salir para ofrecer lo que es mejor para los clientes, ha de hacerles ver que es mejor lo que él les ofrece que lo que les ofrecen otros. No puede desanimarse.

La nueva responsabilidad me ayudó a profundizar en el misterio de la Iglesia y en su misión evangelizadora, tanto en su misterio teológico, especialmente, en su realidad concreta y vital. Sobre todo, vi a la Iglesia con horizontes más amplios o, mejor, vi con más claridad la obra de Dios en ella al conocer a tantas personas buenas que trabajan incansablemente por el

Señor. A tener esta visión de la Iglesia me ayudaron algunos viajes que hice tanto al principio de mi episcopado, como posteriormente. Visión muy personal, desde luego, pero que presento muy brevemente sin los muchos matices que habría que señalar para un estudio objetivo.

En Argentina y Chile vi una Iglesia inquieta, luchando por la liberación de los pobres, una Iglesia impactando fuertemente en la sociedad. Que tuviese algunas lagunas y una visión a veces muy politizada de la realidad, no seré yo quien se lo eche en cara a pesar de no compartir ciertas posturas bastante extendidas. Es lógico que no sea todo trigo limpio en medio de una situación de opresión generalizada.

En la India vi una Iglesia naciente, con actitudes de fe muy hondas, la vi con una vivencia profunda del espíritu contemplativo tan propio de los pueblos orientales. Te cautiva su espiritualidad. Te alegras al ver una Iglesia joven, con sacerdotes jóvenes, con muchos religiosos y religiosas jóvenes y con muchas vocaciones. Y ves con gozo cómo va pasando de ser una iglesia con misioneros extranjeros, a ser una iglesia con vocaciones autóctonas.

En Cuba vi una Iglesia perseguida, no con una persecución cruenta, pero sí asfixiante. Hay como una actitud de espera y de confianza. No va a ser fácil la evangelización cuando se recobre la libertad. La amoralidad generalizada va a ser un gran obstáculo que indudablemente requerirá un esfuerzo de gigante para reestructurar el clima de fe cuando la opresión actual sea sustituida por el consumismo occidental.

En cuanto a la Iglesia de nuestra tierra, aparte de la realidad gozosa de un fermento vivo e ilusionado, pero minoritario, he creído ver una Iglesia acomodada, sin espíritu de sacrificio y de entrega a grandes ideales, un poco adormecida ante el bienestar de que disfruta el pueblo, cayendo constantemente en la tentación del materialismo y del consumismo. Es la misma impresión que saqué en mis salidas por Europa. Para mí, es la que lo tiene más difícil para salir adelante, aunque es bien cierto que nuestras previsiones pueden quedar en agua de borrajas ante la acción de Dios por medio de su gracia, ya que sus caminos no son nuestros caminos.

Hablando de la Iglesia con que me encontré, voy a comentar brevemente cuatro puntos.

## 1) LA IGLESIA DEL POSTCONCILIO

Es posible que defraude a algunos lectores al no poder decir yo lo mismo que tantas veces oímos decir a muchos: que el Concilio les supuso una conversión, un cambio, un nuevo estilo de vida, incluso una cierta crisis... A mí no me ocurrió nada de eso. No pasé ninguna crisis de este tipo, incluso, me extrañaba un poco de que se tuviesen esas crisis. Más bien, me sentí estimulado para avanzar hacia metas más netamente evangélicas.

Recuerdo que, cuando estaba en el seminario, me entró un cierto complejo (precisamente a mí que nunca creí tenerlos), cuando acudía al director espiritual y acababa rápido, mientras que otros estaban largo rato. Algo por el estilo me sucedió cuando oía hablar del cambio que a algunos les supuso el Concilio. Personalmente lo asumí con toda naturalidad.

Ni tuve crisis antes del Concilio, porque estaba acostumbrado a vivir mi vida cristiana dentro de los valores básicos de la misma, y la orientación de mi vida estaba muy centrada en Cristo (lo cual no significa que fuese siempre consecuente); ni la tuve después del Concilio, porque la renovación conciliar me pareció de

una lógica impecable, desde la celebración litúrgica en lengua vernácula, acercando más al pueblo la celebración del misterio, hasta el hecho de poner el acento en la dignidad de la persona humana, junto con la actitud dialogante y de corresponsabilidad dentro de la Iglesia.

Vi tal lógica en las líneas del Concilio, que me extrañaba que hubiese reacciones tan distintas en favor y en contra de sus determinaciones, tanto las de quienes decían que no seguía en sintonía con la tradición de la Iglesia, como las de quienes pensaban que se iniciaba la construcción de una Iglesia nueva, rompiendo de alguna manera con todo el pasado.

## **VUELTA AL EVANGELIO**

A mi modo de ver, el Concilio fue una llamada de atención a toda la Iglesia para que se pusiese el Evangelio en el primer plano, desde la primacía del culto tributado a Dios, hasta la insistencia del servicio en todos los ámbitos. Quizá no acabábamos de darnos cuenta de que eran nuestros grandes valores, pero entendidos desde nuestra visión cristiana, lo que estaba en juego tanto en las deliberaciones conciliares como, posteriormente, en la aplicación del Concilio.

La Iglesia debía ponerse al día, pero desde el Evangelio, y para ello, había que conjugar la radicalidad evangélica vivida por sus miembros, con la manera de evangelizar la nueva cultura que se iba abriendo paso en nuestro mundo occidental y que repercutía fuertemente en el Tercer Mundo.

Para ello era necesario exigirnos todos los cristianos una, llamemos normalización, de nuestra vivencia evangélica, al mismo tiempo que una integración de la nueva cultura en aquello que no fuese contrario a los principios evangélicos. Aquí creo que estuvo la raíz de las tensiones que hubo dentro de la Iglesia, y que fueron la causa de que muchos entrasen en crisis de fe y de comunión eclesial.

Era lógico que la Iglesia se replantease la manera de introducir el espíritu evangélico en un mundo que estaba dejando de ser cristiano. El gran reto de los cristianos era transformar la cultura materialista sin caer prisioneros de ella. ¿Cómo comunicar la fe a un mundo que vive en un ateísmo práctico? Lógicamente había distintos puntos de vista ante una situación nueva.

Como consecuencia del intento de acompasar la marcha de la Iglesia a la marcha cultural de nuestro



mundo, hubo una división entre quienes soñaban con la vuelta al estilo de vida cristiana que se vivía años antes, y quienes, por el contrario, pretendían aplicar a la Iglesia el estilo de vida que imperaba en la sociedad. No es que se manifestase así explícitamente, pero, a mi modo de ver, es el problema que estaba en el fondo.

Esto llevó a una parcialización del Concilio. Unos insistían en unas cuestiones y otros, en otras, pero sin entrar a fondo en lo fundamental cristiano básico para la renovación de la Iglesia. Lógicamente daban la impresión de estar en dos mundos distintos. De ahí que hubiese quienes, siendo miembros de la Iglesia, se entendiesen mejor con grupos que no eran de Iglesia, que con hermanos en la fe.

Se acentuaba la división entre lo que llamamos progresistas y conservadores. Los primeros quizá tenían su punto de insistencia en dar solución a los problemas nuevos que se iban planteando; los segundos insistían en mantener la fe. Por tanto había una insistencia en la misión por parte de los primeros, y una insistencia en la fidelidad al mensaje por parte de los segundos. Unos y otros deberían haber tenido en cuenta que la perfección de la Iglesia en consecuen-

cia de nuestra unión con Jesús, como la perfección del cuerpo es consecuencia de la unión de todos los miembros con el principio vital que anima al cuerpo. Por eso, lo importante es la fidelidad a Dios que es quien actúa en nosotros a través de su Espíritu. De ahí, la necesidad de la actitud de escucha para entrar en la actitud de obediencia, actitud fundamental para la Iglesia, y en la que, quizá, no se acabó de entrar en muchos casos.

Quizá no hubo la serenidad ni el equilibrio suficiente para afrontar esa nueva situación de manera que saliese fortalecida la Iglesia, presentando el evangelio con el atractivo necesario para entusiasmar a cristianos y a no cristianos.

## **EVANGELIO Y HUMANISMO**

Quizá se insistió demasiado en los valores puramente humanos con el noble deseo de conectar con un mundo que no admitía las realidades sobrenaturales, y al que se le quería hacer ver que la Iglesia también defendía los valores del más acá.

En cuanto a lo fundamental cristiano, hubo como un desplazamiento o corrimiento de valores: el

protagonismo era nuestro, no de Jesús. Y se creó un ambiente de humanismo que desvirtuaba el sentido profundo de nuestra fe en Jesús. Jesús no era el centro, era más bien el punto de arranque, el motivo para una lucha en favor de los oprimidos, de la libertad y de la igualdad fuera y dentro de la Iglesia. Jesús era considerado como el maestro, el gran maestro, pero no se entraba a fondo en que era la vida y la luz. Nos habíamos constituido en redentores más que en testigos del Redentor. Nos habíamos constituido en luz en vez de considerarnos portadores de la luz.

¿Qué pasó entonces? Que queríamos iluminar al mundo con nuestras pequeñas lucecitas de bondad que todos tenemos, ya que somos obra de Dios. No nos dábamos cuenta de que, además de ser pequeña luz, éramos espejo, y, en vez de preocuparnos por orientarnos correctamente hacia el sol de vida y de verdad que es Jesús para proyectar sobre el mundo su potentísima luz, queríamos iluminar con nuestras pequeñas lucecitas de estrellas. Y el mundo iba quedando sin luz.

De hecho en algunos movimientos, lo específico cristiano perdía su enfoque y se convertía en un humanismo, todo lo positivo que se quiera, pero hu-

manismo y, como tal, sin la fuerza que parte de Jesús y, por tanto, sin la posibilidad de realizar la verdadera redención de los hombres. El centro era el hombre, no Jesús.

Recuerdo que en una representación del belén, el niño era un obrero pobre, la Virgen era una aldeana, San José un trabajador... y así, todo. Es decir que, en vez de estar Jesús en cualquiera, cualquiera sustituía a Jesús. Bien entendido, era una lección, y lección necesaria pues necesitamos de una proyección social. Lo grave era la “sustitución”, ya que se daba por supuesto que se partía de Jesús y, de hecho se prescindía de Jesús, llegando de alguna manera a endiosar al hombre.

Es cierto que así nos parecíamos más a los movimientos de liberación humanos, incluso ocupando los primeros puestos en el liderazgo, pero perdíamos lo específico cristiano que es la vida misma de Jesús. En otras palabras, prescindíamos de nuestra identidad cristiana, es decir, de lo que sólo nosotros podíamos ser y hacer: hombres nuevos forjados en la participación de la cruz y que actúan con la fuerza del Espíritu y no con las propias fuerzas. Como resultado de todo ello, se hablaba poco de Jesucristo y del misterio de su

cruz. Habíamos cedido a un estilo de vida basado en el “hacer”, cuando Jesús nos está insistiendo constantemente en la necesidad del “ser”. Es aquello que nos dijo del árbol y de los frutos. Imitando lo que hacen otros, estábamos pendientes de producir frutos, en vez de atender a la salud del árbol. Debido a ese ambiente que se respiraba, al nombrarme obispo, puse en mi escudo el anagrama de Jesús. Con ello, quería recordarme a mí mismo que era a Él a quien debía anunciar y amar.

Tampoco se insistía en los grandes principios renovadores que encarnaron los principales reformadores cristianos, y que se derivan de nuestra fe en Jesús, es decir, que no se seguía el proceso normal de quien descubre a Jesús como el Hijo de Dios: se me revela; me enamoro de Él; le constituyo como mi centro, como mi Dios y mi todo; me doy a Él; hago lo que veo que le gusta; pongo mi vida a su servicio; y todo ello, consciente de que mi vida es una entrega a Él y a nadie más; desde Él y por Él, hago lo que veo que desea que haga. El fruto, la eficacia dependen de Él, sólo de Él.

Como consecuencia de todo este ambiente que se fue implantando, hubo una devaluación de la espiri-

tualidad cristiana en todo lo que la identifica: oración, sacramentos, expresiones religiosas, prácticas de piedad...

Y apareció, fruto de este cambio de visión, la insistencia en cuestiones basadas en una visión humana de valores, y empezó a valorarse más la actividad apostólica en detrimento de la contemplación: se buscaba la eficacia como principal efecto de la acción de la Iglesia.

Empezaron a darse unas situaciones inimaginables pocos años antes. Leía en periódicos y revistas lo que estaba pasando, me causaba cierta extrañeza toda esa serie de dimisiones de cargos en movimientos apostólicos, de secularizaciones, de tensiones, de críticas. Parecía que todo esto se estaba dando en cadena sin ver la posible salida y sin experiencias previas que pudiesen servir de contraste.

Yo era un párroco trabajando en su parroquia cuando empezó todo esto. Claro, a partir de mi ordenación episcopal, me vi metido de lleno dentro de ese *maremagnum* que antes veía un poco de lejos.

## REPERCUSIÓN EN LOS SEMINARIOS

Quizá como muestra de la situación, podríamos señalar el desconcierto de algunos seminarios. Recuerdo que en un seminario, los seminaristas insistían más en prepararse para fontaneros y electricistas (no es metáfora), que en prepararse en teología y en espiritualidad. Plantes y pintadas en seminarios eran inimaginables sólo unos años antes. Fue muy dura la cruz que tuvimos que pasar con motivo de una crisis en mi Colegio Mayor de Valencia cuando tuvimos que expulsar a todos los colegiales; se negaron a irse, y la razón que daban era que la condición que Santo Tomás de Villanueva puso para permanecer en el Colegio, era que quisiesen ser sacerdotes, y como ellos querían serlo, no se marchaban. Hasta ese extremo llegó la desorientación. También aparecieron algunas pintadas y huelgas en varios seminarios, entre ellos, el de Valencia, donde tuvimos que trasladar el seminario menor a Játiva con renovación total de profesores, de formadores e, incluso, de edificio.

Es lógico que, dentro de este ambiente, el desconcierto de algunos obispos fuese mayúsculo. Algunos tuvieron que cerrar su seminario; otros no sabían qué hacer ante una situación totalmente nueva.

En resumen, puedo decir que no eran tiempos fáciles para el ejercicio del ministerio episcopal los que me tocaron vivir en mis primeros años de obispo.

## **2) LA JERARQUÍA ESPAÑOLA**

Al nombrarme obispo, tenía cierto interés por ver de cerca a todos los obispos en la Conferencia Episcopal. Personalmente conocía a muy pocos, por foto conocía bastantes, y algunos me eran totalmente desconocidos.

¿Cómo eran en realidad los obispos?

No como los miuras que tienen fama de ser muy buenos en manada, pero uno a uno... La impresión que saqué no fue ésa: al contrario, uno a uno me resultaron acogedores, buenos, piadosos. Tenía los ojos muy abiertos, no para espiar sino para satisfacer mi curiosidad. Les conocí sobre todo durante unos ejercicios espirituales que hicimos en Santiago con motivo del Año Santo.

En la Conferencia capté dos grupos bien definidos: los mayores y los jóvenes. No es ningún secreto que en la Conferencia había tensiones entre ambos grupos; pero al dialogar en las Asambleas, me llamó la atención el modo de exponer las razones unos y



otros; había un sumo respeto a lo que decían quienes no pensaban de la misma manera. Sobre todo, se veía una gran respeto y afecto a la persona, aunque no se compartiesen sus posturas, a veces, muy encontradas, tanto en la sala de las deliberaciones como fuera, en conversaciones de pasillo.

Admiré al cardenal Tarancón. Para mí fue obispo clave en la transición conciliar y en la situación política española. Buscaba siempre el bien de la Iglesia. Me relacioné bastante con él, me apreciaba y lo apreciaba. Le vi siempre muy preocupado por el bien de la Iglesia y por la unidad. Como todos los hombres grandes, fue discutido; pero fue un hombre de unidad. Lo expongo con toda claridad sabiendo que muchos pueden no pensar así. Por otra parte, tenía una inteligencia nada común: listo y avisado como él solo. Serían innumerables las anécdotas que demostraban un talante cercano y sencillo junto con una visión clara de la problemática que se estaba viviendo, y que demostraban una viveza y claridad mental nada común.

### 3) ASAMBLEA CONJUNTA

Una de mis primeras experiencias como obispo, fue la Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes. Me ayudó mucho a valorar lo positivo y negativo que había en la crisis que se estaba viviendo en nuestra Iglesia.

Poco antes de ser nombrado obispo, asistí a un cursillo en Comillas para preparar la Asamblea Conjunta que nos dirigió el P. Sastre a un grupo de sacerdotes de las distintas diócesis españolas, enviados por los respectivos obispos. Salí mentalizado de la importancia del diálogo para encontrar juntos los caminos que nos abría el Señor.

Durante la celebración de la Asamblea hubo momentos de tensión. Algunos obispos me dieron la impresión de estar desconcertados ante algunas intervenciones. Gracias a Dios, se había dialogado, nos habíamos conocido un poco más sacerdotes y obispos, y sirvió de estímulo para cambiar todo lo que se pudiese cambiar, a fin de conservar y fortalecer la comunión dentro de nuestra Iglesia.

Se percibía con toda claridad que la comunión eclesial no era lo que más abundaba en ese momento en nuestra Iglesia. Esto me ayudó a insistir posterior-

mente en la dimensión de comunión, como pilar básico para nuestra vida eclesial.

Creo que fue una providencia de Dios que, por cuestiones políticas, hubiese un buen número de obispos jóvenes (no sé si eran unos 18 auxiliares, hasta Ibiza tenía auxiliar) que sirvieron de contrapeso a obispos muy mayores que, por edad y formación, no acababan de entrar en el nuevo estilo pastoral marcado por el Concilio.

Era lógico que a los obispos mayores no les resultase fácil adaptarse a la nueva situación. Muchos de ellos ya maduros, llevando sobre sus espaldas toda una formación y costumbres que habían vivido desde niños. Hay que tener en cuenta que, aunque hubiese buen trigo, no siempre se distinguía con claridad de la cizaña.

También me llamó la atención —era la primera vez que me veía metido en esos ambientes— cómo la prensa trataba los trabajos de la Asamblea. Cada periódico daba su propia versión de las deliberaciones, versiones tan dispares, que se podía tener la sensación de que se estaban celebrando simultáneamente varias asambleas distintas, se notaba la falta de la más elemental objetividad.

#### 4) APOSTOLADO SEGLAR

Poco tiempo después de ser nombrado obispo, hubo en Madrid una Asamblea de Apostolado Seglar. Aunque yo no era de la Comisión, consideraba el Apostolado Seglar como uno de los pilares básicos de la pastoral, y asistí.

¡Mi madre! ¡La que se armó en aquella Asamblea! Yo asistía con los ojos muy abiertos, muy extrañado de que esas actitudes crispadas pudiesen darse en la Iglesia.

Presidía la comisión Don Abilio del Campo. No vi persona más preocupada durante toda la Asamblea; nos manifestaba su estado de ánimo durante los tiempos libres. Suerte que también asistía como miembro de la Comisión Don Antonio Añoveros, quien, con su experiencia y buen hacer, iba orientando la marcha de los debates, cosa nada fácil.

En fin, acabó aquello mejor de lo que yo preveía. Saqué la conclusión de que la situación del Apostolado Seglar no era la mejor, si siquiera la correcta en algunos sectores. ¡Qué difícil iba a resultar rehacer una obra tan maravillosa, con hombres y mujeres un tanto crispados y con cierta tensión con la jerarquía! ¡Y qué difícil iba a

resultarle a la jerarquía sintonizar con los nuevos aires en cuanto a poner ilusión y centrar la acción apostólica de la Iglesia en sus auténticos pilares básicos!

A pesar de esas tensiones, sabiendo mirar con ojos de fe la acción del Espíritu en la Iglesia, es un gozo verla salir purificada y más hermosa de todas las pruebas con que Dios la va acrisolando. Cuando cualquier asociación humana hubiese desaparecido en esas circunstancias, la Iglesia fue renovándose y purificándose por el Espíritu. La Iglesia viene a ser como un árbol al que se le caen las hojas, pero no porque se seque, sino porque va siguiendo un proceso de crecimiento y desarrollo: después del otoño aparecerán nuevas hojas, nuevos brotes y nuevos frutos. Es maravilloso pertenecer a la Iglesia.

### 10.3- MI EXPERIENCIA EN TRES DIÓCESIS

Aparte del ritmo diario en el servicio episcopal, en cada una de las tres diócesis en las que lo he ejercido, tuve que tener muy presentes sus propias características a la hora de iniciar en ellas mi acción pastoral; las tres me han ayudado a comprender mejor a la Iglesia y a ir afinando en mi servicio a la misma.

## A- EN VALENCIA, RESPETO Y CERCANÍA

Iniciar mi acción pastoral como obispo, me supuso un tiempo de adaptación. Al principio no me encontraba en mi nuevo puesto. Lo mío era ser párroco. Siempre he tenido cierta alergia a los grandes programas de pastoral trazados sobre el encerado, con un organigrama perfecto y completo. Hay que ser objetivos y ver con qué agentes de pastoral y con qué medios podemos contar. Y desde ahí, sí, a programar sin idealismos ni utopías, también sin desánimos y sin pesimismo.

El obispo tiene un puesto privilegiado para ver que en la Iglesia hay muchísimas personas buenas. A medida que iba recorriendo la diócesis, veía mucho de lo bueno que hay por todas partes, y ello me ayudó a ser más consciente del lado positivo de la Iglesia, es decir, de la obra que el Señor va realizando en ella; y es que a veces nos polarizamos en los defectos que todos tenemos, es decir, en nuestra obra, y no nos fijamos en la obra de Dios.

Al empezar mi actuación como obispo en mi diócesis nativa como Auxiliar, recuerdo que fueron dos mis primeras experiencias que más me impresionaron y que me ayudaron a centrarme en el ejercicio de mi

episcopado: el respeto de los sacerdotes y la cercanía de mucha gente. Tuve que adaptarme a los gestos de fe, tanto de los sacerdotes como de cantidad de personas de gran altura cristiana, cuando te acogían como obispo.

Me llamó la atención el respeto con que empezaron a tratarme los curas considerados por mí como los de más prestigio del clero, lo mismo que algunos religiosos que destacaban por su prestigio intelectual o apostólico y a quienes admiraba desde hacía tiempo. Me avergonzaba de que, casi un chiquillo como era yo a su lado, tuviese que darles a besar el anillo y que tuviesen detalles de afecto y de veneración hacia mí. Me sentía perplejo. Fue entonces cuando percibí, viendo mi pequeñez, que era portador de algo que no era mío sino que el Señor lo había puesto en mis manos. Gracias a Dios no me sucedía como al borriquillo del que habla Santa Teresita: portaba una reliquia y cuando la gente se inclinaba a su paso, creía que era ante él ante quien se inclinaban. ¡Qué fácil es pasar de una actitud a otra si no estás sobre aviso! Hemos de ser muy conscientes de que si la gente nos escucha y nos valora, no es por lo que somos, sino por lo que representamos.

Como anécdota, recuerdo que, haciendo la Visita Pastoral, visité a los dominicos de Valencia. Me invitaron a comer y fuimos después a tomar el café a una sala contigua. ¡Qué ganas tenía de que acabase aquella reunión! Allí estaban el P. Sauras, antiguo profesor mío, el P. Llamera, otros profesores de Teología y Filosofía, y yo allí en medio de ellos contestando a sus preguntas y comentando ciertos hechos: parecía el niño Jesús en medio de los doctores, pero sin dominar la situación como Él la dominaba. Conversé con ellos con toda naturalidad sobre asuntos pastorales, pero siempre con la sensación de sentirme más como un alumno que como un maestro de la fe, más como un cura que como un obispo. A pesar de su corrección y finura en el trato dialogal, ¡qué mal lo pasé!, sobre todo, al principio, cuando no sabía por dónde iba a discurrir la conversación.

En cuanto a la cercanía de la gente, vi desde el primer momento, que te sientes acogido por la simpatía y cariño de quienes ven en el obispo al enviado por el Señor para presidir la comunidad diocesana. Me he sentido uno más entre mis fieles. Aunque no nos conocíamos, la fe común iba estrechando los lazos de nuestra amistad.



Gracias a Dios, ves que hay mucha gente que te quiere y te aprecia como obispo y como amigo, a veces se trata de gente que colabora contigo y, a veces, de gente que en absoluto conoces.

Sin embargo, a pesar de la cercanía, notas la diferencia de cuando era párroco. En las celebraciones, por ejemplo, cuando párroco, conocías a todos los que había en el templo. Ahora, de obispo, aunque esté la iglesia llena, no conoces casi a nadie, también es cierto que después de unos años en una diócesis, vas conociendo a muchos que colaboran en distintas actividades diocesanas o parroquiales, pero es una situación completamente distinta de la del párroco.

El obispo, precisamente porque se le aprecia como presencia de Jesús, ha de evitar caer en lo que decimos “dejarse querer”, se debe a todos por igual. Por ser pastor, debe ser cercano; pero no puede vincularse a ningún grupo de la diócesis precisamente porque debe ser el obispo de todos. De ahí que haya de compaginar en su vida la cercanía con cierta soledad; soledad no buscada, pero sí aceptada; soledad que debe serle de alguna manera, connatural.

## EN IBIZA, LA SOLEDAD DEL ENVIADO

Después de cinco años de estancia en Valencia como obispo auxiliar, fui destinado a Ibiza. Fue entonces cuando, por haber tenido que salir de mi tierra, tuve la experiencia de lo que suponía ser “enviado”. Los cambios y traslados en la propia diócesis no generan tanta soledad, tienen la ventaja de que estás cerca de los amigos de siempre, de la propia familia, del mismo presbiterio... Pero cuando eres trasladado fuera de tu diócesis, te sientes solo y extraño al principio.

Recuerdo mi impresión al quedarme solo en el puerto de Ibiza cuando fui a despedir a los que me acompañaron desde Valencia. Mientras se iba alejando el barco, desde cubierta cantaron el himno a la Virgen de los Desamparados y el himno de Valencia. Al doblar el barco la bocana del puerto, miré a mi alrededor y me vi solo, completamente solo; a mi lado, únicamente Don Teodoro, el obispo de Mallorca, que me acompañó a despedir a los visitantes. ¡Dios mío, cómo recuerdo esa escena! Pero seguía resonando en mi interior aquello de “no temas, yo estoy contigo”.

No es fácil ni para el obispo en su diócesis ni para los sacerdotes en sus parroquias, aceptar esta soledad que debe mantener incluso con sus colaboradores, conjugándola con la cercanía a ellos. Combinar soledad con cercanía, debe ser una tarea siempre inacabada del obispo, evitando así el aislamiento y las camarillas, que suelen ser sus dos peligros.

Mantener la soledad es una de las cosas que más me cuestan. Siento muy vivamente la amistad y estaría siempre con amigos y colaboradores. Me resultaría facilísimo por mi manera de ser, tener amigos con quienes departir constantemente en visitas, encuentros y salidas, pero veo el peligro de vincularme demasiado a unos o a otros, y eso no sería bueno para el cumplimiento de la misión de pastor. Intento ser amigo de todos sin tener amigos especiales. Tampoco soy de los que, después de salir de un sitio, lo siguen frecuentando o empiezan a cartearse con quienes trabaron amistad. No sé si por virtud o por pereza, cuando he salido de un sitio, apenas contesto las cartas que recibo de allí, sólo las que por educación no puedo dejar de contestar.

Descubrí inmediatamente la importancia del acompañamiento de la comunidad cristiana. Ya de

entrada, y a pesar de no conocer a nadie, te encuentras con que no estás solo aunque la soledad sea la primera impresión que tienes al salir de tu tierra. A las primeras de cambio, se encuentra uno con sus sacerdotes, con sus nuevos cristianos, con los miembros de su nueva comunidad, entre los cuales siempre hay gente de mucha altura cristiana. Lógicamente te consideran su obispo, te quieren sencillamente porque ven en ti la presencia del Señor, porque eres enviado en su nombre, sin más.

Y empecé a desarrollar mi labor pastoral en Ibiza. Es una diócesis pequeña, francamente, de las que me van. Me sentía más párroco que obispo. Poco clero, algunas religiosas y bastantes seglares colaborando muy activamente en la diócesis.

A una diócesis de este tipo no se le puede pedir lo que a otra de grandes dimensiones. Dentro de la sencillez y de la belleza de la diócesis, vi que había como dos comunidades o dos diócesis distintas, la Ibiza de invierno, con el estilo de vida de siempre y conociéndose la mayoría de la gente, y la Ibiza de verano, como un pequeño mundo en que hay de todo; por lo que vi y por lo que me dijeron, de todo.

Quiero dejar constancia de que mi gran cruz era cuando tenía que ir a Formentera, la otra isla de la diócesis. Eran célebres los mareos del obispo cuando iba de una isla a otra y el mar se movía un poquito. Mi oración en pleno mareo era siempre la misma: “*Señor, ya sabes que lo hago únicamente por ti*”. Y es que no tengo conciencia de haber hecho durante toda mi vida una acción con rectitud de intención tan limpia, como cuando me embarcaba previendo lo que iba a pasar.

También es cierto que, con motivo del mareo, tuve alguna satisfacción. Un día me dijo una maestra de Formentera que los niños de la escuela rezaban para que la mar estuviese movida a la hora de embarcarme de vuelta para Ibiza. Querían que el obispo estuviese más tiempo con ellos. Y es que me habían oído decir que si la mar estaba muy movida, quien no se movía era el obispo, ni en una dirección ni en otra.

## EN MONDOÑEDO-FERROL, DISTINTA CULTURA

Después de once años de estar en Ibiza, Dios me destinó a mi diócesis actual de Mondoñedo-Ferrol. Estoy muy a gusto porque sé que estoy en mi puesto.

Quiero a mis diocesanos y me siento querido. Los quiero a todos, también a quienes no me quieren. Es natural que haya quienes no me quieran pero, gracias a Dios, no me cuesta quererlos, además de que estoy puesto por Dios para eso, para quererlos en su nombre.

A los pocos días de ser nombrado para Mondoñedo, un grupo de la diócesis me planteó una cuestión que, hasta la fecha no se me había presentado. Me escribieron una carta en la que me pedían que renunciase al nombramiento debido a que no era gallego, pero que, de todos modos, me admitían aunque no renunciase. Manifestaban así su sentido de obediencia junto con su deseo de que fuese gallego su obispo.

No era éste el mismo caso que el que se da en algunas diócesis, sobre todo antes de la toma de posesión del nuevo obispo. Hay reticencias y cierta oposición por parte de algunos grupos minoritarios. Pero ¿qué representan esas actitudes al lado de la absoluta mayoría de fieles que aceptan, sin conocerle, al obispo que se les ha enviado? Las actitudes de grupos opuestos suelen ser fruto de actitudes culturales o políticas al margen de la fe.

El hecho es que acepté el nombramiento sin condición ninguna, y allí seguí estando, con el único deseo de servir lo mejor posible a la Iglesia.

Desde siempre, con mayor o menor acierto, intenté acoger, comprender, animar y ayudar a seguir a Jesucristo a todos los que el Señor ha puesto bajo mi cuidado pastoral. Por ello traté de sintonizar con las gentes nuevas para mí, no sé hasta qué punto lo conseguí. Desde luego, no como a todos les hubiese gustado, ni como algunos me pedían, pero procuré hacerlo como vi que debía.

## **1) IMPORTANCIA DE LA CULTURA Y DE LA LENGUA**

En cuanto a la relación entre el nombramiento de un obispo y su relación cultural o lingüística con una región, creo que, en igualdad de circunstancias, es lógico que se prefiera a quien no necesite de un largo período de adaptación. Aunque creo también que, a pesar de la importancia que pueda tener el conocer la realidad cultural y la lengua del pueblo al que es enviado, lo fundamental es que el obispo sea como debe ser, es decir, que tenga las cualidades de un buen pastor.

Para cualquier región con lengua propia, yo prefiero un obispo de fuera al estilo de un San Francisco de Sales o de un San Carlos Borromeo, que un obispo como el que está escribiendo esto. Hay unos valores trascendentales en el pastoreo de la Iglesia que no son valores de lengua o región, sino de sintonía con el Evangelio, vivencia del mismo y poder de arrastre que esta vivencia lleva consigo. Lo demás ocupa un lugar muy secundario comparado con la santidad del pastor.

Quien más sintoniza con los habitantes de una región no es quien es de allí por el hecho de serlo, sino quien es más capaz de acoger, de comprender, de animar y de ayudar a seguir a Jesucristo, y más capaz de conducir hacia Jesucristo a los fieles que están bajo su cuidado pastoral. La caridad pastoral es la mejor cualidad para comprender al pueblo y a cualquier hombre.

La cultura contiene muchos valores pero no sólo valores, tiene también contravalores y errores. Entre los contravalores está el hecho de que las culturas normalmente son y quieren ser totalitarias. Es incómoda la posición de denunciar sus límites.

El sacerdote es portador de una novedad y de unos valores que están más allá de cualquier cultura, y



su misión es presentárselos y ofrecérselos. En la medida en que son aceptados, se van corrigiendo los contravalores que cualquier cultura tiene. Si el sacerdote o el obispo se limitan a “adaptarse” a la cultura de un pueblo, el evangelio es inoperante. Deben aceptar la cultura del pueblo y tratar de impregnarla con el espíritu del Evangelio.

Por otra parte, hemos de recordar que la cultura está al servicio de la persona y no al revés. Como dice el Concilio, *“La Iglesia recuerda a todos que la cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera”* (G.S. 59).

Lengua y cultura están interrelacionadas, ya que aquella es vehículo de ésta. Ambas pueden unir o dividir. Como todo en la vida, pueden ser instrumentalizadas en favor de intereses políticos, y pueden servir para apreciar y valorar las raíces que han forjado nuestra personalidad y la de nuestros antepasados, es decir, la identidad de todo un pueblo. Todo depende de las actitudes con que actuemos en el campo cultural y lingüístico.

Por ello, es lógico que se valore y promocióne la cultura autóctona, lo mismo que la lengua, pero sin

estrechez de miras ni provincialismos, sobre todo en la actualidad, cuando es un hecho que los medios de comunicación social están convirtiendo el mundo en una aldea.

Por otra parte, la promoción y el aprecio de una lengua no está reñido con el empleo de otra lengua en encuentros y ocasiones en que no todos conozcan la lengua regional y sí una lengua concreta. También el sentido común impone unas pautas a la hora de actuar.

Ni los obispos ni los sacerdotes debemos estar al margen de la promoción de los valores culturales y lingüísticos, pero me pregunto si no hay algunos sacerdotes que están gastando muchas energías en estas cuestiones, mientras grandes sectores de nuestra sociedad no están siendo debidamente atendidos en la más elemental evangelización. Me pregunto si lo propio de un sacerdote es crear tensiones por motivos culturales actuando en un campo en el que ya están actuando otros muchos seculares, o más bien, preocuparse de la evangelización en su parroquia, de que asistan al culto dominical y a la catequesis, de que sus feligreses se comprometan socialmente, de que tengan sensibilidad

vocacional, de fomentar grupos apostólicos, de que la celebración eucarística y sacramental sea viva y participada, preparando debidamente a los fieles... Porque, si no se atiende debidamente este campo específicamente sacerdotal, dentro de poco es posible que haya una única cultura y una única lengua en la región, pero lo que no quedarán serán cristianos y, menos, sacerdotes. No sé si algo de esto está ya ocurriendo en algunas partes.

Los cristianos sabemos que todo lo hemos de subordinar a la evangelización. Desde la Iglesia lo que nos hemos de plantear es cómo podemos evangelizar mejor. De ahí que, prescindiendo de las directrices políticas que puedan darse en una región determinada, el sacerdote debe sopesar cómo evangeliza mejor y tener en cuenta también para ello, el número de gente al que puede llegar hablando una lengua u otra.

En cuanto al uso de la lengua en la liturgia, creo que hay que distinguir entre celebración y predicación. Veo positivo que la celebración, sobre todo, si hay cantos, signos, gestos arraigados en la tradición cultural de un pueblo, no deben perderse y, por tanto, que se realice en la lengua propia. Pero a la hora de la predicación,

¿por qué no hablar en una iglesia la lengua que conocen todos los asistentes si hay quienes no conocen la propia de la región? ¿Es que se evangeliza mejor hablando la lengua autóctona aunque haya gente que no la entienda? ¿Es que no es más importante que todos entiendan el mensaje que el hecho de que se proclame en una lengua determinada? Lo nuestro es evangelizar, no secundar directrices políticas o culturales por muy de moda que estén. Ésta, al menos, es mi opinión. La complemento en lo que digo a continuación.

## **2) NOMBRAMIENTO DE OBISPOS**

A propósito de esto quizá valga la pena comentar con cierta detención el tema tantas veces debatido pero nunca suficientemente explicado, acerca de la manera como se nombran los obispos y de la conveniencia de que sean o no, de la propia región.

Antes de nombrar un obispo se piden informes secretos a muchas personas, obispos, sacerdotes, religiosos y seculares. Aunque no he visto nunca un expediente completo, por cómo veo que se actúa al pedir informes, lo que es claro es que leyendo un expediente completo, seguro que se ve una radiografía muy bien hecha del candidato.

No es fácil que un cambio en el sistema que se sigue en los nombramientos, pudiera mejorar la selección de los candidatos, aunque también es cierto que todo es susceptible de mejora. Si se informa bajo absoluto secreto y en conciencia, e informa mucha gente, creo que puede haber más objetividad que si se actuase de manera pública al estilo de las elecciones que se realizan por todas partes. Pero, además, ¿por qué habrían de salir a la luz pública los defectos o deficiencias de quienes pueden ser nombrados obispos? ¿Por qué habría de haber como una competición electoral con vencedores y vencidos, en un campo en el que el elegido debe ser punto de unidad?

No creo que la Santa Sede rechazase un modelo más perfecto para el nombramiento de los obispos, pero habría que proponerlo sin limitarse a decir que no funciona el modo actual de nombrarlos.

### **3) ¿OBISPOS DE LA REGIÓN?**

El problema de si hay que nombrar a los obispos de la misma región o de fuera, aparece de vez en cuando, a veces, incluso en tono amenazador, de manera muy poco eclesial y un tanto crispada.

Personalmente relativizo mucho el hecho de que los obispos sean o no de la propia región. En mi caso, personalmente me hubiese gustado más estar en la mía.

En ocasiones hay por debajo algunas tendencias políticas o culturales, es posible que con cierto matiz independentista. En estos casos es fácil caer en una cierta instrumentalización de la Iglesia en función de los objetivos políticos que se persiguen, objetivos que, por otra parte, pueden ser muy lícitos. Todos recordamos la reacción de grupos de Iglesia en Barcelona con motivo del nombramiento de Don Marcelo y, recientemente, la de otros grupos de Bilbao, apoyados por algunos políticos, con motivo del nombramiento de Mons. Blázquez como obispo de esta diócesis. Pero la Iglesia, como Iglesia, debe defender aquellas posturas que todos, como cristianos, debemos defender. Una cosa es que un particular o un grupo se inclinen por una línea y otra, que la Iglesia, como Iglesia, deba apoyarla.

Estoy convencido de que no traería nada bueno para la comunión eclesial ni para la eficacia pastoral, romper con la tradición del intercambio de obispos

entre las distintas iglesias particulares. Otros pueden opinar de manera distinta, pero aquí queda expuesta con toda sinceridad mi opinión sobre el tema, aunque habría que explicarla más detenidamente.

No hay que olvidar que nuestra tendencia es hacia el repliegue: en lo religioso, en lo social, en lo cultural y en lo político. Si los valores culturales regionales nos ayudan a valorar y apreciar las raíces que nos han dado nuestra identidad cultural y social, naturalmente que hemos de apreciarlos y promocionarlos. Pero hay que tener en cuenta que en un mundo de comunicación entre culturas distintas, el repliegue empobrece.

Naturalmente que deben acentuarse los valores regionales, pero sin perder de vista que, por encima de éstos, está el bien de la Iglesia, y sin olvidar que uno de las grandes tareas cristianas consiste en forjar la unidad dentro de la diversidad. Si nos cerramos a la universalidad, por muy rico y digno que sea nuestro patrimonio cultural, nos anquilosamos en grupos aislados, incomunicados e insolidarios. Como cristianos, hemos de ser muy conscientes de que una de las características de la Iglesia es la apertura a la universalidad.

#### 4) ¿ELEGIRLO DE LA MISMA DIÓCESIS?

Algunos dicen, incluso, que debieran nombrarse no sólo de la misma región, sino de la propia diócesis. Pienso que en cada caso habría que ver lo que más conviene. En mi diócesis de origen, Valencia, no he conocido a ningún Arzobispo valenciano. Y no nos ha ido mal. Habrá experiencias muy positivas de obispos que lo han hecho muy bien en su propia diócesis de origen. Pero esto tiene algunos inconvenientes serios.

Cualquier obispo tiene en su diócesis de origen amigos, condiscípulos, alguien con quien no te llevas bien; aparte de las camarillas, tendencias, grupos de presión... Las dificultades que todo esto crea para el gobierno pastoral son más fácilmente soslayables con el intercambio regional de obispos. Si el obispo viene de fuera, se siente más libre para actuar, ya que no está vinculado a ningún grupo de los que pueda haber en la diócesis y puede solucionar con mayor facilidad los problemas de unidad.

Con motivo de la *Visita ad Limina*, escribía el Cardenal Moreira Neves: “*El misterio pleno de la Iglesia exige la actuación armónica de las dos dimensiones de la misma. El aspecto de la catolicidad debi-*



*damente acentuado, rescata la auténtica universalidad de la iglesia de una concepción «sinagoga» y de una concepción reductiva, limitada, es decir, dentro de los confines de un pueblo o de una cultura; exaltada en demasía esta misma universalidad podría llevarnos a una visión idealizada de la Iglesia, alejada de la encarnación histórica concreta. Por el contrario, la dimensión particular debidamente realzada tiene el mérito de mostrar el rostro preciso de una Iglesia hecha de personas concretas y de concretas situaciones históricas y geográficas, de una Iglesia definida por los contornos de una determinada porción de la humanidad; excesivamente marcado este carácter particular, se correría el riesgo de guetizar la Iglesia”.*

### **5) ¿ELEGIRLO LA PROPIA DIÓCESIS?**

Hay también quienes desearían que fuese la misma diócesis la que eligiese a su obispo. Quisieran volver al estilo de la Iglesia primitiva en la elección de los pastores. En los primeros tiempos era lógico que, tratándose de comunidades pequeñas y aisladas, fuese la misma comunidad la que los eligiese y los presentase a los apóstoles o a los obispos para que les impusieran

las manos. Aunque también existen ejemplos abundantes de pastores venidos de otras regiones e, incluso, de países extranjeros.

El nombramiento de un obispo no es fruto de un proceso simplemente electivo al modo de cualquier otra estructura social. Si partimos de la base de que el obispo es “enviado”, ¿es competente una comunidad para enviarse a sí misma al enviado? Quien envía es quien debe elegir al enviado.

Si fuese la misma diócesis la que los eligiese, en el caso de una diócesis problematizada ¿cómo se corrige el rumbo cuando quienes lo marcan son quienes eligen al obispo? Y todos somos conscientes de la existencia de grupos de presión en todas partes. También en las diócesis. Además, ¿no quedaría seriamente comprometida la libertad ministerial del obispo con respecto a quienes lo eligieron o a la comunidad que preside?

En el caso de que se optase por que fuese la diócesis la que eligiese a su obispo, pregunto: ¿quiénes y cómo tomarían parte en la elección? ¿Sólo los sacerdotes? ¿Los sacerdotes y religiosos? ¿Los miembros del consejo de pastoral? ¿También los

seglares? ¿Sólo los seglares que pertenecen a movimientos apostólicos? ¿Los que trabajan en las parroquias? ¿Sólo los que van a misa? ¿Todos los bautizados? ¿Con campaña o sin campaña? ¿En secreto? ¿Tendríamos también una campaña electoral como la que estamos teniendo en el campo político? ¿No sería este sistema contraproducente por ser el obispo precisamente principio de unidad? Son interrogantes que nos debieran ayudar a reflexionar con sensatez sobre algo muy importante en la Iglesia como es el nombramiento de los obispos.

## **COSECHANDO Y SEMBRANDO**

Resumiendo un poco lo que ha sido mi vida episcopal, podría decir que los obispos somos, como todos los cristianos, enviados a trabajar en la viña del Señor, donde hay y ha habido, muchos hermanos que han trabajado y que están trabajando. Nuestra misión es complementaria con las demás misiones encomendadas a cada uno de los cristianos, aunque la nuestra sea de presidencia de la comunidad diocesana.

Uno recuerda aquellas palabras de Jesús: “*Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fa-*

*tigado. Otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga” (Jn. 4, 38)*

La fe de la diócesis se ha ido fraguando por la acción del Señor a través de muchos obispos, sacerdotes, consagrados y seculares. Al reflexionar sobre mi acción pastoral como obispo, soy consciente de que en mi ministerio he recogido el fruto de la siembra que el Señor hizo a través de la acción pastoral de otros obispos, tanto en mi diócesis de origen como en las otras a las que fui destinado.

En Valencia recuerdo a los Arzobispos que la rigieron, hombres de altura y de gran prestigio, que dejaron huella imborrable en obras e instituciones que hicieron gran bien a la Iglesia. Especialmente recuerdo a Santo Tomás de Villanueva y a San Juan de Ribera con sus dos instituciones modélicas para la formación de los seminaristas. Recuerdo también con un cariño especial a quien fue mi Arzobispo, Don José María García Lahiguera. Si Dios quiere, lo veremos pronto en los altares.

Don Teodoro Úbeda en Ibiza y Don Miguel Ángel Araújo, mi inmediato antecesor en Mondoñedo, me prepararon, entre otros, el camino en ambas diócesis.

Es el Señor quien se sirve de unos y de otros para ir llevando a cabo su obra. Se sirve de mucha gente que colabora con el obispo. Aunque éste sea quien dirige la acción de la comunidad, no es él quien lo hace todo a pesar de ser el primer responsable. Gracias a Dios, hay una actuación conjunta de toda la comunidad, y en la comunidad siempre hay gente de mucha valía.

En conexión con lo que estamos tratando, cabe también decir que la estancia de un obispo durante muchos años en una misma diócesis, sea de la misma región o de fuera, tiene el peligro de acomodarse o de hacer de manera rutinaria las acciones pastorales y apostólicas. Normalmente cuando uno ha estado varios años en una diócesis, ha dado ya lo que puede dar. Es conveniente que haya cambios pues el obispo, al ir a una diócesis, es portador de experiencias que ha vivido en otra parte, y se enriquece asumiendo lo positivo que hay en la diócesis que está rigiendo. Es el mutuo dar y recibir del obispo a la diócesis, y de la diócesis al obispo. Es el mismo caso de los sacerdotes.

## PARTE SEGUNDA EN EL CUMPLIMIENTO DE MI MISIÓN

### 1) EL TRIPLE MINISTERIO

En el descubrimiento de la realidad de la Iglesia he ido dando pasos desde la visión de la Iglesia como una nave gobernada con seguridad por un buen patrón, hasta verla como cuerpo de Jesús participando de su propia vida; desde una visión preferentemente apolo-gética hasta la visión de la Iglesia como presencia del Espíritu que siempre la está purificando; desde el miedo a que se descubran los defectos de sus miembros humanos, hasta relativizar todo lo humano que hay en ella, viendo que quien la dirige y la santifica es el Espíritu; desde una sociedad que nos presta servicios de valor inestimable, hasta una comunión de vida con Jesús. En definitiva, he ido descubriendo el misterio de la Iglesia a medida que he ido participando en su vida. Y es que sólo desde dentro de ella se puede descubrir su misterio.

Hace algún tiempo, ponía como ejemplo de esto, el precioso rosetón que tenemos en la catedral de Mondoñedo, con mayor razón lo podemos decir de las vidrieras de la catedral de León. Su belleza se ve desde dentro, desde fuera sólo se ven los nervios que sustentan la policromía de los vidrios.

El Señor toma posesión de ti en el momento de tu consagración para enviarte en su nombre. Esto se da tanto en los sacerdotes y obispos, como en todos los bautizados, ya que por el Bautismo somos consagrados y enviados como miembros de la Iglesia. En la medida en que por la consagración nos identificamos con Cristo, somos enviados, ya que Cristo es “el Enviado”. Cada uno lo somos con funciones distintas y complementarias, por ser miembros del Cuerpo Místico de Jesús.

Fui enviado al mundo con la misma misión que Jesús recibió del Padre: “*Como el Padre me envió, también yo os envío*” (Jn. 20, 21). Mi tarea era hacer presente en medio del mundo el mismo amor de Cristo y con su mismo estilo, como Salvador y como Cabeza de la Iglesia. Veía claro que en el horizonte de mi vocación estaba la llamada a ser presencia de Jesús. Por

tanto, mi estilo de vida en la vivencia del sacerdocio, debería ser el suyo. No hace falta decir que no lo imité perfectamente, pero me fui adentrando por los caminos del sacerdocio como enviado del Señor, y sigo caminando por ellos como obispo.

Fui descubriendo también que la gran cualidad del enviado es la fidelidad. Con la particularidad de que la fidelidad no se reduce a actuar cada cual por cuenta propia como teniendo hilo directo con Dios, sino como miembro de la comunidad de Jesús que es la Iglesia.

La profundización en la vivencia de la realidad de la Iglesia, de la misión y de la fidelidad, me ha ayudado a adentrarme por el camino de mi vocación.

## 1.1- EL MINISTERIO DE LA SANTIFICACIÓN

Cada día voy siendo más consciente de que el obispo debe ser el hombre de oración. Ya dijeron los apóstoles: “... *nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra*” (Hech. 6, 4). Hemos de estar constantemente en presencia del Señor cumpliendo lo mejor posible con la misión que nos ha encomendado.



## IR DELANTE

Una expresión que se me quedó muy grabada, es aquella de Jesús hablando de las actitudes del Buen Pastor: *“Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz”* (Jn. 10, 4). El Buen Pastor se pone al frente de sus ovejas, va delante y éstas le siguen.

Si nos ha elegido como pastores y Él, como pastor, va delante, también nosotros debemos ir delante, ya que Él está siempre presente en nosotros como Pastor. Ir junto a Él debe suponernos contemplarle, escucharle, hablarle... Es lo que llamamos oración. Los obispos, como el Buen Pastor, debemos ir delante de sacerdotes, de personas consagradas, de contemplativos, de misioneros, de matrimonios, de jóvenes inquietos por su fe, de hermanos que sufren persecución y dificultades por Jesús. Además, hemos de ser muy conscientes de que caminan con nosotros hombres y mujeres de mucha categoría y con un alto nivel espiritual y cultural. El hecho de que vean en nosotros la presencia de Jesús como pastor, nos debe estimular a ir delante, viviendo con seriedad nuestras actitudes cristianas.

Esto nos exige tal compenetración con Jesús, que nos permita ser modelo válido para todos, como lo era Jesús. San Pedro nos lo recuerda: *“Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey”* (1Pe. 5, 2-3)

Si, por una parte, ver a tanta gente buena, muy buena, que ama al Señor con pasión, es algo que te ayuda a percibir la acción del Espíritu del Señor en la Iglesia, por otra, el hecho de ver en mí tantas deficiencias, me mueve a recurrir insistentemente a la misericordia de Dios. Me alegro con el Señor al ver tanta gente que le quiere; le digo que yo también le quiero, pero nunca me atreví a decirle que le quiero más que otros. ¿Cómo se lo voy a decir, si estoy conociendo a mucha gente que le quiere muchísimo más que yo, y me veo muy pobre en el amor? Tampoco San Pedro se atrevió a decírselo cuando se lo preguntó Jesús después de las negaciones.

Y como cada día voy entrando más en la urgencia del diálogo constante con Jesús, ante tanta gente

buena que voy conociendo, se me ocurrió esta oración: “Señor, hay mucha gente que te quiere. Yo también te quiero. Ayúdame a quererte cada día más”. Sé que también a Jesús, como a todo enamorado, le gusta que le digamos que le queremos. Por eso repito muchas veces durante el día esta oración.

## 1.2- EL MINISTERIO DEL SERVICIO DE LA COMUNIÓN

Al actuar como obispo ves con toda claridad la importancia de la comunión en la vida de la Iglesia. Mientras era párroco programaba mis tareas y las iba realizando según me permitía el tiempo de que disponía.

Pero al actuar como obispo, palpé la realidad de que no puedo realizar mis acciones pastorales sin la colaboración de los otros miembros de la Iglesia, especialmente, sin la colaboración de los sacerdotes. Si los sacerdotes están animados, los programas siguen adelante; si no lo están, no hay programa que salga a flote. En la medida en que eres consciente de ello, entras más a fondo en tu pequeñez, y te abres más a la acción que Dios va realizando a través de todos los miembros de la Iglesia. Y así, aunque las actividades

del obispo tengan un mayor relieve externo, te ayudan a ver que todo es gracia, y que es Dios quien actúa por medio de cantidad de personas buenas, sin las que tu actividad quedaría muy empobrecida.

Al ver a tantos hermanos que aman apasionadamente al Señor, le das gracias por haberte llamado no sólo a formar parte de su Iglesia, sino a regirla en su nombre. Le das gracias y lo aceptas muy consciente de tu pequeñez y con mucha confianza en su misericordia.

De ahí que la acción de ser centro y promotor de comunión, equivalga a una actuación en plan de colaboración y de aunar voluntades. Tanto a la hora de decidir como de aceptar decisiones, se nota una cierta insistencia en culpabilizar a las estructuras como causantes de los males de la Iglesia. Pero el Señor ha confiado el gobierno de la Iglesia a las personas, no a las estructuras, a las personas. A veces perdemos mucho tiempo hablando de las estructuras y culpabilizándolas de los defectos de la Iglesia, cuando los únicos responsables somos las personas.

A la hora de corregir, es más eficaz la caridad y la corrección fraterna, que la acusación. Y aquí es donde, como obispo, he visto siempre que tengo una

misión que cumplir, siempre inacabada y siempre preocupante.

### 1.3- EL MINISTERIO DE LA PALABRA

Me aplico el consejo de San Pablo a Timoteo sobre la fidelidad en la proclamación de la Palabra: *“Procura cuidadosamente presentarte ante Dios como hombre probado, como obrero que no tiene por qué avergonzarse, como fiel distribuidor de la Palabra de la verdad”* (2Tim. 2, 15). Y también en su insistencia a los cristianos de Corinto sobre la fidelidad que deben tener los administradores de la Palabra: *“Ahora bien, lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles”* (1Cor. 4, 2).

Veo que la predicación de Jesús debería ser el modelo de la nuestra. Jesús no se limitaba a señalar unos preceptos con los que había que cumplir. Intentaba elevar a los oyentes a la contemplación del amor del Padre. Insistía en la confianza con que debían acercarse al Padre: invitaba a ponerse en sus manos. Quizá en nuestra predicación nos estemos desviando de ese punto central de la predicación de Jesús, e insistiendo en cuestiones no tan cruciales.

Los obispos, y también los sacerdotes, deberíamos ser menos analistas y más religiosos a la hora de predicar. Dentro del cumplimiento de esta tarea, cada día estoy más convencido de que debiéramos insistir más en proclamar la misericordia de Dios que en moralizar. La moral hay que vivirla en la entrega incondicional al Padre por medio de Jesús: una entrega basada en el amor como respuesta al amor misericordioso de Dios.

Nunca insistiremos bastante en predicar la misericordia de Dios. Si nuestra insistencia es la justicia, tenemos tendencia a parapetarnos en nuestras obras buenas, con ello podemos llegar a intentar justificarnos ante los hermanos, y a ir buscando la seguridad de que no vamos a ser condenados. Si nos centramos más en la misericordia, entramos de lleno en el corazón de Dios; nos adentramos así por el camino del amor hasta volcarnos en el amor.

Santa Teresa de Lisieux tiene unas palabras muy bonitas sobre esto en su Historia de un alma cuando trata sobre la ofrenda al amor: “*Hasta la justicia (y tal vez ella más que ninguna otra) me parece revestida de amor... ¡Qué alegría más dulce pensar que Dios es*

*justo, es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿De qué, pues, tendría yo miedo? ”.*

Por otra parte, al repasar mis pastorales y las de mis hermanos en el episcopado, quisiera ver más pasajes hablando directa y especialmente de Jesús. De Jesús, así como suena. Jesús debiera ser la palabra más repetida en nuestras intervenciones, tanto de los obispos como de los sacerdotes. El conocimiento y el amor de Jesús no los podemos dar por supuestos. Quizá nuestras reflexiones suenen a algo frío. Los fieles deben captar en nosotros ese cariño y apasionamiento de quienes aman y quieren de verdad a una persona. Pero deben captarlo porque existe.

Nuestros escritos y nuestra predicación debieran rezumar nuestro amor y cariño hacia la persona de Jesús, además de la explicación lógica y exacta de su doctrina y de su moral. Doctrina y moral que debemos ver, no tanto como una serie de preceptos bien trabados con lógica impecable sino, principalmente, como unas exigencias enraizadas en la necesidad de corresponder al amor de Dios que se nos ha manifestado en Jesús. Debiéramos insistir en la moral del amor.

Esta moral ni se aprende ni se vive más que enamorándose de Jesús. No es cuestión de leyes ni de preceptos. Ante un Dios hecho hombre por amor y que nos manifiesta su amor muriendo en la cruz, es un tanto ridículo plantearnos si cumplimos o no con una serie de preceptos. Nuestro planteamiento debería ser si estamos correspondiendo con nuestro amor al amor que Él nos ha manifestado. Esta ley del amor debiéramos vivirla y contagiarla a nuestros fieles. Debiéramos plantearnos si ellos, al salir de la iglesia o al acabar de leer nuestros escritos, se sienten más enamorados de Jesús.

No podemos olvidar que es a Él a quien debemos anunciar y predicar, y a veces nos quedamos en su moral, o en su doctrina, o en la denuncia de los fallos de nuestra sociedad o de la Iglesia. Con ello nos quedamos en una simple constatación de hechos o en un análisis sociológico de la situación social o religiosa.

Debiéramos partir de dicha situación para animar a la vivencia de la fe y de las responsabilidades del amor que arrancan de dicha vivencia. Y es que desde la realidad sociológica, sea cual sea, es desde donde empieza Dios a actuar y, como pastores del pueblo de Dios, es desde donde debiéramos empezar a actuar no-



sotros, siendo muy conscientes de que los caminos del Señor no son nuestros caminos y de que lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.

En cuanto al modo de actuar en la proclamación de la Palabra, la experiencia me ha llevado a insistir en tres puntos fundamentales junto con un cuarto, que es la libertad que debemos tener al hablar. Paso a exponerlos.

### **A) SENCILLEZ**

Al presentar la doctrina, no podemos olvidar algo elemental en el ministerio de la Palabra, y es que la gente entienda lo que les decimos. Para ello, sería muy conveniente que los sacerdotes, al acabar los estudios teológicos, nos dedicásemos una buena temporada a los niños porque así nos acostumbraríamos a traducir al lenguaje sencillo los conceptos teológicos que, aunque muy claros para nosotros, no podemos ofrecerlos a la gente sencilla con nuestros esquemas teológicos, porque no nos entiende.

Algo de eso me pasó cuando, recién acabados mis estudios y mi tesis sobre la gracia, hablé a niños sobre ella y no entendieron nada. Algo por el estilo me

sucedió también no hace mucho, hablando a un grupo de BUP<sup>1</sup> que se estaban preparando para la confirmación, aludiendo a la vid y los sarmientos, se me ocurrió preguntarles si sabían lo que era un sarmiento y me dijeron que no. Claro, si al hablar de la gracia, usamos la palabra sarmiento y no saben lo que es, nuestra predicación cae, no ya sobre el camino, sino en el vacío.

El hecho es que, cuando ante un problema social, político o religioso, escribimos, o hablamos, o nos definimos con algún escrito o declaración, nuestra voz no llega al pueblo llano y sencillo, bien porque no tienen un mínimo interés, bien porque no tienen la formación indispensable para comprender nuestros razonamientos, bien porque no nos adaptamos a su nivel. Y llega menos todavía si se trata de documentos largos.

Siempre me he preguntado qué habría que hacer para que la gente sencilla se enterase bien de lo que decimos los obispos cuando decimos algo. Creo que hablamos demasiado elevado, sobre todo, cuando lo hacemos en grupo.

---

1 Lo que ahora correspondería a los últimos cursos de la ESO.

Habría que optar por decir las cosas con sencillez y claridad para que se enterase el pueblo llano, en vez de tantos documentos bien trabados lógicamente y dados a la prensa o publicados en nuestros boletines o revistas especializadas.

El modo como hablaba Jesús era de lo más sencillo. Con ejemplos al alcance de toda la gente que le escuchaba, expone las grandes verdades y los grandes misterios del Reino. Su sencillez en el modo de predicar es proverbial; es su estilo, aparte de la libertad con que hablaba dentro de la más completa fidelidad al Padre. Por ahí debiera ir el estilo de nuestra predicación. Medito con frecuencia sobre ello.

San Vicente Ferrer, el gran dominico valenciano, dice con respecto a esto: *“En la predicación debes usar un lenguaje sencillo y un estilo familiar, bajando a los detalles concretos. Utiliza ejemplos, todos los que puedas... Hablar en abstracto de las virtudes y los vicios no produce impacto en los oyentes”* (Oficio de Lectura, 5 de Abril).

**B) NO DAR NADA POR SUPUESTO**

Nuestro pueblo necesita de formación seria. Me refiero a una formación vital, no sólo a la clarificación de ideas, ya que las ideas hay que llevarlas a la vida. Si en la formación no se ayuda al hombre a vivir su fe, no hay salida. Se impondrá la ley del más fuerte en la vida social, y se impondrá la ley del menor esfuerzo en la vida personal. Y seguiremos ante un hombre que ni es consciente de su dignidad ni de la dignidad de los demás. Y así no vamos a ninguna parte.

Pero a la hora de la formación damos demasiadas cosas por supuestas, entre ellas que la fe y la moral cristianas son suficientemente conocidas y aceptadas, y vemos que cada día es mayor la ignorancia en cuestiones fundamentales de la doctrina y que va descendiendo el grado de aceptación de la moral. Estamos hablando constantemente sobre la necesidad de la formación permanente, pero no sé si estamos suficientemente concienciados de la casi nula formación cristiana de un sector muy numeroso de nuestro pueblo. Tampoco sé si la mayoría del mismo superaría con éxito el examen de catecismo que antes se hacía para la primera comunión.

Es queja bastante generalizada que nuestros jóvenes están muy deficientemente evangelizados. Cuando vienen a las catequesis de la Confirmación, vemos que algunos no tienen idea de nuestra fe.

Esto supone que quizá en nuestra tarea evangelizadora no estamos insistiendo en lo fundamental cristiano, o porque lo damos por supuesto, ya que en tiempos anteriores lo dábamos y podía darse, o porque insistimos en cuestiones que no son las cuestiones clave de nuestra fe.

Quizá nuestros jóvenes cristianos no están teniendo prácticas religiosas porque no les encuentran sentido, mientras que para los mayores esas mismas prácticas eran la expresión de una religiosidad que conocían y vivían. De ahí, la necesidad y urgencia de que retomemos lo fundamental cristiano, en nuestra evangelización y en nuestras catequesis.

### **C) INSISTENCIA EN LO FUNDAMENTAL**

No podemos olvidar que estamos ante una cultura que lo avasalla todo. Se busca el placer, el consumir y estamos de lleno dentro de una sociedad materialista. En la vida social ni cuenta Dios, ni los valores morales sólidos.

La formación moral ha bajado de tono y la gente se está acostumbrando a pensar que la moral es cosa privada sin que se vea la necesidad de la aceptación de unos principios válidos para todos. En los medios de comunicación y en muchos centros de enseñanza expone cada cual sus opiniones y sus concepciones de la vida de modo puramente subjetivo. Esta manera de proceder impide una buena estructuración mental y una asimilación de principios. Lógicamente esto repercute en la fe. Cada cual se apunta a una fe que podríamos llamar a la carta, admite lo que le parece y prescinde de aspectos tan fundamentales como los que admite. Esto, con respecto a los que admiten la realidad de la fe. Además están quienes prescinden en sus vidas de los principios evangélicos y viven al margen de ellos.

Por otra parte, en la actualidad y dentro de la misma Iglesia, hay como una insistencia en cuestiones marginales dentro de la fe, que inquietan a muchos y que son las que constantemente están en primer plano en los medios de comunicación y en el ambiente. Y ni son las más importantes ni las que más nos debieran inquietar. Cuestiones como el celibato opcional, la supuesta discriminación de la mujer porque no puede ac-

ceder al sacerdocio, la exigencia de que los sacerdotes secularizados puedan seguir ejerciendo el sacerdocio, la democratización de la Iglesia... todo ello crea un ambiente del que van desapareciendo los puntos cardinales de la fe, y da la sensación de que en la Iglesia nos estamos moviendo en un clima de descontento y de tensiones continuas entre los distintos estamentos.

Lo cierto es que se pierde mucho tiempo y muchas energías en todo esto, cuando nuestra principal preocupación debiera ser centrarnos en el núcleo de nuestra fe para evangelizar con toda el alma, este mundo increíble, pero hambriento de Dios. Nuestro gran pecado pudiera ser no presentar, con claridad y con fuerza, al Dios que está buscando el hombre de hoy, aunque quizá lo esté buscando sin saber que lo busca.

## **D) LIBERTAD EN LA PREDICACIÓN**

Actuar con libertad a la hora de proclamar nuestra fe, es fundamental para el evangelizador, sea obispo, sacerdote o seglar. Es cierto que cuando tenemos que orientar a nuestros fieles de cara a cuestiones que inciden en la vida pública, es más cómodo limitarse a principios generales invitando a que cada uno saque

las consecuencias pertinentes. Mi lema episcopal es la frase de San Pablo: *“La Palabra de Dios no está encadenada”*. Personalmente trato de proclamarla con total libertad.

Al hacerlo, tanto yo como los demás obispos, intentamos iluminar a nuestros fieles en la problemática que se presenta día a día. Hay cuestiones en que se ve clara la línea evangélica que debemos proponer, por ejemplo, el rechazo del aborto. Las hay que tienen muchos matices a tener en cuenta a la hora de urgir una línea de actuación válida y coherente con la fe. A veces no aparecen todos los detalles y matices que hemos de tener en cuenta a la hora de emitir un juicio moral válido y vinculante para todos nuestros fieles, aparte de que, en no pocas cuestiones, no se ven con claridad todas las intenciones que hay por debajo.

## 2) ALGUNA EXCURSIÓN POR LA MORAL CATÓLICA

Dentro de la libertad con que hemos de actuar los obispos a la hora de proponer a nuestros fieles y a todo el



mundo el mensaje evangélico, hay ciertas cuestiones que a la hora de plantearlas, suelen producir algunas fricciones y malentendidos.

A nadie le extraña que el obispo hable sobre la moralidad de los espectáculos, de las diversiones, de los negocios, de la medicina, del trabajo y de todos los actos humanos, incluso de los internos, como pueden ser los deseos. Pero cuando plantea cuestiones cuya moralidad tiene gran trascendencia para la vida social, como son las que se refieren a la moral en materia política, hay muchos que le acusan de meterse en política, como si la moral no tuviese que ver nada en cuestiones políticas.

A pesar de que pueden acusarte de meterte en política cuando estás clarificando la moral, hace algún tiempo entré en ese campo hablando con toda claridad sobre algunas cuestiones morales graves relacionadas con la vida política, especialmente sobre el respeto a la vida humana cuya destrucción se permitía por la legislación sobre el aborto.

Dado que la mayor o menor tolerancia en nuestra legislación dependía, no de las razones que pudiesen esgrimirse, sino del resultado de las elecciones

generales, ya que algunos partidos presentaban en sus programas su decisión de despenalizar el aborto, con motivo de las elecciones, enjuicié desde el evangelio la inmoralidad del aborto. Como mi postura produjo cierto revuelo, ofrezco aquí los motivos que me llevaron a tomar esta decisión y la evolución que tuvo, por si al lector le interesa conocerlo.

## 2.1- IMPORTANCIA DE LAS ELECCIONES

¿Por qué hablé con motivo de las elecciones? Sencillamente porque, en la defensa y promoción de los derechos humanos, tienen una especial importancia, sobre todo, las generales, porque del resultado de las mismas va a depender la legislación sobre muchos derechos humanos que hay en juego.

Por otra parte, sabemos también que en nuestras diócesis tenemos mucha gente sencilla que están pendientes de promesas que se les han hecho, como el aumento de su pensión, que van a subir los sueldos, que van a crearse muchos puestos de trabajo y que se va a vivir mejor si determinado partido y no otro, gana las elecciones... Y no se dan cuenta de que hay que poner sordina a ciertas promesas, aparte de que muchos

no acaban de ser conscientes del deterioro al que puede estar llegando nuestra sociedad ya que hay ciertos valores humanos fundamentales que pueden estar en peligro.

Este deber de iluminar a nuestros fieles en cuestiones de moral política nos debe estimular a que nuestra palabra llegue clara e inteligible a nuestros fieles ya que no todos nuestros cristianos están suficientemente preparados para saber decidir con libertad y con responsabilidad en este campo.

Hay que decirles las cosas muy claras aunque haya quienes estén interesados en que no se las digamos. Y es que muchos de nuestros católicos, bien por ignorancia, bien por influencia de ciertos grupos, no acaban de ser consecuentes a la hora de emitir su voto. Voto que, por otra parte, deben emitir en conciencia, con libertad y con responsabilidad.

## 2.2- DEBER DE DEFENDER LOS VALORES EN JUEGO

En la vida social y política hay una serie de valores en juego. Unos son políticos, es decir, los que proponen los distintos partidos en cuanto a organizar lo mejor

posible la vida social de la que depende el bien común, y otros son valores humanos que están más allá del juego político y a cuyo servicio debe estar la política.

Los primeros, no son competencia de los obispos siempre que, claro está, se respeten los derechos humanos. Los obispos no somos quienes para tomar las riendas de la vida política (a nadie se le puede ocurrir esto a estas alturas), nuestra competencia en este campo está en lo moral. En lo político son los seculares quienes tienen su propio campo de responsabilidad.

Pero cuando están en juego los grandes valores humanos, naturalmente que debemos orientar a nuestros cristianos de cara a la defensa de los mismos. Y no sólo podemos hacerlo, sino que nos sentimos en el deber de clarificar ante nuestros fieles qué desviaciones pueden estar introduciéndose en nuestra legislación, que pueden chocar frontalmente con los grandes principios morales, con graves repercusiones sobre los derechos humanos fundamentales.

### 2.3- ILUMINACIÓN EN LA VIDA POLÍTICA

A la hora de intervenir los obispos, algunos opinan que su intervención debe limitarse a la exposición de los

principios morales. Y ciertamente no haría falta ir más allá, si todos tuviesen una formación suficiente para sacar las consecuencias que se derivan de esos principios. Pero no todos la tienen, aparte de que se puede manipular con cierta facilidad la opinión del pueblo por quienes disponen de los medios de comunicación.

Los propios obispos tenemos la tendencia a presentar los principios fundamentales en las grandes cuestiones que se debaten en nuestros ambientes, sin acabar de bajar a las concreciones, sobre todo en cuestiones un poco vidriosas relacionadas con la vida política.

Hemos expuesto repetidas veces los grandes principios en documentos y notas: necesidad de votar, de elegir a los mejores, de libertad de voto, de no votar a quienes se presenten con programas incompatibles con los valores humanos y con la fe de la Iglesia... Todo eso lo hemos dicho infinidad de veces. Pero quizá lo hemos dicho a nivel demasiado teórico, es decir, a nivel de principios. No sé si debiéramos haber concretado más.

Puesto que tenemos el derecho y el deber de aplicar la moral cristiana a las distintas cuestiones polí-

ticas, debemos intentar llegar a nuestros fieles presentándoles con toda claridad y fidelidad las exigencias del Evangelio, prescindiendo de que a los no cristianos e, incluso, a algunos cristianos, guste más o menos o, sencillamente, no guste.

## 2.4- INCONGRUENCIAS DE LOS CATÓLICOS A LA HORA DE VOTAR

Cualquier miembro de un partido sabe que tiene un programa y anima a votarlo e intenta convencer a otros de que el programa de su partido es el mejor... Los católicos tenemos nuestro programa evangélico. Es lógico que seamos coherentes y que contrastemos sus valores con los que se nos proponen en la vida social y política.

Desde luego que no podemos exigir de los demás que piensen como nosotros, pero tampoco podemos plegarnos a cualesquiera opiniones por muy extendidas y aceptadas que estén en el ambiente social en que vivimos.

Nadie negará que es una incongruencia el hecho de que la mayoría católica elija como gobernantes a quienes después legislan y actúan, no sólo al margen de nuestra fe y de nuestros valores sino, incluso, en

contra de valores fundamentales tanto cristianos como humanos. Estoy pensando en valores como vida, familia, educación, creencias...

Es cierto que ningún programa de partido se adecúa perfectamente a los postulados evangélicos; es cierto que no hay ideología ni marxista ni capitalista ni liberal que encaje de lleno dentro del evangelio; es cierto que en todas las formaciones políticas hay miembros de conducta intachable, y los hay cuya moral deja mucho que desear. Pero a la hora de votar, debemos apostar por los grandes valores y, en función de ellos, optar por uno de los programas que se nos ofrecen desde los diferentes partidos. La primera apuesta es, naturalmente, en favor de la vida como primer valor a tutelar por quienes dirigen la política. Este valor está más allá de las competencias de los partidos y de los gobernantes. Nadie tiene derecho a atacar contra ella.

No podemos olvidar que el derecho a la vida es el derecho fundamental y primario de todo hombre, derecho en que se basan todos los demás. Y si es el primer derecho, es deber fundamental y primordial de quienes ostentan la autoridad, el tutelarlos. La autoridad no puede hacer dejación de su deber de defenderlos.

No tiene derecho a legislar de manera que permita que alguien pueda impunemente suprimir la vida humana. No vale decir que no se obliga a nadie a abortar, por la misma razón se podría decir que tampoco obliga a nadie a robar, si se promulgase una ley que permitiera el robo.

En cuanto a la legislación sobre el aborto, el Papa ha dicho: *“En el caso pues de una ley intrínsecamente injusta, como es la que admite el aborto o la eutanasia, nunca es lícito someterse a ella, ni participar en una campaña de opinión a favor de una ley semejante, ni darle el sufragio del propio voto”* (Ev. Vit. 73). No habla de programas de partidos, pero la conclusión es lógica.

## 2.5- MIS INTERVENCIONES EN ESTE CAMPO

Cuando el Partido Socialista iba a ampliar la ley del aborto y ante hechos como las leyes de formación religiosa, y la falta de respeto a las creencias de nuestros fieles, me sentí en el deber de aconsejar con claridad a mis católicos y a quienes quisieran escucharme de cara a las elecciones, y escribí en poco tiempo, tres pastorales: *“Iglesia, Gobierno y Elecciones”*; *“El hombre,*



*especie no protegida*”; y “*Todavía estamos a tiempo*”. Lo hice con la mayor naturalidad del mundo.

Me llamó la atención la repercusión que, sobre todo la primera, tuvo en los medios de comunicación. Di el texto a mediodía y en el telediario de la noche vi que aparecía mi foto en la televisión. Ése soy yo, me dije un tanto extrañado; y dieron la noticia. Aquí empezó todo.

No sé si con mi actuación sólo logré convencer a los que ya estaban convencidos. Intenté predicar con claridad la doctrina de la Iglesia, orientando con ello a mis fieles. Lo hice desde el silencio y la soledad de quien se siente enviado por el Señor y que quisiera tener la seguridad contrastada con otros enviados, porque en situaciones como ésta, nunca acaba uno de fiarse de sí mismo. Tan fino hay que hilar en este campo, que, con frecuencia, tuve que meditar mucho, por si hubiese habido algo que matizar, a fin de poder tener la seguridad de estar actuando correctamente según el criterio evangélico.

La manera de actuar de los otros obispos ayuda a discernir, es cierto, pero también a veces, a la vista de cómo actúan, puedo pensar si me estoy pasando un

poco. Siempre queda allá en el fondo esa sombra de duda de si estarás o no actuando correctamente. Pero repasaba mi argumentación y la veía correcta. Y seguía adelante, y seguía solo. Ciertamente, algunas personas de hondo criterio que sentían en cristiano y muy valoradas desde distintos ámbitos de la Iglesia, me animaban a seguir.

¿Qué tuvieron de particular estas pastorales? Nada. Dije lo mismo que los demás obispos. Lo que dije lo estábamos comentando constantemente en nuestras conversaciones y lo decimos en escritos y declaraciones. Los principios son los mismos, pero la manera de decirlo fue distinta. Sencillamente cité a un partido concreto, al que nos gobernaba entonces, y parece que citar a un partido concreto no era costumbre hacerlo, y menos, aconsejar no votarlo, como hice yo.

Es aquí donde dolió. Mientras hablemos de principios, nadie se inquieta, entre otras razones, porque este tipo de notas pastorales no llega al gran público y se pueden contrarrestar con cierta facilidad con algunas notas basadas, más que en razones, en sentimentalismos. Pero cuando uno aconseja a los católicos no votar a un partido concreto y lo razona de cara a

mantener los principios básicos de la fe y de la moral no sólo cristiana sino humana, eso ya es distinto, porque afecta a lo que podríamos llamar el gran ídolo de la actualidad política que es el dios voto.

Lo cierto es que se armó cierto revuelo con motivo de mis pastorales. Pienso que sucedió algo parecido a lo que le sucedió a San Pablo cuando los fabricantes de ídolos de la diosa Artemisa vieron que con la predicación del apóstol, se les iba a desmontar su negocio. Cito unos versículos: *“Cierta platero, llamado Demetrio, que labraba en plata templetos de Artemisa y proporcionaba no pocas ganancias a los artifices, reunió a éstos y también a los obreros de este ramo y les dijo: «Compañeros, vosotros sabéis que a esta industria debemos el bienestar, pero estáis viendo y oyendo decir que no solamente en Éfeso, sino en casi toda el Asia, ese Pablo persuade y aparta a mucha gente, diciendo que no son dioses los que se fabrican con las manos. Y esto no solamente trae el peligro de que nuestra profesión caiga en descrédito, sino también de que el templo de la gran diosa Artemisa sea tenido en nada y venga a ser despojada de su grandeza aquella a quien adora toda el Asia y toda la tie-*

rra». Al oír esto, llenos de furor se pusieron a gritar: «¡Grande es la Artemisa de los efesios!». La ciudad se llenó de confusión. Todos a una se precipitaron en el teatro arrastrando consigo a Gayo y a Aristarco, macedonios, compañeros de viaje de Pablo...” (Hech. 19, 24-29)

Claro, hoy no hay diosas Artemisas, pero sigue muy pujante el dios voto, uno de los ídolos más importantes, a cuyo alrededor giran criterios y actitudes de buena parte de nuestra clase política.

## 2.6- ALUDIENDO A PARTIDOS CONCRETOS

Si ante unas elecciones hay unas personas concretas que, prescindiendo de ideologías, dicen que si ganan las elecciones, van a permitir abortar a la mujer que quiera, ¿qué tiene de particular que se desaconseje a los católicos votar a un partido así? ¿Y qué diferencia hay entre decir que no se vote a partidos que promueven el aborto o decir “no votéis a tales partidos concretos porque lo están promoviendo y fomentando”?

Me estoy refiriendo, claro está, a un partido que ya nos dice en su programa qué es lo que quiere hacer con respecto a la supresión del gran valor de la vida

de muchos seres inocentes. Decían que no obligaban a abortar a nadie, pero es absurdo que un crimen tan horrendo esté tolerado por la ley. Pero es que, además, preparando a la opinión pública para no encontrarse con el rechazo de la misma, los defensores del aborto hablaban de situaciones lamentables de mujeres que han quedado en estado y del derecho de la madre a abortar, aunque no decían una palabra sobre el derecho del niño inocente a seguir viviendo.

Si se da una situación límite en que alguna mujer se viese forzada o empujada al aborto, debería ser el juez quien sopesa las causas atenuantes o, incluso, eximentes, pero es absurdo que un crimen así esté tolerado por la ley, absurdo aunque sean pocos los casos.

Si se tratase de opciones políticas o de buen gobierno, en que no estuviese en juego el valor humano más importante, anterior a cualquier otro, como es la vida, sino que lo que estuviese en juego fuesen las líneas que un partido creyese que son las mejores para la buena marcha de la sociedad, es claro que sería imprudente que un obispo tomase postura desaconsejando el voto a un partido. Pero no era éste el caso. El respeto a la vida humana está mucho más allá de las compe-

tencias que pueda tener la sociedad y de las decisiones que pueda tomar.

Lo que me parece raro es que se haya admitido casi como un tabú, que no se desaconseje el voto a un partido concreto a pesar de que esté proclamando por todos los medios, que va a fomentar el aborto con la consiguiente supresión de vidas humanas inocentes. Y me pregunto ¿por qué no se debe desaconsejar? No vi razones y lo desaconsejé.

Con ello no quería decir que los miembros de unos partidos fuesen mejores o peores que los de otros. Lo único que quería decir es que no se votase a ese partido concreto porque estaba fomentando la destrucción de vidas humanas. Un partido debe ser tanto más rechazado cuanto más promueva la destrucción de vidas humanas. En definitiva, lo que se aconseja es que se defienda la vida de miles de seres humanos gravemente amenazada. Eso es lo que está en juego. Y en ese juego entramos a la hora de las votaciones.

Hay gente sencilla que no sabe qué partidos lo promueven, incluso hay gente de buena voluntad que no acaba de ser consciente de la gravedad del aborto.

Y si encima, con todos los medios de comunicación a su servicio, el partido en el gobierno está haciendo propaganda de la liberalización del aborto, dándoselas de progresistas, porque dicen que con el aborto están apoyando y promocionando la libertad y la dignidad de la mujer, yo como obispo no puedo callarme ni limitarme a exponer los grandes principios morales. Por eso, al mismo tiempo que expliqué la gravedad del aborto, cité al partido que iba a dar carta blanca al aborto para que no lo votasen.

Lógicamente, mi toma de postura no gustó en muchos ambientes, pero yo no hubiese estado con mi conciencia tranquila si no hubiese hablado como hablé. Tampoco la tendría si me hubiese limitado a decir a mis fieles que viesen los programas de cada partido y que votasen en conciencia defendiendo la vida, la familia, la moral pública, la honestidad de los gobernantes... Naturalmente que deben votar en conciencia, pero también con sentido de responsabilidad defendiendo los grandes valores humanos que estaban siendo atropellados. Y si ni siquiera nosotros leemos los programas de todos los partidos, ¿cómo los van a leer nuestra gente sencilla?

Los más disconformes con mi manera de actuar fueron, naturalmente, los grupos de izquierda, los mismos que en épocas anteriores insistían en la necesidad de la denuncia profética por parte de la Iglesia. Normalmente, cuando se cita a un partido concreto porque la denuncia va contra algo que ellos fomentan o apoyan, protestan y dicen que no hay que citar a ningún partido.

Suelen argüir diciendo que también otros partidos mantienen el aborto en la legislación. Pero una cosa es mantenerlo y otra, fomentarlo. Cuando el Papa dice que los parlamentarios no deben dar su voto a una ley que admite el aborto o la eutanasia, habla de que se puede apoyar lícitamente *“una ley más restrictiva, es decir, dirigida a restringir el número de abortos autorizados, como alternativa a otra ley más permisiva ya en vigor o en fase de votación... cuando no sea posible evitar o abrogar completamente una ley abortista”* (Ev. Vit. 73).

Por mi parte, pienso seguir hablando con toda libertad mientras el aborto siga siendo promocionado por algunos partidos o simplemente tolerado por nuestra legislación aunque sólo sea en determinados casos.



Quiera Dios que pronto algún partido de nuestro espectro político se proponga claramente en su programa desterrar el aborto.

## **¿FUE CORRECTA MI DECISIÓN?**

Sigo creyendo que sí lo fue. Si pensase lo contrario, no tendría ningún inconveniente en reconocerlo y rectificar. Lo único que busqué en mis intervenciones fue cumplir con mi deber de pastor de la Iglesia, consciente de que mi postura no me iba a resultar cómoda. Y no me ha resultado.

Me hice la siguiente reflexión: el cristiano debe apoyar con su voto el bien común de los ciudadanos.

Cuando están en juego los grandes valores humanos, el obispo tiene el deber de informar y de aconsejar a sus fieles para que con su voto contribuyan a la promoción del bien común, mediante la defensa de los valores humanos fundamentales. Y el primer valor a tutelar y promover, es el derecho a la vida.

Si el cristiano no puede apoyar con su voto la eliminación de vidas humanas inocentes, no puede votar en favor de partidos que promuevan el aborto. Es cierto que en el caso de unas elecciones, hay otros

valores en juego, pero estos valores siempre son muy relativos comparados con el valor primero y fundamental de la vida humana.

En diálogo con amigos y en algunas otras intervenciones, seguía con mi reflexión: si un partido propugnase en su programa clausurar todas nuestras iglesias y desterrar nuestra fe, pero no como conclusión de su programa sino dicho clara y explícitamente, ¿se podría citar ese partido para que los católicos no lo votasen?

Si propugnase fomentar el terrorismo ¿se le podría citar?

¿Qué dirían en el caso de un partido que se presentase a las elecciones con un programa en que se defendiese el derecho de hacer una limpieza étnica al estilo de lo que se ha hecho en la antigua Yugoslavia o en el Zaire? ¿Se le podría citar?

¿Qué dirían también de un partido que se presentase con un programa a lo Hitler apoyando los hornos crematorios nazis? ¿Se le podría citar?

¿Cómo se compaginan las acusaciones (falsas, desde luego) al Papa de no haber denunciado los crímenes nazis, con la pretensión de que no se citen partidos que fomentan el aborto? No lo entiendo.

Y seguía preguntando, por mucho que en ciertos ambientes no gustase la comparación: ¿qué es peor, un programa de ese tipo o un programa en que se promueva el aborto? Porque si el aborto consiste en la supresión de una vida humana inocente, ¿hay alguien que sea capaz de aportar razones que demuestren que el aborto es menos grave que los crímenes nazis?

Y es que el mismo Papa tiene unas palabras en que habla del exterminio de los nazis y del exterminio producido por los abortos. Dice así: *“A este cementerio de víctimas de la crueldad humana de nuestro siglo, —las víctimas de los campos de exterminio nazis— se agrega otro gran cementerio: el de los no nacidos. Cementerio de los indefensos, cuyos rostros ni siquiera sus propias madres conocieron, aceptando o cediendo a presiones para que se les quitara la vida antes de nacer. Pese a ello, ya tenían la vida, ya estaban concebidos y se desarrollaban bajo el corazón de sus madres, sin presentir el peligro mortal”* (Homilía en Radom. 4-6-1991).

No sé si en el subconsciente está el creer que el aborto es un “pequeño asesinato” y, por tanto, que no es tan grave como se dice. Y es que hay que reconocer

que la imaginación también influye en la calificación moral de los actos. De ahí, la necesidad de una buena formación cristiana en el campo de la moral, y de la insistencia de la Jerarquía en la gravedad del aborto. Acentuar su gravedad es lo que hace la Iglesia al excomulgar a quienes provocan el aborto, mientras que no excomulga a un asesino, aunque en ambos casos se trate de la supresión de la vida humana.

Si hay gente de buena voluntad que vota socialista porque equipara socialismo con defensa del trabajador, ¿por qué no citar al partido cuando, de no hacerlo, se va a abrir un camino en el que se va a fomentar la destrucción de vidas humanas con todo lo que supone además, de degeneración moral para nuestra sociedad, que va a ver justificada moralmente la eliminación de vidas humanas? Y más cuando están diciendo clarísimamente que lo van a hacer.

Con motivo de las últimas elecciones, señalé dos partidos por no hacer una lista de programas de todos, y por ser estos partidos los dos de más arraigo dentro de los partidos nacionales que pueden influir fuertemente en el fomento del aborto, el Partido Socialista e Izquierda Unida.

Estoy convencido de que si los católicos no votasen a los partidos que defienden y promueven el aborto, ningún partido que intentase gobernar, incluiría la promoción del aborto en su programa. De ahí que los católicos no podamos considerarnos libres de responsabilidad en esta cuestión mientras sigamos votando a partidos así.

## ADHESIONES Y DESCALIFICACIONES

No hace falta decir que me han llegado cartas alabando mi actitud, y cartas condenándola. Algunas felicitaciones me han llegado, quizá en tono más bajito que las diatribas que he recibido desde muchos sectores. Cierto que la absoluta mayoría de cartas y llamadas, alabándola, y de personas de mucha categoría. Pocas metiéndose conmigo, algunas de éstas, con chispa, es cierto.

Una muy reciente: me mandan una tarjeta con una caravana de camellos. Detrás, el siguiente escrito: *“Sr. Obispo: nos hemos enterado de su inteligente campaña contra el voto al Psoe. También nos hemos enterado de que el Psoe ha sacado bastante más votos que en 1993. Le felicitamos cordialmente.*

*Cualquier camello del desierto de Arabia tiene más talento y más sensibilidad que su Excelencia.*

*Afectuosamente*”: y la firma.

No me dirán que no tiene chispa.

Soy consciente de que en el campo de la política hay muchos intereses en juego. Hay quienes, debido a estas intervenciones mías, me tienen por obispo polémico. ¡Vaya por Dios! Con lo pacífico que soy. Entré en ese campo de la moral política con toda naturalidad y consciente de que era un campo en el que no sólo podía sino que debía entrar. Personalmente no me importa lo que puedan pensar de mí. Lo único que me importa es actuar con toda fidelidad al Señor dentro de la misión de pastor que me ha confiado.

### 3) MI ESTILO PASTORAL

En otro orden de cosas, y después de haber hablado sobre la manera cómo he intentado cumplir con la misión que el Señor me ha encomendado, quiero también dar a conocer mi estilo de relacionarme con los distintos estamentos de nuestra Iglesia.

### 3.1- RELACIÓN CON LOS SACERDOTES

Los sacerdotes son mis más estrechos colaboradores. Con ellos soy capaz de afrontar cualquier situación o dificultad. Sin ellos me siento incapaz de cualquier iniciativa.

No sé si sé acogerles y comprenderles como necesitan y se merecen. Son adultos en la fe, están en primera línea y deben ser modelos de la comunidad cristiana. Es cierto que en momentos difíciles en que somos probados por el Señor, necesitamos de ayuda y comprensión. Nadie como el obispo la puede prestar a los sacerdotes y nadie como los sacerdotes se la pueden prestar al obispo.

Esta necesidad de ayuda y de estímulo en momentos difíciles es perfectamente compatible con la adultez de fe que se requiere para caminar al frente de la comunidad cristiana tanto diocesana como parroquial. Aunque a veces ellos y yo necesitemos de ayuda, gracias a Dios, mis sacerdotes ni son ni quieren ser como niños que necesitan que alguien esté constantemente pendiente de ellos. Su apoyo es el Señor y saben que es del Señor de quien pueden recibir fuerza para

mantenerse en fidelidad, saben que el Señor está siempre junto a ellos y nunca los deja solos.

El hecho de que sigan con su vida dedicada al servicio del Señor en la Iglesia, en actitud de obediencia a su obispo a pesar de que muchos de ellos te superen en cualidades y en virtud, es un gran motivo para darle gracias al Señor por el regalo de los sacerdotes que ha hecho a su Iglesia. Le doy gracias cuando pienso en ellos, lo mismo que también se las doy cuando pienso en los seminaristas, viendo cómo en plena juventud, son capaces de renunciar a un futuro que se les abre lleno de ilusiones, y se ofrecen al Señor para ser continuadores de la misión de Jesús.

## **ALGUNAS TENSIONES**

El hecho de haber tenido puntos de vista distintos sobre algunos problemas de Iglesia, puede dar lugar a ciertas diferencias o tensiones entre obispo y sacerdotes. Es natural que en ocasiones las haya, convivimos, y las tensiones se dan entre quienes conviven.

A pesar de que haya podido haber alguna pequeña fricción en este campo, no creo que haya habido mala voluntad por ninguna de las partes. Más bien,



distintos puntos de vista en cosas no tan fundamentales como nos pudieran parecer. Quizá deberíamos dialogar más y dejarnos llevar por la obediencia a Dios sin depender de otras obediencias que pueden dificultar la comunión eclesial.

No podemos actuar movidos por una pura subjetividad. Nuestras decisiones a nivel de guías de la comunidad, tanto las del obispo como las del sacerdote, repercuten muy decisivamente en los fieles y no pueden estar basadas en la subjetividad de nuestra conciencia. La orientación de la comunidad cristiana no puede quedar al arbitrio de lo que le parezca al obispo o al sacerdote de turno. Hay algo fundamental en la Iglesia como es la comunión y algo también crucial que es la obediencia.

A veces se ha dado el caso de que alguien ha intentado actuar en contra de lo determinado por la Iglesia o por el obispo, y lo ha hecho convencido de obrar correctamente por haber actuado en conciencia, es decir, tratando de ser fiel a sus propias convicciones. Pero el obispo, también por fidelidad a su conciencia, puede no dar por buenas ciertas actuaciones. Aquí es donde se produce el conflicto. Este tipo de conflictos

no se reduce a cuestiones puramente personales, tienen una repercusión, a veces muy acusada en la orientación de la comunidad. De ahí que, en estos casos, tanto el obispo como los sacerdotes hayamos de intentar muy en serio y por mucho que nos cueste, vivir la comunión eclesial que es la que da la garantía de que estamos caminando bien, tanto nosotros como la comunidad que se nos ha encomendado.

Cuando he corregido a alguien, o no he accedido a ciertos deseos o pretensiones, quiero que piensen que estoy y estaré siempre dispuesto a dialogar con todos, especialmente con mis sacerdotes. Pero seamos también todos conscientes de que a la hora del diálogo, lo que hemos de aportar son razones por las que se vea que estamos optando por el bien de los fieles y no por nuestro propio bien, y que estamos actuando dentro de la fidelidad y de la comunión eclesial. Es indudable que con buena voluntad por parte de todos, y estando dispuestos a un sincero diálogo, podremos trabajar mejor por la Iglesia con frutos muy copiosos.

Si en alguna ocasión, alguien se ha sentido dolido por mi manera de proceder en casos que hacen

referencia a su persona, quiero manifestar que nunca he actuado por motivos personales, y quiero manifestar también que, tanto el obispo como el sacerdote, nos debemos al bien de los fieles.

Lo que sería inimaginable en ellos y en mí, es que, por no sentirnos aceptados o valorados, ellos por su obispo y yo por mis superiores, dejásemos de hacer todo lo que el Señor espera de nosotros, no podemos estar pendientes de otra cosa que no sea el servicio del Señor y, menos, de que el superior nos valore, haciendo de ello una condición en el trabajo por el Señor. ¿Qué tendrá que ver que el otro me acepte o no, para que yo siga trabajando por el Señor? ¿Es que la Iglesia es propiedad del obispo o de cualquier otro? ¿Qué culpa tienen los fieles de que el otro no me comprenda para que yo deje de servirles como debo? Hemos de ser muy conscientes de que a quien servimos es al Señor y únicamente al Señor.

Lo cierto es que me encuentro muy a gusto con mis sacerdotes por la cordialidad que me muestran, y por la sensatez y sentido eclesial que tienen a la hora de actuar pastoralmente. Mis sacerdotes son mi estímulo y mi gozo.

## NOMBRAMIENTOS ECLESIAÍSTICOS

Dentro del servicio a la comunión, una de las tareas más importante del obispo es, a mi modo de ver, hacer bien los nombramientos eclesiásticos. Con los mismos sacerdotes, la diócesis puede funcionar bien o mal, según el lugar que ocupe cada uno y la responsabilidad que se le encomiende. Es lo que pasa también en cualquier empresa.

El obispo, como el jugador de ajedrez, debe valorar a cada sacerdote en lo que vale. Uno podrá tener el valor que en el ajedrez tiene la reina o un peón, pero, por pequeño que sea su valor, puede estar situado estratégicamente en una buena posición y dar muy buen juego. Hay muchos ejemplos de este tipo en la historia de la Iglesia.

Al hacer los nombramientos, lo único que me mueve y me ha movido siempre, es el mejor servicio a la Iglesia y la mayor eficacia pastoral. Y lo que tengo en cuenta al hacerlos, es la capacidad y cualidades de cada uno para trabajar pastoralmente en la atención a las necesidades que hay en los distintos sectores de la diócesis.

Además, los he hecho personalmente después de las consultas pertinentes. Son punto clave, y asumo toda

la responsabilidad de los que he hecho y, mientras Dios me conserve sano el juicio, de los que pienso hacer.

Lo cual no quiere decir que no acepte sugerencias e indicaciones para una mejor atención de la diócesis y de las parroquias. Sería insensato no hacerlo creyéndose uno en posesión de la verdad y de cierta ciencia infusa. Cuanta más información tenga el obispo, con más datos cuenta para actuar correctamente en un campo de tanta importancia.

A veces se crean tensiones entre el obispo y los feligreses con motivo del traslado de un sacerdote. Cuando las hay, es porque normalmente éste está detrás. Si el sacerdote quiere, no pasa nada; si sabe moverse en la sombra, tirar la piedra y esconder la mano, siempre hay complicaciones. Siempre.

Hay situaciones tensas y pintorescas al mismo tiempo. Recuerdo la de un cura que nos pide salir por una serie de circunstancias, y cuando se enteran en la parroquia del nombramiento, nos viene una comisión acompañada por el mismo cura. Ahí tienes al obispo flotando en el aire e intentando deshacer todos los argumentos que le ponen, sin poder poner sobre la mesa la única razón que existía para el traslado.

De vez en cuando hay recomendaciones para que alguien ocupe un cargo. Quienes me conocen, saben que cuantas más recomendaciones se me hacen para un nombramiento, menos inclinado me siento a hacerlo. No tengo conciencia de haberme dejado llevar nunca —nunca— por personalismos ni por favoritismos, lo cual no quiere decir que siempre haya acertado. En todo caso, si me he equivocado, siempre he actuado con la mayor rectitud en este campo. Soy consciente de que con un nombramiento bien hecho se solucionan, de entrada, muchos problemas; y al contrario, de entrada, se crean también muchos cuando se hace mal.

### 3.2- RELACIÓN CON LOS FIELES

#### **A) CONSAGRADOS**

Me hacen mucho bien las visitas a los monasterios de vida contemplativa. Me veo en otro ambiente, en otro mundo: están en otra órbita, en la de la verdad. Se nota que el clima en que viven es el cristiano. Si bien es cierto que estos encuentros te oxigenan espiritualmente, también lo es que puedes caer en la tentación de refugiarte en ellos, en vez de estar más presente como pastor, en ambientes descristianizados.

En cuanto a los demás estamentos de vida consagrada, veo que tienen la ilusión de ser testigos del Señor en medio de un mundo extraño y querido al mismo tiempo. Veo también que sintonizo más con unos grupos que con otros. Es lógico que sea así porque unos tienen un sentido más vivo de lo que es la Iglesia diocesana, y compaginan admirablemente su pertenencia a su Instituto con su pertenencia a la diócesis; con ellos conecta con mayor facilidad el obispo; no es cuestión personal, sino de talante pastoral y apostólico.

Con quienes no sintonizo con facilidad es con quienes viven un tanto al margen de la diócesis, creen tener su vida tan bien estructurada, que ni siquiera se les ocurre conectar con la vida y con las actividades diocesanas, y actúan a su aire creyendo que están haciendo una gran obra, cuando realmente están viviendo en un cierto clima de iglesia paralela.

Hacen cosas buenas pero es una pena que no las hagamos juntos, sobre todo, si cuentan con gente de valía. Han de ser conscientes de que su carisma es un don de Dios a la Iglesia, del que debemos participar todos, como también ellos deben participar de los otros carismas que ha dado el mismo Dios a la misma Iglesia para bien de todos.

A veces vienen a contarte las cosas que hacen. Me gustaría más que viniesen a comentar con el obispo las cosas que estamos haciendo juntos, y cómo las podríamos ir haciendo mejor.

Creo que si actuásemos en comunión, estaríamos más en línea con los deseos de Jesús, más en sintonía con lo que es la Iglesia, más en actitud de obediencia, y obtendríamos frutos más positivos.

## **B) SEGLARES ADULTOS**

En cuanto a los seglares adultos, sucede lo mismo que con los consagrados; me reúno muy a gusto con quienes están trabajando por el Evangelio; me estimulan cuando los veo con espíritu cristiano muy vivo, y muy dispuestos a cualquier sacrificio por el Señor. Los hay, y muchos, con un espíritu extraordinario y con una gran disponibilidad para el servicio.

Es maravilloso ver cómo muchos seglares están enamorados de Jesucristo, con grandes dificultades en el ambiente en que viven y trabajan, incomprendidos muchas veces, pero firmes en la fe, intentando construir una sociedad cristiana en medio de un mundo en el que lo cristiano parece que no está bien visto. Cons-



tantemente le doy gracias al Señor por la cantidad de seglares que trabajan por la Iglesia con gran entrega, y con dedicación fuera de serie. Pido para ellos la fortaleza y el gozo necesarios para que sigan trabajando por el Señor, y les agradezco el ánimo y el estímulo que su obrar supone para mí.

Tengo encuentros no tan agradables con cristianos conflictivos por razones de concepción de Iglesia. No es que rehúya estos encuentros ni que me asuste la conflictividad, pero no me siento a gusto, sobre todo, cuando se trata de grupos influenciados por algunos líderes progresistas o conservadores, y que han derivado en una autosuficiencia en su concepción de Iglesia, muy al margen de la concepción que la Iglesia tiene de sí misma.

Algunos sueñan con una Iglesia ideal que no existe ni existirá en este mundo, y rechazan la única Iglesia que hay, que es ésta —y no hay otra—. Lógicamente se quedan muy solos con su grupito, por mucho que se muevan en determinados ambientes y por mucho que influyan en los medios de comunicación. Una vez más recuerda uno aquello del Señor: por los frutos los conoceréis.

Lo cierto es que en mis encuentros con ellos, a veces tengo la impresión de perder el tiempo, y es que, cuando ya has dialogado y los has visto muy anclados en posturas y actitudes cerradas y con críticas constantes al Papa y a la Jerarquía, piensas que hay otros muchos alejados que están más abiertos al mensaje, veo que es a éstos a quienes, como pastor, debo dedicarme preferentemente, sin que ello signifique cerrar la puerta a los primeros.

### **C) JÓVENES**

En las reuniones que tengo con ellos procuro aportar lo único que, como obispo, puedo aportar, que es el mensaje claro y vivo de Jesús. Tengo la impresión de que escuchan y de que están bien dispuestos. Pero viven en un clima que no facilita su conexión con el Evangelio.

Hay muchos jóvenes que buscan y que, cuando encuentran, responden con mucha generosidad, sobre todo, cuando se les plantean los grandes principios de nuestra fe. Si tenemos miedo de que no respondan, y les transmitimos un mensaje evangélico un tanto rebajado, es cuando no responden. No podemos olvidar que Jesús tiene un atractivo especial para ellos.

No hace mucho, en la Visita Pastoral, algunos sacerdotes estaban un poco preocupados por mi visita a cierto instituto de formación profesional y a otro de BUP. Insistí en visitarlos y, con el salón de actos lleno de alumnos en ambos, hubo una atención extraordinaria a lo que les iba diciendo, de tal manera que, mientras les hablaba, casi me distraía interiormente pensando cómo era posible tanta atención. ¿De qué les hablaba? De Jesús, sólo de Jesús. Tal fue la atención que prestaron durante tres cuartos de hora, que al invitarles a que me hiciesen preguntas, corté pronto ese tiempo de espera que suele haber hasta que salta la primera, porque no quería que se cortase con preguntas marginales, el clima que se había creado al hablarles de Jesús.

Por otra parte, teniendo como tienen todavía alma de niños, necesitan modelos tanto de vida cristiana como de vida sacerdotal y consagrada. Lo que no podemos hacer con ellos es proponerles sólo deberes y obligaciones a los que, por falta de formación, no les encuentran sentido. En este campo de la juventud tenemos pendiente una de las más importantes asignaturas. Necesitan encontrar el sentido de lo que les recomendamos que hagan.

## D) NIÑOS

Con quienes mejor he sintonizado siempre, y a gusto, ha sido con los niños. Su naturalidad y espontaneidad me cautivan. Ves que cae en buen campo la semilla que siembras. Con frecuencia recuerdo las palabras de Jesús de que hemos de hacernos como niños para entrar en el Reino.

El niño escucha y acoge; lo hace sin filtros; es pura receptividad para lo bueno y para lo malo; de ahí, la importancia de la educación en los primeros años.

Miro con simpatía especial a los niños de familias rotas; a medida que van siendo conscientes de su situación, parece que reflejan en sus rostros la falta del cariño insustituible de los padres. No sé qué me pasa cuando me encuentro con ellos, es algo que me quita el sueño.

No hace mucho, al hacer la Visita Pastoral, jugueteaba con unas niñas pequeñas, parvulitas casi todas, hijas de prostitutas y que estaban recogidas en una institución de la Iglesia. Casi no pude dormir por la noche pensando qué sería de ellas el día de mañana, cuando las veías ahora con el candor y la inocencia propia de los niños.

Pocos días después, en la procesión del Corpus, iba yo detrás de la custodia y ellas, acompañadas por una religiosa, en una de las filas; hubo un momento en que las filas se retrasaron mientras seguía avanzando la custodia. Al verme, se avisaron unas a otras y me sonrieron agitando sus manecitas saludándome. Rompiendo el protocolo, les devolví el saludo y les indiqué con gestos que le mandasen un besito a Jesús señalándoles la custodia. Se lo mandaron y volvieron a mirarme con su limpia sonrisa, repitiendo el gesto al ver que era de mi agrado. Iniciaron la marcha las filas, se adelantaron y ya no las vi, tampoco ellas vieron mis ojos un poco empañados. ¿Las veré otra vez? No sé. Espero que sí.

Ante su futuro incierto y ante su corazón de niño, no pude menos de pensar en la simpatía con que los miraba Jesús, y de comprender sus duras palabras contra aquellos que rompen el candor y la inocencia de los niños.

Uno de los objetivos prioritarios de nuestra pastoral, es sembrar el evangelio en el alma de los niños. No sabemos lo que será de ellos el día de mañana. Lo que sí sabemos es que lo que sembremos en ellos cae

en tierra buena, y Dios puede siempre hacer fructificar la semilla, y quiere que fructifique. Lo nuestro es sembrar la semilla en su campo.

## PARTE TERCERA COMO HERMANO EN MEDIO DE HERMANOS

### I) MIS PRIORIDADES

Al iniciar mi tarea episcopal como obispo residencial, capté la urgencia de algunas acciones pastorales para el buen funcionamiento de la diócesis. Que estas acciones fuesen urgentes, no significa que pudieran considerarse como las más necesarias, ya que, a veces, podemos confundir lo más urgente con lo más importante. Estas acciones, por muy prioritarias que sean, tampoco pueden desconectarse de otras acciones pastorales ya que todas están unidas. Una prioridad litúrgica, por ejemplo, lleva consigo una dimensión sacramental, catequética, de formación de catequistas, de atención a la familia, de compromiso apostólico, etc. Por eso, una prioridad pastoral nunca debe romper el proyecto que abarca la totalidad.

Todos podemos polarizarnos en algunas acciones pastorales, desde luego, con el deseo de servir.

Pero a veces queremos servir como nos gusta, en vez de servir como la gente necesita ser servida. Por ello corremos el peligro de imponer nuestro servicio cuando debiéramos ver qué es lo que necesitan, qué es lo que les quiere ofrecer el Señor a través de nosotros, y hasta qué punto están capacitados para asimilar lo que les ofrecemos en su nombre.

## 1.1- SEMINARIO

Dado que el sacerdote es punto clave para que cualquier proyecto pastoral pueda traducirse en realidades, la formación de los sacerdotes fue desde el principio, una de mis grandes preocupaciones. Una buena formación espiritual y teológica es fundamental para una correcta acción espiritual y pastoral el día de mañana. Con pastores ignorantes y sin honda vivencia de fe, no se va a ninguna parte. Por eso el seminario ha sido siempre punto central en mis prioridades.

Aparte de la formación que reciben en el Seminario y en el Centro de Estudios, y como complemento de esa formación, animo a mis seminaristas a que, antes de ordenarse, procuren formar grupos de oración entre los jóvenes con quienes trabajan los fines de se-



mana, o con quienes realizan alguna actividad apostólica. Lo estamos intentando. Esto les puede ayudar a profundizar en la oración, ya que, al formar esos grupos, no sólo han de orar, sino que han de enseñar a orar.

También les animo a participar en la pastoral vocacional que dirige el rector de nuestro teologado con la colaboración de un grupo de sacerdotes, jóvenes en su mayoría. Los seminaristas no pueden ser unos jóvenes aislados de los demás jóvenes; al contrario, deben hacer visible ante la comunidad cristiana, sobre todo ante los jóvenes, el gozo inmenso que tienen al haber sido elegidos por Dios para el sacerdocio. En esta acción pastoral vocacional, como en todo, necesitan sentirse apoyados y animados por los sacerdotes.

## 1.2- PROMOCIÓN VOCACIONAL

En relación muy directa con la importancia del sacerdocio y del seminario, está la promoción vocacional.

La atención a las vocaciones es uno de los principales deberes de obispo y sacerdotes. Hemos de animar a niños y a jóvenes a que se cuestionen si el Señor les llama para el sacerdocio o para la vida consagrada, y hemos de hacerlo con toda claridad de cara a aque-

llos que vemos que llevan una vida cristiana con cierta seriedad. No son pocos los sacerdotes y consagrados que se plantearon la posibilidad de su vocación gracias a que un sacerdote les animó a ello.

En tiempos no muy lejanos teníamos la impresión de que las vocaciones nacían como por generación espontánea. Era lógico que en el ambiente de familias cristianas fuesen surgiendo vocaciones. Pero en la actualidad no se vive un ambiente cristiano ni en las familias ni en la calle. Y el caso es que Dios sigue llamando. Suelo decir que lo que faltan no son llamadas sino respuestas. Y en esta línea debiéramos orientar nuestros esfuerzos.

La respuesta en plan de amistad supone un conocimiento de la persona a la que le entregas la vida. Nadie entrega su vida a quien no conoce. Y en la actualidad no podemos dar por supuesto que nuestros jóvenes y niños conocen a Jesús como lo conocíamos nosotros cuando lo éramos; mientras no ayudemos a tener un conocimiento amoroso de Jesús, no es fácil que haya muchas respuestas positivas a la posible vocación. De ahí la necesidad de que los sacerdotes, como guías de la comunidad cristiana, ayuden a los

jóvenes a vivir su amistad con Jesús y les acompañen en su proceso de oración como base de su respuesta fiel al Señor.

Por ello, animo a los sacerdotes para que cuiden a los posibles vocacionados con una seria dirección espiritual. Se ha abandonado bastante en los últimos tiempos, y es crucial para discernir la vocación y para acompañar a los jóvenes en su fidelidad al Señor en actitud de generosidad.

A los jóvenes hay que plantearles con toda crudeza y claridad, la posibilidad de que sean llamados por Dios para el sacerdocio o la consagración. Que se den cuenta de que no pueden ser meros espectadores de la vida, hay que insistirles en que deben ser protagonistas tanto en su vida personal, como de cara a la Iglesia y a la sociedad. Hay que animarles a que encuentren el proyecto de Dios sobre ellos, y a que se arriesguen por su propio camino.

Cualquier sacerdote que se precie de serlo, ante cualquiera de sus jóvenes con vida cristiana seria y con posibilidades de tener vocación para el sacerdocio o la vida consagrada, debe formularle la pregunta: *“¿Has pensado si el Señor te llama para el sacerdocio*

*o la consagración?*”. Naturalmente, siempre que tenga cualidades para serlo. Esta propuesta deberían hacerla uno a uno y de manera muy personal, muy de tú a tú.

Deben sentirse interpelados personalmente, porque no es fácil en la actualidad, responder positivamente a la llamada del Señor al sacerdocio o a la vida consagrada. Ni ayuda el ambiente, ni muchos centros de enseñanza, ni las diversiones que se van teniendo, ni, a veces, la propia familia o el mismo sacerdote.

Otro de los puntos que debemos tener en cuenta a la hora de la promoción de la pastoral vocacional, es que vean en nosotros el gozo de ser sacerdotes. Nuestro testimonio es fundamental para que se sientan animados a afrontar las renunciaciones que supone el sacerdocio, viéndonos a nosotros ilusionados y contentos por serlo. ¿Quién se va a decidir a serlo si nos ve a nosotros un tanto cansados y desilusionados? Una pregunta que me hago y que me interpela es: ¿qué ven en nosotros que no nos siguen? Formulada de otra manera: ¿qué deberían ver en nosotros que no ven?

Aprovecho las confirmaciones, cualquier encuentro con los jóvenes, la visita pastoral, para insistir en la necesidad de encontrar cada uno su propia

vocación. Básicamente les digo: *“Pensad si lo que Dios quiere de vosotros es el matrimonio, o el sacerdocio, o la consagración. Vale la pena que os lo planteéis. Está en juego nada menos que el sentido de vuestra vida, es decir, el para qué de vuestra presencia en el mundo”*.

A los padres les insisto en el deber de no cerrar a los hijos el camino de la vocación; hacerlo equivaldría a exponerles a una vida de frustración. Les animo a pedirle al Señor como gracia, que llame a alguno de sus hijos y, si ven señales de vocación en alguno de ellos, que le planteen abiertamente si le gustaría dedicarse en exclusiva al Señor; y si la respuesta fuese afirmativa, que empiecen a cuidar con mimo su posible vocación. Tener un hijo sacerdote o una hija consagrada, es una de las mayores satisfacciones para los padres cristianos.

Por último, otro punto fundamental de insistencia es que no podemos dejar de acudir constantemente a la oración por las vocaciones, concienciando a toda la comunidad cristiana sobre la necesidad de la oración.

### 1.3- SACERDOTES JUBILADOS

Atender especialmente a los sacerdotes jubilados ha sido otra de mis acciones prioritarias. Un buen día vino un sacerdote a decirme que había decidido retirarse a un asilo. A pesar del trato delicado que las religiosas dan a los ancianos, en especial, cuando se trata de sacerdotes, vi que no era éste el mejor sitio para quien se había dedicado de por vida al servicio de la Diócesis. Le dije que esperase, e iniciamos inmediatamente las obras de adaptación de una parte de nuestro seminario de Mondoñedo, habilitando unos apartamentos para los sacerdotes mayores. Es quizá la obra que más a gusto realicé en mi vida.

También en la *Domus* de Ferrol reformamos unas habitaciones para los sacerdotes ancianos que prefiriesen residir allí, bien por sentirse más vinculados a Ferrol, bien por cualesquiera otras razones.

A pesar de ello, hay algunos sacerdotes que prefieren vivir en sus casas prácticamente solos y con muchas carencias. Son libres para vivir donde quieran. Pero que sepan todos que, en cualquier momento, pueden disponer de habitaciones dignas y confortables, donde pueden estar bien atendidos

durante su ancianidad y en los achaques propios de la misma.

Como muestra, un caso.

No hace mucho visitaba a un sacerdote ya muy anciano que vivía solo en una casa rectoral en la que daba pena entrar. Trataba de convencerle para que fuese a vivir al seminario, o con un matrimonio amigo que no sólo lo admitía con gusto en su casa, sino que lo deseaba. Me recibió con la misma amabilidad de siempre. Yo ya se lo había indicado varias veces pero no lo lograba.

Es esta ocasión le hice un silogismo perfecto, pero me distinguió la mayor. Le dije:

— ¿Ud. le prometió obediencia al obispo que le ordenó y a sus sucesores?

— Sí, sí, claro.

— Entonces Ud. me debe obediencia a mí por ser su obispo, ¿no?

— Naturalmente, Sr. Obispo, claro, claro.

Hasta aquí me funcionaba de maravilla el argumento. Y sigo preguntando.

— Entonces, si le mando una cosa ¿me obedecerá?

— Depende, me respondió.

No hubo nada que hacer. Me rompió la línea de argumentación. No hubo manera de convencerle para que accediese a cambiar de vivienda. Ni los comentarios que la gente podía hacer de él y de mí, ni la posibilidad de cualquier accidente dentro de la casa, ni la necesidad de atención en la comida y en el aseo... valieron como argumento. Es una pena, pero hay casos en que la única manera de que vivan dignamente es actuar por la fuerza, y, a no ser porque no esté en sus cabales, no fuerzo a un sacerdote a cambiar su modo de vida. No es mi estilo.

Algo que les digo a los sacerdotes ancianos es que su sacerdocio es tan vivo y actual ahora como lo era cuando se ordenaron. Les comento que a mí me gusta más cualquier actividad pastoral por difícil y pesada que sea, que estar enfermo y tener que ofrecerle a Dios mi enfermedad. Les digo que tengan en cuenta que lo que ahora le están ofreciendo a Dios les cuesta más que el cansancio que tenían cuando jóvenes en sus tareas pastorales. Lo mismo es uno sacerdote cuando habla a miles de fieles, que cuando le ofrece al Señor los achaques de la vejez o las incomodidades y dolores de la enfermedad. Es emocionante ver cómo algunos



de ellos vibran ante ese nuevo modelo de cruz y de sacrificio que les pide el Señor. ¡Qué extraordinario es ser sacerdote! ¡Y qué extraordinarios son los sacerdotes!

## 1.4- VISITA PASTORAL

Quienes me conocen de cerca saben que mi aire es más de párroco que de obispo. Por ello no es ningún secreto decir que la Visita Pastoral es una de mis actividades preferidas, veo que es la que más se parece a la del párroco. Algunos dicen que toda la actividad del obispo es pastoral, y lo es. Pero cuando uno visita la diócesis, parroquia por parroquia, va percibiendo la cercanía de aquellos que se le han encomendado, y ve de cerca los problemas que están viviendo. Sobre todo, ve mucha gente buena, con un gran sentido de fe.

En la Visita tiene el obispo muchas posibilidades pastorales. Ayuda a los sacerdotes a ver si su actividad está enmarcada dentro de la pastoral diocesana con un programa concreto. Y es que siempre hay cosas que dejamos de hacer: unos, unas; otros, otras. Por eso, es conveniente la presencia del obispo en las distintas comunidades de la diócesis, animando la ac-

ción pastoral, y siendo animado por sus sacerdotes y fieles.

En mi aprecio por la Visita influyó haber vivido de cerca el estilo con que la hacía D. José M<sup>a</sup> García Lahiguera. Era encantador ver cómo quería a sus fieles, cómo se acercaban éstos a su obispo, y con qué atención le escuchaban. Sus Visitas Pastorales se convertían en auténticas misiones populares.

Estoy convencido de que la Visita Pastoral es un momento de gracia para la parroquia que la recibe y un momento privilegiado para la revitalización de la parroquia. Claro que, para ello, el sacerdote no puede limitarse a cumplir con el expediente y librarse de la presencia del obispo. Aparte de que sería inútil pretender lo que podríamos calificar como “engañar” al obispo.

Normalmente cuando un obispo un poco experimentado en hacer la Visita Pastoral, hace su entrada en la parroquia, a los pocos minutos puede hacer una radiografía de la misma bastante aproximada a la realidad. Ve si hay aseo y orden en la parroquia, ve si la sacristía es un cuarto trastero, ve si la gente responde a la convocatoria, ve si hay gente activa, ve si la celebra-

ción tiene vida, si hay cantos, si se sigue con devoción la misa, si la gente que acude son ancianos o gente más joven... Para darse cuenta de todo eso, lo único que se requiere es tener los ojos abiertos.

Lo que pasa es que el obispo no va a ir diciendo todos los defectos que encuentra, más bien trata de animar y estimular todo lo bueno que va viendo para que se sientan todos, sacerdotes y fieles, estimulados a seguir trabajando y actuando por el Señor.

Aparte del bien que el Señor pueda hacer en las parroquias a través de mí, lo cierto es que la Visita Pastoral me hace mucho bien. Ha supuesto para mí algo así como una conversión en mi predicación. Al principio, mi predicación en la Visita se centraba en la explicación de la misión del obispo y hablaba sobre la doctrina de la Iglesia, los sacramentos y la unidad por la que el obispo debía trabajar. Pero cuando inicié mi primera Visita por las aldeas y capillas perdidas entre las montañas de la diócesis, al ver que eran muchos los que acudían a encontrarse con su Obispo —recuerdo el caso de dos ancianas que caminaron durante dos horas para llegar a la capilla—, me pregunté qué podía decirles para ayudarles a ser santos, no sólo para ser buenas personas sino santos.

Pensé en la manera de predicar de Jesús y vi que constantemente hablaba del Padre. Éste debía ser mi estilo de predicar. A partir de entonces mi predicación se está centrando en el anuncio de que el Padre nos ama con locura; mi invitación es a que todos nos sintamos amados por Dios y a que veamos en Jesús la expresión y manifestación del amor del Padre. Y desde ahí, les invito a que le respondan con generosidad. Es lo que voy predicando desde entonces.

## 1.5- CATEQUESIS

Dentro del proceso normal de cualquier comunidad cristiana, la acción catequética se une a la acción evangelizadora; con la particularidad de que en la catequesis se aprende a profundizar en la vivencia de la fe, vivencia que no puede limitarse al conocimiento de la doctrina.

Es necesario distinguir la catequesis de lo que podríamos llamar una clase de religión. En la catequesis no nos podemos quedar en un primer paso como puede ser ver las cosas claras, hay que dar el paso más importante que es la vivencia del mensaje. Por eso suelo decir que la catequesis debe impartirse en clima de

oración, es decir, en un clima de relación personal con Jesús, clima desde el que podamos descubrir el amor del Padre, sintiéndonos hijos queridos y amados y, por tanto, sintiéndonos movidos a corresponder con generosidad a su amor.

En la catequesis hemos de insistir en la vivencia de todo el mensaje cristiano. No hay cabos sueltos ni cuestiones aisladas. Todo está trabado en unidad en torno a la figura y al mensaje de Jesús, todo está centrado en Él. Hay que evitar perderse en disquisiciones para vivir personalmente los puntos fundamentales de nuestra fe.

Sería también conveniente, dado que en nuestros tiempos tiene un lugar destacado la cultura de la imagen, que se empleasen medios audiovisuales para que se entendiese mejor lo que después hay que aprender a vivir.

Este interés mío por la formación de nuestros cristianos en la fe, es lo que me ha movido a publicar el Catecismo Básico. He querido que fuese como un gesto del obispo en sus bodas de plata episcopales, ya que el obispo es el primer responsable de la formación de la fe de sus diocesanos.

Más adelante publicaré, Dios mediante, otro catecismo más amplio, del cual éste viene a ser como un resumen. Y pienso publicar también otro para los niños, con preguntas y respuestas para memorizar. Ya veremos cómo se van pudiendo realizar estos proyectos.

En cuanto al método, no sé si hemos acabado de acertar en el método catequético. Si queremos que el niño tenga ideas y reflexione, es necesario que previamente tenga datos y ejemplos como puntos de referencia. A veces damos por supuesto que los tiene y no es así, queremos que reflexione como nosotros y no tiene elementos sobre los que reflexionar. Y si queremos que el niño recuerde, es necesario que memorice.

Valdría el ejemplo del ordenador. Los programas no pueden funcionar si en el ordenador no se han introducido datos, ya que lo que hacen los programas es combinarlos, ordenarlos, cambiarlos... pero sin datos no sirven los programas.

Para realizar en nosotros el programa evangélico necesitamos tener datos almacenados que después combinamos y relacionamos de acuerdo con este programa.

Los mayores hemos introducido en nuestro interior muchos datos a través de los años y de la experiencia, pero el niño tiene muy pocos. No podemos pretender que ordenen datos que no tienen. Al memorizar, los niños van introduciendo datos en su ordenador interior y, una vez introducidos, los podrán relacionar y sacarán sus conclusiones.

Memorizar viene a ser también como aprender de memoria la tabla de multiplicar. Mal podrán operar si no la aprenden, podrán entender muy bien en qué consiste la multiplicación, pero si a la hora de operar no han aprendido la tabla, van a pasar mucho tiempo intentando averiguar los datos que no han memorizado. De ahí que memorizar sea algo fundamental para una correcta formación en la fe y para habituarse a su vivencia.

A la hora de memorizar, lógicamente han de memorizar cosas que entiendan. Por otra parte, memorizan con mucha facilidad lo que a nosotros nos cuesta más, nuestro viejo ordenador, quizá con algún virus, está muy lleno, y hay que ir calculando el espacio libre que le queda. Ellos tienen su disco duro prácticamente libre y, o lo llenan con la memorización evangélica o

lo llenarán con cualesquiera otros datos que se encuentren por ahí o que alguien les proporcione.

Como datos importantes para la formación están los ejemplos y testimonios de la Historia Sagrada y de la Historia de la Iglesia con sus grandes testigos, los santos. Serán unos de los datos más importantes para la realización de su proyecto cristiano de acuerdo con el programa evangélico.

## 2) DE CARA AL FUTURO

Los mayores tenemos el peligro de desanimarnos y optar por la huída al ver que el mundo va cambiando con mucha rapidez y que no acabamos de encajar en su nuevo estilo de vida.

Hay que mirar al futuro pero desde el presente y en conexión con nuestra historia pasada. Esta mirada de fe debe suponernos recordar las delicadezas que el Señor ha tenido con nosotros. Al recordarlas, al mismo tiempo que le damos gracias, nos ponemos de nuevo en sus manos de Padre, seguimos confiando en Él y tratamos de responderle hasta el



final como a Dios le gusta, es decir, con esperanza y agradándole siempre lo más posible.

## 2.1- TOMARLE EL PULSO A LA REALIDAD

### **A) MOTIVOS DE PREOCUPACIÓN**

A pesar de la presencia de la acción salvífica de Dios, el futuro de nuestro mundo es preocupante. La técnica y el desarrollo de la ciencia hacen que el mundo cambie a mejor. Pero esto no supone que cambie también a mejor el interior del hombre en quien vemos la misma bondad y la misma maldad de siempre: la acción de Dios en el hombre y la realidad del pecado que hay en él, están siempre presentes. El ansia de placer es la misma de siempre, y se legaliza; el orgullo es el mismo, y se actúa de acuerdo con él; el afán de imponerse y de dominar es el mismo y se respira la agresividad por todas partes. Constantemente estamos viendo cómo se pisotean los derechos y se conculcan las libertades.

Nos encontramos en una nueva situación cultural en la que no se sabe concretamente hacia dónde caminamos. En lo referente a nuestra fe, el individuo es tenido como valor supremo. Dios no cuenta para nada

en la vida social. Estamos en un ateísmo práctico, a veces, en lo que podríamos llamar ATEISMO CONFESIONAL, tan arraigado está en los ambientes sociales.

Se actúa como si Dios no existiese. Vemos un hombre cerrado a la trascendencia, sin sensibilidad de cara a los valores religiosos. Se ha desterrado a Dios de nuestro mundo; el culto a Dios se ha sustituido por el culto al hombre; esto lleva a una actitud de cerrazón sobre sí mismo, tratando de vivir lo más cómodamente posible, sin preocuparse por el necesitado que vive a nuestro lado, y pendientes únicamente de sacarle a la vida el mayor provecho posible. Y puesto que Dios, por medio de Jesús, es quien nos hace verdaderamente libres, desde el momento en que el hombre prescinde de Dios, no solamente se cierra el camino de la libertad haciéndose cada día más esclavo, sino que se está cerrando la puerta de salida que es Jesús; y así, no sólo actúa en línea con el pecado, sino que intenta justificar su modo de proceder. Es aquello de San Pablo cuando acusa de inmoralidad al mundo de entonces: *“Los cuales, aunque conocedores del veredicto de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino que aprueban a*

*los que las cometen*” (Rom. 1, 32). ¿No es algo de esto lo que está sucediendo en la actualidad?

Con ello, se entra en una moral individual: se admite como moralmente aceptable todo lo que a uno le interesa o le conviene, en todo caso, lo que aprueba la mayoría ya que estamos en una sociedad democrática. La moralidad, por ejemplo, del aborto o de la homosexualidad, dependen de las votaciones. Se fomenta el permisivismo moral. Se valora el placer inmediato. No se admiten compromisos vinculantes y menos, definitivos.

Concretamente en Europa nos encontramos con el problema de una sociedad cristiana envejecida, volcada sobre el bienestar material y el consumismo. La gente rehúye compromisos definitivos. No hay criterios morales fuertes. Los evangelizadores tienen con frecuencia la impresión de que están ofreciendo algo que no interesa a nadie.

Hay una atonía religiosa y un cierto clima de desencanto. Un descuido de la oración y de los sacramentos, es lógico que se marginen si se pone como centro al hombre. Se habla mucho de la Iglesia y poco de Jesucristo. Y, en vez de insistir en la vivencia de lo

nuclear de nuestra fe, estamos siempre metidos en discusiones de cuestiones fronterizas. Con ello va apareciendo un nuevo magisterio compuesto por determinados teólogos o periodistas. Todo esto da lugar a que se vayan formando grupos cerrados y polarizados ya sea en el compromiso, ya sea en la evasión espiritualista.

Este cambio de enfoque en cuanto a criterios de vida, tiene toda una serie de repercusiones en nuestra fe, especialmente, en la formación religiosa de nuestros jóvenes y niños. Van creciendo sin la suficiente evangelización. Muchos no saben las oraciones más elementales, no saben el catecismo, no frecuentan los sacramentos, no se sienten apoyados en su fe ni por la sociedad ni por la propia familia. ¿Qué quedará de nuestra fe cristiana dentro de 50 años si no cambia esta situación? No somos profetas de calamidades y sabemos que el Señor puede hacer surgir de las piedras, hijos de Abraham. Pero con la marcha que llevamos, si esto no cambia, no podemos hacernos muchas ilusiones. Hasta ahora contábamos con familias cristianas. Cada día contamos con menos. Y en el campo educativo, son muchos los centros en los que no se educa en valores, ni en ideales, a veces, ni en humanismo.

## **B) MOTIVOS DE ESPERANZA**

A pesar de todos estos aspectos negativos, tenemos motivos de esperanza y de confianza. Constantemente vemos también destellos de la gracia de Dios que sigue actuando. Vemos en nuestro mundo cómo unos valores que, aunque no aparecen en primera línea, sabemos que están presentes y que van avanzando en nuestro mundo como avanza la marea. Sin saber cómo, se forma una ola que se va hinchando hasta estallar con fuerza impresionante contra los acantilados y se lleva por delante todo lo que encuentra. Esta fuerza se convierte en suavidad, al volver el agua correteando mansamente por entre las piedras y sobre la arena.

De manera semejante actúa el Espíritu en el interior de nuestro mundo: se lleva por delante cualquier obstáculo por grande que sea y hace experimentar la suavidad del gozo y de la paz después de superar las dificultades de la vida. Sin saber nosotros cómo, va haciendo avanzar a nuestro mundo con fuerza irresistible por caminos de verdad y de amor.

Mi optimismo de cara al futuro está basado en que el Señor quiere salvar precisamente este

mundo, así como es, nos guste mucho o poco. Nunca hemos tenido los cristianos ante nosotros un mundo que salvar que nos haya gustado. Jesús tampoco lo tuvo. Pero la obra del Espíritu sigue adelante. Quizá antes de adentrarnos por los auténticos caminos de vida, sea necesario pasar por la experiencia de ver que el camino que estamos recorriendo no conduce a ninguna parte. Es necesario reconocer que estamos desorientados para ser conscientes de que la gloria de Dios es nuestro norte y Jesús nuestro guía. ¿No deberíamos actuar buscando un poquito más la gloria de Dios? En otras palabras, ¿no deberíamos actuar un poquito más al estilo de Jesús?

### **C) VALORES QUE IMPULSA EL ESPÍRITU**

En el reflujo de la acción del Espíritu, va siendo cada vez más viva la conciencia de los grandes valores. Podríamos decir que hay una gran sensibilidad ante la dignidad de la persona humana, ante la libertad, ante la justicia, ante la igualdad, rechazando todo lo que suene a privilegio. Vemos extenderse como una conciencia de solidaridad entre los hombres; hay un deseo de participar en todo lo que le concierne a uno.

De ahí que se vaya acentuando la primacía de la persona respecto de las instituciones. Se nota también una mayor autonomía de las realidades temporales y una mayor tolerancia con quienes piensan distinto, con un mayor respeto a la conciencia de cada hombre. Sobre todo, se va notando como un deseo de encontrar lo que no se encuentra por los caminos de la vida: el sentido del hombre y de las cosas.

Sobre todo, es digno de notar que esta conciencia está muy viva en el alma de los jóvenes. Por eso hay que mirar el futuro con esperanza. La fuerza de la marea espiritual que va por dentro de nuestro mundo ha de estallar en frutos que no podemos prever. Son de actualidad las palabras de Isaías: *“Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis? Sí, pongo en el desierto un camino, ríos en el páramo”* (Is. 43, 19). También hoy hay caminos de vida abiertos en el desierto de nuestro mundo.

Este nuevo aire del Espíritu está repercutiendo en la Iglesia. Vemos un avance en la personalización de la fe y de la liturgia, un contacto más personalizado con el Evangelio, una mayor toma de conciencia de la responsabilidad del seglar, con la acentuación del

espíritu comunitario tanto en la colaboración entre los distintos estamentos, como en una mayor naturalidad en las relaciones mutuas entre jerarquía y pueblo, en un diálogo positivo hacia dentro y hacia fuera de la Iglesia.

Mirar el futuro con esperanza y con optimismo, debe suponernos, por otra parte, asumir nuestras responsabilidades con fe e ilusión. No daremos un paso en firme sino en la medida en que nos centremos en el Señor del mundo y de la Historia. Es el único camino válido y seguro.

Sobre todo, hemos de tener muy en cuenta que el único mundo que realmente podemos cambiar es el que llevamos dentro. A veces queremos cambiar el mundo de fuera y no nos decidimos a dar un paso para cambiar nuestro mundo interior. No es éste el camino para alumbrar una sociedad nueva; ésta sólo es posible en la medida en que haya hombres nuevos. De ahí, la necesidad de nuestra respuesta personal.

También es importante para mantener viva nuestra esperanza tener conciencia de que es Dios quien actúa y quien escribe la Historia de Salvación. Lo nuestro es seguir sembrando, veamos o no el fruto.



Nos gusta verlo, pero no importa que no lo veamos si intentamos hacer lo que debemos.

Recuerdo a este propósito, un día que convoqué una reunión para jóvenes a fin de plantearles el problema vocacional. A la hora prevista, estaba en el lugar de la cita con el responsable de enseñanza y con el de pastoral vocacional. Pasa media hora, y nadie. Pasa otra media, y nadie. En vista de ello, les digo: vamos arriba a tomarnos una botella de champán. Y nos la tomamos. Y no nos desanimamos. Y no pasó nada. Y seguimos trabajando por las vocaciones. Y seguimos adelante. Creo que nos haría falta tomarnos algunas botellas de champán, pero acompañadas de unas buenas sesiones de oración.

## **NUESTRA ACTITUD**

A nivel personal diría que debemos superar la impresión que podemos tener los que ya vamos siendo mayores, de que, a nuestra edad, no tenemos nada que hacer. Lo importante es que nos abramos personalmente al Señor y nos dejemos llevar y conducir por el Espíritu. Seguimos siendo instrumentos válidos en manos del Señor. Siempre.

No hace mucho me contaron un chiste sobre los distintos tipos de cura, que refleja las distintas situaciones del sacerdote: El curita joven es el cura “*ye-ye*”. A los pocos años, es el cura “*yo-yo*”. Más tarde, un poco de vuelta, es el cura “*ya, ya*”. Y cuando es avanzado en años es el cura “*yo ya...*” ¿Verdad que se parece algo a la realidad?

Y como punto a tener en cuenta en nuestra acción, el siguiente: tanto a nivel personal como eclesial, rechazar lo antievangélico sin concesiones ni rebajas, porque destruye al hombre. Creo que es fundamental para una acción evangelizadora.

## 2.2- TERTIO MILLENNIO

Nuestra acción evangelizadora la hemos de realizar en medio de un mundo que no es ni el mismo de hace unos años, ni como nos gustaría que fuese. Es un mundo que necesita ser reevangelizado, un mundo con muchas costumbres cristianas pero sin vivencia seria de fe. Ante la realidad de este mundo nuevo, con sus sombras y con sus luces, somos conscientes de haber sido llamados por el Señor para ir forjando un mundo nuevo, el mundo del amor.

El Santo Padre, en la carta “*Tertio millennio adveniente*”, insiste en la necesidad de seguir auscultando la realidad y de aportar la respuesta del Evangelio para ir haciendo presente a Jesús como Salvador. Y es que no siempre nos centramos en aquello de San Pablo cuando dice: “*no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado*” (1Cor. 2, 2).

Es momento oportuno para dar realce en nuestra acción pastoral a esta centralidad de Cristo como nos dice el Papa en esta carta. Si la leemos con la mínima atención, veremos que lo que nos propone es lo fundamental cristiano.

No debiéramos perder la oportunidad histórica de presentar la frescura del Evangelio ante la nueva cultura, a fin de potenciar los valores que el Espíritu va infundiendo en ella, para que el hombre pueda encontrar lo que busca y que sólo en el Evangelio puede encontrar.

### 2.3- A LA ESCUCHA

Como no somos nosotros quienes salvamos este mundo, sino el Señor, hemos de estar a la escucha para descubrir cómo lo quiere salvar y, por tanto, cómo debe-

mos obedecer, ya que la escucha está en función de la obediencia.

La obediencia supone fidelidad y disponibilidad para cambiar todo lo que Dios quiere cambiar y para conservar todo lo que quiere conservar en nosotros, en la Iglesia y en el mundo.

A la hora de las decisiones, no podemos olvidar que vivir la comunión eclesial con toda humildad y sinceridad, en sintonía con lo que enseña el magisterio de la Iglesia, es el único camino válido para que nuestras opciones sean correctas. Es importante saber que no estamos corriendo en vano.

Por último, reflexionando sobre algunas cuestiones que me parecen más urgentes y necesarias en nuestra pastoral, creo que tenemos como tres importantes asignaturas pendientes. Supongo que, más o menos, será problema común con las otras diócesis.

## **A) COMUNIDADES ESTRUCTURADAS**

Es claro que nuestra pastoral necesita afrontar con urgencia la reevangelización de nuestro pueblo. Para ello creo que es crucial estructurar bien los consejos arcepretales de pastoral, a fin de facilitar la correspon-

bilidad y la participación dentro de la vida de nuestras comunidades: hay que ir caminando hacia una conjunción de fuerzas en todos los campos. Dado el ritmo de vida que llevamos y la escasez de sacerdotes, necesitamos estructurar debidamente la actividad de las comunidades y de los arciprestazgos, avanzando hacia una pastoral más zonal que parroquial.

La conciencia de la escasez de sacerdotes y la actitud de corresponsabilidad, nos obligan a preparar algunos seglares y consagrados para alternar la celebración de la Eucaristía con la celebración de la Palabra, en parroquias que no tengan sacerdote.

Como dije, la presencia del sacerdote en una comunidad es básica porque es básica su función. Mas, ante la escasez de sacerdotes y ante la necesidad de que la comunidad se reúna para la celebración de la acción de gracias, hay que arbitrar una solución. Puede ser la creación de un grupo de seglares disponibles y motivados, con calidad humana y cristiana y con ascendiente en la comunidad por su testimonio, para que presidan las celebraciones en ausencia del sacerdote.

Presidir estas celebraciones debe suponerles a quienes las dirijan, estar dispuestos a convivir unos mo-

mentos con los feligreses antes y después de las celebraciones, contribuyendo con ello a animar la pastoral.

Creo que sería conveniente que fuesen elegidos por los sacerdotes del Arciprestazgo o por los Consejos Arciprestales de Pastoral donde ya estén constituidos, y que sean preferentemente de la zona en la que van a servir. Desde luego sería muy positivo preparar con algún sacerdote del Arciprestazgo las distintas celebraciones.

También la conciencia de la complementariedad de todos, nos ayudará a promover todo tipo de vocaciones, especialmente, las sacerdotales y consagradas, tan necesarias para la buena marcha de nuestra Iglesia.

## **B) MOVIMIENTOS APOSTÓLICOS**

A mi modo de ver, los movimientos apostólicos son otra de las más importantes asignaturas pendientes que tenemos.

Cuando Dios cierra unos caminos es para abrir otros. Por ello, en situaciones como ésta, debemos estar muy atentos a lo que Dios nos va diciendo. Antes, la vida estaba centrada en la Iglesia; hoy, en la sociedad. Los seculares cristianos deben estar presentes en medio

de las estructuras del mundo para evangelizarlo, de ahí la necesidad de organizarse en asociaciones apostólicas para una pastoral de ambientes. No se trata de una sustitución del sacerdote, éste es insustituible porque su ministerio es esencial en la Iglesia y pertenece a su misma estructura. Se trata de descubrir la importancia de la actuación eclesial del seglar. Lo que pasa es que, al haber escasez de sacerdotes, se ve con mayor urgencia la necesidad de la actuación del seglar en virtud de su consagración bautismal.

A veces tengo la impresión de que estamos demasiado metidos en acciones parroquiales o intraeclesiales sin dar el paso a movimientos apostólicos, sean de Acción Católica o de cualquier otro tipo. De alguna manera seguimos dentro de un cierto clericalismo. Nos hace falta dar el salto al testimonio cristiano y a la acción apostólica.

Pero, al darlo, no podemos descuidar, sino al contrario, debemos mimar la acción intraeclesial. No es cuestión de una cosa u otra, sino de complementariedad entre ambas. Hay una cierta tendencia a refugiarse dentro de la comunidad, pero la misión de los seglares está fuera de la sacristía; y es ahí hacia donde

debemos apuntar. Así como el sacerdote es insustituible en la administración de los sacramentos del perdón y de la eucaristía, también lo es el seglar en la reevangelización de la familia, de la economía, de la política, del trabajo...

Debido a su secularidad, los Institutos Seculares y las Vírgenes Consagradas pueden dar un buen juego apostólico junto con el que están dando los Institutos Religiosos, tanto de vida contemplativa como de vida apostólica.

Actuar en sentido apostólico no es fácil y requiere una fe adulta. De lo contrario a las primeras dificultades se abandona. A veces olvidamos que estamos de lleno dentro del misterio de la cruz del Señor. Es desde nuestra vinculación a la cruz del Señor desde donde hemos de plantearnos los problemas, las soluciones y las actuaciones.

Y si la cruz es para nosotros motivo de esperanza, debemos tener muy claro que, con críticas y con desánimos, no vamos a ninguna parte. Entre todos hemos de encontrar una línea válida para que no falten en la diócesis movimientos apostólicos a pesar de los defectos que pudieron haber tenido los que hubo antes.



Lo que sí es cierto es que, con más o menos defectos, realizaron una gran obra evangelizadora, de la que estamos necesitando en la actualidad. Por ello no hemos de entrar en la crítica paralizante, sino en la búsqueda de soluciones.

En cuanto al fruto que se obtiene por la acción apostólica, hemos de ser muy conscientes de que el fruto no lo producimos nosotros: lo nuestro es cuidar el árbol, y el árbol bien cuidado produce frutos. A veces hemos pretendido producir frutos directamente y, al no cuidar el árbol, ni se han producido frutos, ni el árbol ha estado lleno de vida ni ha sido frondoso. El resultado es que nos hemos desanimado.

### **C) SER SIGNO DE CARIDAD**

Hemos de insistir también en que nuestras comunidades cristianas destaquen por su servicio a los pobres y pequeños de este mundo. En este servicio de caridad hemos de ser reconocidos como discípulos del Señor, ya que una señal que Jesús daba de su venida, era el hecho de que los pobres son evangelizados.

Por otra parte, como comunidad cristiana, hemos de reconocer que hay muchas clases de pobreza

y mucha dureza en las pobrezas. Es necesario que no sólo individualmente, sino también como comunidad de hermanos, nos empeñemos en una acción eclesial en favor de los necesitados como expresión del gran mandamiento de Jesús, el Nuevo, el de amarnos como Él nos amó, hasta dar la vida por los hermanos. Sólo así podremos mirar el futuro con esperanza.

## CONCLUSIÓN

La misión recibida me ha estimulado a ser fiel al Señor, consciente de la confianza que ha puesto en mí. Soy pequeño y muy limitado, pero a través de los años he podido apreciar que el Señor ha estado junto a mí, sobre todo, en situaciones difíciles y comprometidas.

Como resumen de las reflexiones que os acabo de hacer vienen a mi memoria las palabras del Salmo: “*¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre. ¡Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo!*” (Sal. 116, 12-14). Quiero, en vuestra presencia y en presencia de toda la Iglesia, seguir levantando la copa eucarística, con todo lo que ello supone, para corresponderle al Señor, con mi amor, todo el amor que ha derramado sobre mí y del que he hablado en la carta pastoral y en este librito.

José Gea  
Obispo Emérito de Mondoñedo-Ferrol